

David Turton, Julia González

Identidades Culturales y Minorías Étnicas en Europa



Humanitarian**Net**

Thematic Network on Humanitarian
Development Studies

Identidades culturales
y minorías étnicas
en Europa

Identidades culturales y minorías étnicas en Europa

David Turton

Universidad de Oxford

Julia González Ferreras

Universidad de Deusto

2001
Universidad de Deusto
Bilbao

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Publicación impresa en papel ecológico

Ilustración de portada: Xabi Otero

© Universidad de Deusto
Apartado 1 - 48080 Bilbao

I.S.B.N.: 978-84-9830-503-6

Indice

Introducción	9
David Turton (Universidad de Oxford) y Julia González (Universidad de Deusto)	
Europa como mosaico de identidades: algunas reflexiones.	23
Estanislao Arroyabe (Universidad de Innsbruck)	
Minorías, políticas y estrategias en Europa: una perspectiva belga (flamenca)	37
Paul Mahieu (Universidad de Antwerp)	
Relaciones entre el Estado y las minorías étnicas en Noruega.	45
Ada Engebriksen (Universidad de Oslo)	
Minorías, políticas y estrategias en Europa: Alemania	53
Wolfgang Bosswick (Universidad de Bamberg)	
Del conflicto a la armonía: el caso griego	59
Maria Dikaiou (Aristotle Universidad de Thessaloniki)	
La resurrección de Padania o cómo inventar una identidad étnica en una tierra con mil campanarios.	65
Enzo Pace (Universidad de Padua)	
¿«Balkania» Federal, «Kosova Republika» o fusión balcánica?	75
Robert Hudson (Universidad de Derby)	
El caso de Irlanda del Norte: conversaciones intercomunitarias y la renegociación de la identidad.	85
Stephen Ryan (Universidad de Ulster)	
La negociación de identidades en el contexto de la diáspora: la población pakistani en Bradford	93
Charles Husband (Universidad de Bradford)	

Introducción

David Turton y Julia González

En 1995, año en que las Naciones Unidas decidió dedicar todos sus esfuerzos a erradicar la pobreza, más de 50 universidades europeas, 8 institutos de investigación independientes y 9 organismos profesionales de carácter internacional, todos ellos favorables a usar un enfoque holístico en las investigaciones y actividades educativas relativas a todas las esferas del subdesarrollo social, político y económico, establecieron, con apoyo del D.G.XXII de la Comisión Europea, una red denominada «HumanitarianNet».

En los diferentes proyectos de la Red Temática sobre Estudios de Desarrollo Humanitario subyace una nota común que es a la vez intencionada y recogida de forma espontánea tras sus actividades, nos referimos a la dimensión europea. La idea de compartir enfoques y perspectivas en el análisis de un cierto número de temas (el tema de las minorías, entre otros) se acordó ya en la primera reunión del grupo. Es interesante observar que fue tras una conferencia europea cuando el grupo decidió incluir en su proyecto de Doctorado Europeo sobre Emigración, Multiculturalidad y Conflicto Etnico, dos seminarios de diez días de duración en los que los doctorandos pudieran conocer la enriquecedora variedad de perspectivas y tradiciones que configuran Europa. La intención inicial es, por lo tanto, crear una lengua común y puntos de referencia compartidos donde la variedad se pueda interpretar y entender mejor.

En el momento de preparar los artículos para esta edición, nos encontramos con el conocido problema de cómo ofrecer una estructura global coherente a un conjunto de ponencias que habían sido escritas para ámbitos muy variados, desde perspectivas disciplinarias diferentes y sobre un tema sumamente complejo y debatido. De las catorce ponencias que se presentaron en la conferencia, dos no pudieron ser incluidas por razones ajenas a nuestra voluntad, y, muy a nuestro pesar,

decidimos no incluir otras tres ponencias para poder dar a la colección un enfoque exclusivamente europeo. Estas ponencias fueron las escritas por Raymond Bucko (Universidad de Le Moyne, Estados Unidos, y la Universidad de Deusto, Bilbao) sobre las «tiendas de sudoración» de los latuka; la presentada por Ladislav Bizimana (Universidad de Deusto) sobre la crisis en la región de los Grandes Lagos en Africa Central; y la ponencia de David Turton (Universidad de Oxford) sobre el papel de la historia oral en la configuración de la identidad grupal en el caso de los mursi del sudoeste de Etiopía.

Las restantes nueve ponencias se pueden catalogar más fácilmente de acuerdo a su cobertura geográfica, que se extiende desde Europa en su totalidad (Arroyabe) hasta los Estados Europeos en particular (Mahieu, Engebrigtsen, Bosswick y Dikaiu) y las localidades o regiones de ciertos estados (Pace, Hudson, Ryan y Husband). Aunque nos ha servido esta categorización para determinar la secuencia de los capítulos, ésta oculta (o, al menos, no es del todo congruente con ella) otra diferencia que es analíticamente más interesante porque se centra en el papel principal del estado en la acomodación de la diversidad cultural y étnica. Se trata de una distinción entre dos formas opuestas en las que se manifiesta dicha diversidad en los estado europeos.

En primer lugar, existen comunidades bien diferenciadas cultural y étnicamente hablando, dispersadas en el espacio pero concentradas en determinadas áreas urbanas deprimidas, las cuales han surgido de los movimientos de emigrantes por motivos económicos, refugiados y solicitantes de asilo que tuvieron lugar tras la Segunda Guerra Mundial y que representan un desafío a los conceptos tradicionales de «construcción de una nación» a través de la homogeneización cada vez mayor de una población variada, desde el punto de vista cultural. Dichas «minorías inmigrantes» adoptan formas diferentes dependiendo de las circunstancias históricas, políticas y económicas que llevaron a su creación. Así, Mahieu y Bosswick describen los tambaleantes pasos que se están dando en Bélgica y Alemania respectivamente para «integrar» a las minorías étnicas que han resultado de la inmigración, respaldada por el estado, de «trabajadores invitados» —supuestamente temporales— que llegaron al país en los años 50 y 60. Los miembros de estas minorías ya no pueden considerarse, en realidad, «inmigrantes», y sin embargo, todavía no gozan de los derechos de ciudadanía de pleno derecho. La inmigración a Gran Bretaña desde sus antiguas colonias, por otra parte, ha traído consigo la formación de minorías étnicas localizadas, como el caso de la comunidad pakistani de Bradford descrita por Husband, cuyos miembros continúan ocupando, de facto, una posición marginalizada, social y económicamente, dentro de la sociedad

británica, a pesar de que son, de jure, ciudadanos británicos de pleno derecho. Una fuente, diferente y más reciente, de diversidad cultural y de un potencial conflicto intergrupal en Europa ha sido la emigración de alemanes, rusos y griegos «étnicos» procedentes de las Repúblicas Soviéticas y de la Europa del Este hacia sus países de origen. En el caso de Grecia, como nos describe Dikaiu, esta se ha traducido en la «repatriación» de más de 200.000 personas de origen griego procedentes de la antigua Unión Soviética y Albania.

En segundo lugar, están las cada vez más destacadas identidades internas, localizadas y territoriales, que se sustentan en diferencias étnicas y culturales antiguas y/o deliberadamente configuradas, que amenazan, al menos potencialmente, la estructura constitucional y las fronteras externas de los estados nación existentes. Cuatro de los capítulos de este libro tratan de casos de este estilo. Hudson y Ryan describen, respectivamente, los casos tan opuestos de Kosovo (donde los albaneses étnicos representan una amplia mayoría en una provincia considerada el centro de Serbia) e Irlanda de Norte (donde cada una de las partes del conflicto se considera una minoría amenazada, dependiendo de si la población de referencia es la de la misma provincia o la de la isla de Irlanda). Pace describe la aparición de la Liga Norte como una fuerza secesionista de la política italiana, que llena el vacío creado por la desaparición de los partidos cristianodemócrata y socialista y que exige la creación de una «Padania» independiente basándose en la «invención» de una identidad étnica, supuestamente de origen celta, para toda la gente de la llanura padana. El capítulo de Engebrigtsen sobre las minorías étnicas en Noruega nos ofrece el ejemplo de un estado nación que ha tenido que aceptar su incapacidad para imponer una uniformidad y homogeneidad cultural sobre una población minoritaria, los saami, cuyo territorio había usurpado. El intento de «norueguizar» a los saami parece haber conducido a un crecimiento de la conciencia étnica saami y a su final designación como «minoría nacional indígena» con, al menos en principio, derechos sobre su propio territorio y recursos naturales.

La distinción entre lo que podríamos denominar, a falta de una terminología más adecuada, las minorías «inmigrantes» y las minorías «indígenas» es analíticamente interesante, puesto que centra nuestra atención en la importancia primordial del estado nación en cualquier consideración de diversidad cultural en Europa —pero concebido de dos formas muy distintas: por una parte, considerado como una «solución» y, por otra parte, como un «problema». Desde el punto de vista de las minorías «inmigrantes», el estado nación es la «solución», en el sentido que confían en que él (y no tienen nadie más en quien confiar) les permita preservar su identidad cultural diferenciada y, a la vez, supe-

rar la posición marginal social y económica que por lo general ocupan con relación al mercado de trabajo, el acceso a la salud, la educación y otros servicios públicos y a las instituciones políticas locales y nacionales. Desde el punto de vista de las minorías indígenas, el estado es el «problema», en tanto que lo consideran, o al menos consideran su actual organización estructura, un obstáculo más que un medio para lograr mejorar su posición económica y política y su supervivencia cultural. Por lo tanto, persiguen algún grado de descentralización del poder estatal, para poder ganar más control sobre lo que ellos consideran sus propios asuntos, o para levantar su propio estado, o para entrar a formar parte de un estado vecino con cuya población comparten una identidad étnica y cultural. Esta relación dual del estado con la acomodación de la diversidad cultural es otra versión de la paradoja principal del estado nación contemporáneo: se ha hecho demasiado pequeño para controlar las fuerzas que determinan la vida y bienestar de sus ciudadanos y, sin embargo, demasiado grande para dar una expresión satisfactoria a sus identidades cada vez más localizadas.

Las consecuencias de esta paradoja para el futuro de un sistema político europeo unificado y, aún así, plural, culturalmente hablando, es el tema que subyace al capítulo de Arroyabe. Su informe, básicamente optimista, se asienta sobre dos propuestas: en primer lugar, que el proceso de «integración» en el que Europa se ha visto embarcada desde la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero no tuvo su origen en «algún espíritu noble europeo», sino que nació cuando se cayó en la cuenta que «los cambios económicos y tecnológicos habían hecho que las tradicionales potencias europeas resultasen obsoletas como base para el progreso»; y, en segundo lugar, que ningún estado europeo podrá dominar al resto en el futuro. En otras palabras, podríamos decir que es probable que los actuales esfuerzos por crear una Europa unida prosperen donde otros han fracasado, porque no se basan en la retórica de los visionarios (aunque en realidad exista algo de esto) sino en la comprensión serena de las realidades económicas que hacen que el estado nación resulte demasiado pequeño para su propio bien. Este debilitamiento de la capacidad del estado nación para influenciar las fuerzas del mercado internacional que afectan al bienestar económico de sus propios ciudadanos ha dejado, a su vez, más «espacio», como dice Arroyabe, a las minorías étnicas y culturales. El autor tiene en cuenta aquí el hecho de que ningún país europeo tiene una ventaja significativa sobre el resto, en términos de extensión territorial y nivel de población. Pero podría resultar más importante observar que todos los estados, no sólo los europeos, han perdido terreno ante las fuerzas globalizadoras del mercado de divisas y la inversión internacional. La

historia de la integración europea es, por tanto, un claro ejemplo de lo que se ha dado en denominar de forma ingeniosa «glocalización»: la creación de un «espacio» mayor que el del tradicional estado-nación para la actividad económica y el control de divisas, y la aparición simultánea de «lugares», de menor tamaño que el estado, concebidos como epicentros de la identidad y pertenencia al grupo. (Resulta una paradoja interesante que Gran Bretaña, el primer estado europeo en aceptar los resultados de la liberalización económica y la globalización de capital, y en reducir la dependencia de sus ciudadanos de las instituciones estatales, debería haber sido el que mostrase el mayor grado de preocupación por la pérdida de soberanía que la unificación europea conlleva de forma inevitable.)

Como señala Mahieu en el caso de Bélgica, la política educativa ha sido el principal medio por el que los estados europeos han intentado mejorar el estatus de desventaja de las minorías inmigrantes, especialmente con relación al acceso al mercado de trabajo. En los años 60, durante un período de cuatro años, el Ministerio Belga de Trabajo y Empleo emitió 125.000 permisos de trabajo para inmigrantes procedentes de Turquía y Marruecos, pero estos fueron, por supuesto, las primeras víctimas del bajón económico que comenzó a mediados de los 70. El nivel medio de desempleo en el caso de los «emigrantes» en Bélgica es hoy en día casi el doble (y en algunas zonas incluso cuatro veces mayor) que el de la población mayoritaria. Fue sólo en los 80 cuando se dieron los primeros pasos para introducir cambios en el sistema educativo que mejorarían las oportunidades educativas de las minorías. El éxito de dichos esfuerzos ha sido, con mucho, desigual. Mahieu pone de relieve la naturaleza reactiva y especial de la elaboración de la política educativa para emigrantes en Bélgica. Esta se ha basado en intentos poco sistemáticos de responder a las circunstancias económicas y a la influencia de los grupos de acción, movimientos sociales y manifestaciones públicas más que en la evaluación racional y global de las necesidades y oportunidades. Aunque esto se puede interpretar como la historia de «demasiado poco demasiado tarde», existen al menos dos razones para el optimismo en el capítulo de Mahieu. Primero, y como él mismo señala, la política educativa refleja las teorías «científicas» imperantes sobre los motivos del estatus de desventaja que ostentan las minorías inmigrantes. Es de esperar, por lo tanto, que las conclusiones que recoge de sus investigaciones acerca del funcionamiento de la declaración de 1993 sobre la «no-discriminación» tendrán algún impacto en futuras políticas. La segunda razón para ser optimistas reside en una de estas conclusiones, principalmente la de que cuanto más abierto sea y más ampliamente se divulgue el debate «ideológico» sobre cuestiones tales

como la libertad en la elección de escuelas y la libertad de expresión religiosa, más probable resulta que las políticas diseñadas para mejorar las oportunidades educativas de las minorías se pongan en práctica con éxito.

El flujo de trabajadores inmigrantes a Bélgica durante los «prósperos» 50 y 60 parece nimio comparado con el caso alemán. Bosswick nos cuenta que, «Entre 1952 y 1995, unos 28 millones de personas inmigraron a Alemania y 19 millones y medio emigraron, lo cual se tradujo en un total de inmigración de 8,3 millones». A pesar del programa que se emprendió en 1983 para fomentar y respaldar económicamente la repatriación de trabajadores invitados, la población formada por antiguos trabajadores extranjeros se ha hecho más o menos estable —aunque es interesante apreciar que, según Bosswick, «todavía está por verse si las comunidades de trabajadores emigrantes seguirán siendo estables». En 1996 la población extranjera de Alemania ascendía a los 7,3 millones, alrededor de la mitad de la cual o bien había nacido en Alemania o bien llevaba residiendo allí más de diez años. En 1994, una tercera parte de los nacimientos de todo el país tuvo lugar en una familia con al menos un padre extranjero. La llegada de alemanes «étnicos» procedentes de la antigua Unión Soviética y de emigrantes que solicitaban asilo, que alcanzó su cenit a principios de los 90 con unos 400.000 al año, coincidió con unos niveles más altos de violencia xenófoba. Desde entonces, ha habido un drástico descenso en las cifras anuales de emigrantes que solicitan asilo y de alemanes étnicos.

Aparte de una política de restricción sobre futuros inmigrantes y el estímulo a aquellos inmigrantes ya residentes a volver a sus países de origen, parece que existe una falta de voluntad política en Alemania a tratar lo que Bosswick considera la cuestión principal: la necesidad de «Una política sólida destinada a la integración de antiguos trabajadores extranjeros y sus hijos en la sociedad alemana». Ante la falta de dicha política, se dan todos los ingredientes para una «clase marginada» permanente. Aparte de la conocida historia de la marginalización económica (la tasa media de desempleo para la población extranjera en Alemania, como en Bélgica, es aproximadamente el doble que la de la población mayoritaria), se da el hecho adicional de que la ciudadanía alemana se ha basado tradicionalmente en el concepto étnico de jus sanguinis. Por esta razón, si bien para los alemanes «étnicos» procedentes de Europa de Este y Europa Central es relativamente fácil obtener la ciudadanía alemana, los inmigrantes de la primera y segunda generación de otros países pueden seguir excluidos, indefinidamente, de votar en las elecciones locales y nacionales.

Aunque el cambio de la ley de la nacionalidad alemana es hoy en día tema de debate nacional, Bosswick no se mostraba, cuando escri-

bió su artículo, optimista ante la idea de un progreso inmediato en esta dirección a causa de la cercanía de las elecciones generales (septiembre de 1998). Y es aquí donde vemos ilustrado uno de los principales motivos de la ambivalencia, ambigüedad y «el carácter inmediato» de la política pública dirigida a las minorías inmigrantes en Europa. Por una parte, existe una conciencia cada vez mayor, como Bosswick señala en el caso de Alemania, de la necesidad de integrar a esas minorías (en el sentido de ofrecerles acceso igualitario al empleo, la vivienda y otros servicios del estado, y a las instituciones políticas nacionales y locales) para evitar una posible violencia de carácter étnico y racial. Por otra parte, es demasiado fácil y tentador para los gobiernos elegidos democráticamente desviar la creciente preocupación de la población mayoritaria sobre su propia identidad colectiva y seguridad personal de las verdaderas causas de esta preocupación hacia las minorías inmigrantes y los «falsos» emigrantes que buscan asilo. Estas «verdaderas causas» —particularmente las fuerzas de mercado cada vez más liberalizadas y el movimiento «globalizado» de capital— son a la vez «invisibles» para el electorado y escapan el control de los gobiernos individuales. Si bien no pueden prometer, por tanto, una seguridad ante el libre juego de estas fuerzas, los gobiernos sí que pueden transformar la consecuente preocupación que se genera en sus ciudadanos en una ventaja electoral al demostrar su disposición y determinación a «ser más duros» con los demasiado visibles «extranjeros de al lado». Puesto que la principal preocupación de todo gobierno debe ser la de mantenerse en el poder, la triste realidad es que no podemos confiar en que los gobiernos elegidos democráticamente adopten el tipo de políticas para minorías inmigrantes que, a la larga, exige el sentido común, a menos que vean que dichas políticas servirán a corto plazo a sus intereses electorales.

A diferencia de Bélgica y Alemania, Grecia (como Italia) se ha visto recientemente convertida en un país con una inmigración significativa. Dikaiu nos cuenta que, desde 1989, más de 200.000 personas de origen griego han emigrado de las Repúblicas Soviéticas de Kazajistán, Uzbekistán y Georgia y de Albania a Grecia y que en total 13.000 inmigrantes extranjeros entran en el país cada año. Estas cifras incluyen la cifra anual de unos 3.500 «refugiados», es decir, gente sin derecho a reivindicar el origen griego y que, por ello, son considerados por el gobierno inmigrantes temporales de paso hacia terceros países y tienen que sobrevivir sin ningún estatus legal formal ni respaldo gubernamental. Aquí se incluyen kurdos, tamileses, polacos, libaneses y gente procedente de distintos países africanos. Esta entrada relativamente repentina de extranjeros ha conducido a lo que Dikaiu describe como «cambio drástico de las relaciones intergrupales», donde los valores tradicionales

de hospitalidad hacia los extranjeros se ven sustituidos por «la sospecha, la duda, el temor y la hostilidad». La autora no es optimista ante la idea que la situación se gestione mejor en Grecia que lo que se ha hecho en los países de Europa del norte —de hecho considera que Grecia está «imitando a otros países europeos con una gran tradición en cuestiones de inmigración». Sin embargo, señala algo importante que debería servir para animar a aquellos que no están preparados para aceptar que la preservación de la armonía social en Europa depende de un control continuo más efectivo de las fronteras comunes europeas. Señala que el problema al que nos enfrentamos no es cómo erradicar el conflicto, el cual es una característica necesaria y positiva de la vida social humana, sino cómo gestionarlo de forma constructiva. En otras palabras, no es la diversidad cultural en sí misma la que conduce a las formas violentas y destructivas del conflicto sino el modo en que la gente lo percibe y el modo en que dicha percepción es manipulada por los líderes políticos y agentes partidistas.

Este es un punto importante no sólo porque hace que la tarea que tenemos por delante sea desafiante más que imposible, sino porque nos recuerda que la diversidad cultural ha sido un factor —probablemente necesario— importante de los sorprendentes logros culturales, económicos y políticos de la civilización europea, que ha hecho de Europa, como dice Arroyabe, «El continente que revolucionó el mundo» y «que creó la primera cultura universal que merecía tal nombre». Siendo así, entonces el éxito de la acomodación y gestión de la diversidad cultural y étnica en los estados europeos es necesaria, no sólo para evitar las consecuencias destructivas de la violencia étnica y racial a corto plazo, sino también para ofrecer alguna esperanza de que la civilización europea será igual de creativa y «revolucionaria» durante el próximo milenio que lo que lo ha sido en el último. En otras palabras, la política de la «fortaleza europea» podría ser potencialmente el obstáculo principal para la futura fuerza económica, política y cultural de una Europa unida.

La experiencia de Gran Bretaña con la inmigración de la posguerra contrasta con la de otros estados europeos en al menos dos factores. En primer lugar, dado que la mayoría de inmigrantes procedían de las antiguas colonias o países de la Commonwealth eran ya, de acuerdo con lo dispuesto por la Ley de Nacionalidad de 1948, ciudadanos británicos de pleno derecho y tenían derecho a establecerse en Gran Bretaña sin estar sujetos a ningún control de inmigración. En segundo lugar, la cuestión de la inmigración en Gran Bretaña se ha visto siempre como un tema de relaciones raciales y, si bien todos los partidos políticos se han referido sólo de palabra a la necesidad de eliminar los prejuicios raciales y la discriminación, esto se ha traducido en una política de com-

promiso en pro de la igualdad de derechos y oportunidades, más que en programas positivos que beneficien a las minorías inmigrantes y fomenten la diferencia cultural. El capítulo de Husband sobre la comunidad pakistaní nos ayuda a comprender el vacío que esto ha creado para muchas comunidades inmigrantes en Gran Bretaña entre, por una parte, la realidad de su experiencia cotidiana de la discriminación racial y la desventaja económica y, por otra parte, el «disfrute» formal de los derechos de ciudadanía británica de pleno derecho. Su principal preocupación, sin embargo, reside en encontrar las formas en que los miembros de esta comunidad, especialmente los más jóvenes, puedan participar en la construcción y reconstrucción continua de su identidad colectiva e individual, en respuesta a las presiones, limitaciones y oportunidades procedentes de su propia comunidad y de la más amplia sociedad británica.

Resulta de particular interés, en este aspecto, apreciar lo que Husband tiene que decir sobre la relación entre la identidad y la afiliación religiosa. En primer lugar, el significado de la afiliación a la religión islámica varía significativamente dependiendo de la generación y del sexo. Los jóvenes «tienden a reproducir el espíritu islámico patriarcal, con una poderosa fusión de machismo masculino típico del norte», mientras que las chicas usan versiones escritas del Islam para poner en tela de juicio las determinadas interpretaciones orales y culturales no-islámicas que tanto los jóvenes como los mayores utilizan para intentar limitar sus libertades. En segundo lugar, existe una diferencia generacional entre aquellos que se consideran fervientes y moderados religiosos, siendo los mayores de la comunidad en general más religiosos que los jóvenes, sin tener en cuenta el sexo. Esto es bastante predecible, pero lo que es realmente interesante es que los jóvenes de ambos sexos (pero, particularmente las chicas) más que los mayores se consideran musulmanes antes que pakistaníes. En otras palabras, la afiliación religiosa se está usando aquí para transformar la identidad étnica, en líneas generacionales, más que para expresar la fuerza del compromiso religioso. Como lo expone Husband, «los datos ponen de manifiesto las significativas diferencias en el entendimiento del Islam y su incorporación a una entidad «musulmana» según el sexo y la línea generacional a la que se pertenece». Este análisis sirve para recordarnos dos características importantes de las identidades minoritarias que tan fácil y frecuentemente se pasan por alto: no son algo establecido ni monolítico, sino dinámicas, situacionales y en continuo proceso de construcción; y tampoco son homogéneas sino que tienen diferencias internas de acuerdo a variables como la edad, el sexo y la posición socioeconómica. El fracaso de considerar estos puntos a la hora de diseñar las políticas para ayudar a

la «integración» de las minorías inmigrantes probablemente implicará el que dichas políticas sean, con mucho, ineficaces y, en el peor caso, contraproducentes.

Siguiendo con la cuestión de la identidad étnica, pero centrándonos ahora en aquellas poblaciones minoritarias que consideran al estado el «problema» más que la «solución», el capítulo de Pace nos ofrece un ejemplo extremo de la manipulación deliberada por parte de líderes políticos de materiales simbólicos históricos y de otra naturaleza, literalmente para inventar una identidad étnica diferenciada para una población asentada territorialmente. El relato de Pace, que nos habla de la aparición de la Liga Norte como nueva fuerza política en Italia a finales de los 80 y de su evolución, tras la desaparición del comunismo, en un movimiento secesionista, contiene la mayoría de los rasgos distintivos del proyecto político etnonacionalista que se materializó casi al mismo tiempo en la antigua Yugoslavia. En primer lugar, existe una conexión clara de la identidad étnica con la exigencia de la existencia territorial distinta de la «nación étnica» aparte; en segundo lugar, existe la misma confianza en un líder carismático; en tercer lugar, se da la reafirmación (en este caso especialmente problemática) de una identidad lingüística y religiosa común; cuarto, se usan de igual forma símbolos visuales particularmente asociados al territorio y a la tierra; quinto, existe la misma reconstrucción hábil y deliberada de un pasado supuestamente colectivo que da cuerpo a la reafirmación de una identidad cultural común; y séptimo, en ambos casos dicha identidad se describe como una identidad amenazada por la opresión de un antiguo enemigo «étnico» de igual forma creado —en este caso el sur, atrasado económicamente, representado por el «corrupto» gobierno central de Roma.

Existen dos puntos de particular interés para nosotros en este informe. El primero es la relación «de doble filo» entre el proyecto secesionista de la Liga y la pertenencia de Italia a la Unión Europea. Por una parte, la estructura política de la UE ofreció a la Padania con aspiraciones independentistas un atractivo «centro» alternativo a Roma. El tipo de «independencia» previsto, por lo tanto, no era el del «típico» estado europeo, que protegía celosamente su estatus de entidad soberana absoluta, sino uno basado en la existencia de una Europa unida políticamente que proporcionaba un «espacio» político y económico en el cual una Padania independiente podría florecer. Al separarse del «estado» centralizado italiano, entonces, Padania se estaría poniendo bajo la protección de un estado descentralizado o federal europeo. Por otra parte, su capacidad para llevar a cabo esta transición se vio enormemente debilitada por el éxito del gobierno italiano de incluir a Italia en la Unión Monetaria Europea. Si Italia no hubiera sido capaz de satisfacer

los criterios de Maastrich, la Liga habría podido «gritar a los cuatro vientos que el económicamente atrasado sur había impedido al moderno, industrializado y trabajador norte echar a volar como país independiente por Europa». Aquí podría haber una lección para los políticos de derechas de Gran Bretaña, quienes consideran que la creación de asambleas políticas independientes para Escocia y Gales conduciría a la desintegración final del Reino Unido y sin embargo también se preocupan por la pérdida de soberanía que supone el que Gran Bretaña sea miembro de la UE, y en especial adopte una moneda única europea.

El segundo punto de interés en el capítulo de Pace guarda relación con la sugerencia expresada anteriormente de que la política de «la fortaleza europea» podría ser un obstáculo más que una ayuda para el futuro crecimiento económico y la vitalidad cultural de Europa. Al final del capítulo, Pace recoge la importante contribución hecha por la inmigración (y por tanto por la diversidad cultural) a la creación de la base económica sobre la que el programa político de la Liga se construyó. No se refiere aquí a la inmigración interna, del sur al norte de Italia, que debió ser importante para la economía del norte durante muchos años, sino al reciente cambio que ha vivido Italia, que ha pasado de ser un país de emigración a ser un país de inmigración, sin la cual «el crecimiento económico de muchas zonas del norte no había tenido lugar».

El caso de la llanura padana es en verdad un ejemplo extremo del papel desempeñado por lo que Ernesto Renan denominó «fabrication historique» en la creación de una conciencia nacional. Está claro, sin embargo, que los líderes de la Liga Norte basaban su «fabrication» en ciertos hechos históricos, aunque muy selectivos. Deberíamos quizás pensar aquí en una secuencia que se extiende entre dos «tipos ideales», uno la antítesis del otro, y que nunca se ponen en práctica. Uno de ellos es una identidad étnica totalmente inventada, que no guarda relación alguna con las circunstancias históricas objetivas, y el otro un tipo totalmente objetivo. Es decir, todas las identidades étnicas tienen alguna base histórica, pero ninguna es completamente histórica. Si el caso de Padania se sitúa hacia el extremo no-histórico de la secuencia, entonces el caso de los saami, descrito por Engebrihtsen en el capítulo de Noruega, se encuentra más cerca del histórico.

Los saami tienen su propio idioma y se encuentran no sólo en Noruega, donde se calcula que hay unos 30.000, sino también en Suiza, Finlandia y Rusia. Entran dentro de la categoría de «pueblo indígena», lo que significa que habitan, o reclaman sus derechos sobre, el territorio que les fue arrebatado durante el establecimiento de un estado nación, y que son cultural y/o lingüísticamente diferentes de la población mayoritaria del estado. Pero al igual que Padania no era un mero pro-

ducto de la imaginación de un demagogo nacionalista, los saami tampoco son una población aborigen que ha sobrevivido intacta desde los tiempos, antes de la creación del estado noruego, en que gozaban de un aislamiento y autonomía mayor. Está claro por el relato de Engebriksen que la identidad saami —su imagen actual como población minoritaria diferenciada— es producto, y no motivo, del cambio de sus relaciones con el estado noruego.

Tres hechos son particularmente importantes aquí. En primer lugar, los saami no son una población homogénea sino que «engloba grupos que se diferencian por su dialecto, cultura y ocupación tradicional»; en segundo lugar, la conciencia étnica saami fue naciendo progresivamente conforme el estado noruego intentaba, desde finales de la Primera Guerra Mundial, integrarlos mediante una dura política de «norueguización»; y, en tercer lugar, «el punto decisivo» en la lucha de los saami por su reconocimiento como minoría diferenciada llegó con la construcción de una presa hidroeléctrica en territorio tradicionalmente saami. Esto hizo que los saami se unieran al Consejo Mundial de los Pueblos Indígenas y que defendiesen sus derechos y fomentasen su diferenciación cultural a un nivel internacional y no simplemente nacional. La base del desafío saami a la autoridad central del estado noruego ha sido su exitosa reivindicación del territorio: han luchado contra el estado, por así decirlo, en su propio «terreno» y han conseguido hacerle perder su hegemonía territorial. Sin embargo, no podrían haber hecho esto sin llevar su lucha fuera de las fronteras del estado, y sin entrar a formar parte de fuerzas sociales de ámbito internacional.

Lo que este caso ilustra una vez más es que la diversidad cultural viene generada por los mismos procesos de incorporación al estado y las tecnologías de la comunicación globalizadas que parecen, superficialmente, amenazarlo. La clave para entender esto es reconocer que los saami de hoy en día no son los saami del pasado. Las identidades étnicas nunca son estáticas, ni se crean y mantienen por sí solas. Son el producto del contacto y la interacción cultural, y por tanto, se encuentran en un proceso constante de «negociación». Los casos de Kosovo e Irlanda del Norte, en apariencia muy diferentes y ciertamente más violentos, ilustran lo mismo.

Kosovo e Irlanda del Norte se encuentran en diferentes etapas de un ciclo de violencia que tiene orígenes similares y varias características comunes. Ambos países albergan una gran población (en el caso de Kosovo una amplia mayoría, y en el caso de Irlanda del Norte una amplia minoría) que se siente marginalizada y discriminada en su propia tierra por un aparato estatal «ajeno» y que tiene lazos culturales más estrechos con la población de un estado vecino —o, estados, como en

el caso de Kosovo— que los que posee con la población mayoritaria de su país. Ambos casos ilustran por lo tanto las contradicciones implícitas en la doctrina de la autodeterminación como norma internacional para la construcción de una nación. En Irlanda del Norte, los que persiguen la separación y la unión a la República de Irlanda están en minoría, mientras que en Kosovo, aunque la mayoría son albaneses étnicos, el territorio que ocupan es considerado como la «cuna» de la nación serbia. La división, uno de los posibles panoramas mencionados por Hudson como una posible solución al problema de Kosovo, se intentó en los años 20 en Irlanda y no condujo a nada: de hecho fue el desacuerdo sobre la legitimidad de la división lo que desencadenó la violencia de los últimos veinte años. Si bien en Irlanda del Norte parece haber un reconocimiento general de que la violencia ha seguido su curso, en Kosovo esta etapa parece muy lejana. En Irlanda del Norte, el esquema de un acuerdo político aceptable para todos está sobre la mesa y, sin embargo, todavía no se han puesto a trabajar para lograr un consenso. Según Ryan, la razón del titubeante y lento progreso de las conversaciones entre las diferentes comunidades es que tratan sólo superficialmente de la negociación de un acuerdo constitucional. Más básicamente tratan de la «re-negociación» de las identidades de las comunidades.

Tres conclusiones relacionadas entre sí pueden desprenderse de los casos de diversidad cultural e identidad étnica presentados en este libro. En primer lugar, el objetivo de un estado nación política, étnica y culturalmente homogéneo, es un espejismo, tanto en Europa como en las «nuevas naciones» del mundo poscolonial. Y esto no es porque las diferencias étnicas «más importantes» hayan resultado demasiado difíciles de superar y destruir, incluso por las poderosas fuerzas centralizadoras de la modernidad, sino porque estas mismas fuerzas generan y fomentan la diversidad, incluso a la vez que hacen su tarea de centralización. En segundo lugar, el conflicto en general y el conflicto de la identidad en particular, deberían considerarse como una condición normal y no patológica de la sociedad humana. Y en tercer lugar, el problema al que nos enfrentamos, en Europa y en el resto del mundo, no es cómo eliminar el conflicto étnico sino cómo adaptarlo de forma que no estalle en las salvajes, brutales e «incomprensibles» formas de violencia que hemos presenciado en Irlanda del Norte y Kosovo. Es adecuado que finalicemos esta introducción recordando que no necesitamos mirar más allá de las fronteras de Europa para encontrar algunos de los peores excesos de violencia entre comunidades en el mundo.

Europa como mosaico de identidades: algunas reflexiones

Estanislao Arroyabe

1. El desafío del Otro

Hace unos años, un colega de profesión (lingüista) me señaló lo siguiente: biológicamente hablando, todos tenemos la misma boca, y las diferencias existentes entre las bocas de cada uno de nosotros (a excepción de ciertos casos anómalos o patológicos) son insignificantes. Y sin embargo, cuando las personas aprendemos nuestra lengua madre de pequeños, nuestras bocas se acostumbran a formar y emitir esos sonidos, de forma que con el paso de los años nos resulta difícil producir los sonidos de otra lengua apropiadamente. Es entonces cuando se habla de «acentos extranjeros». La boca humana puede tener el mismo aspecto en un libro de anatomía francés o inglés, pero el hablante francés en pocos casos hará justicia a los rasgos fonéticos de la lengua inglesa y viceversa. Del mismo modo, existen numerosos chistes en Francia sobre «l'incroyable accent» de los ingleses, mientras que estos últimos se divertirán con las gracias de los franceses cuando intenten reproducir lo que entienden que es propiamente inglés.

Fisiológicamente hablando, por lo tanto, el punto de partida es el mismo para todos y se podría definir como «neutral», en cuanto que puede asumir características fonéticas muy diferentes. Ahora bien, cuando un individuo se socializa —una vez que ha adquirido su lengua madre y su perfil sonoro— es imposible que dicho individuo aborde una segunda lengua desde cero (fonéticamente hablando), como si la segunda lengua fuese la primera o no existiese. Aunque no existe ningún impedimento físico, adquirimos una segunda lengua a partir de la primera, lo cual tiene unas consecuencias bien conocidas por todos: pronunciamos completamente mal y desfiguramos la nueva lengua, aunque —permítanme señalarlo de nuevo— nuestros órganos vocales no tienen prejuicios fonéticos. Rudolf Steiner hablaba tan perfectamente el francés, el

alemán y el inglés que la gente pensaba que su primera lengua era la que por casualidad hablaba en cierto momento. Pero casos como este son tan raros que no son más que las excepciones que confirman la regla.

Los acentos extranjeros nos permiten apreciar —podríamos decir que muy gráficamente— el enorme peso y la importancia primordial de la socialización, a la vez que la profundidad de la huella que el grupo deja en cada individuo. Dicha impronta, además, es de crucial importancia cuando conocemos a personas que pertenecen a otros grupos, porque, obviamente, cuanto más característico sea nuestro perfil, más difícil nos resultará adaptarnos a los otros. La pronunciación y el acento son un ejemplo claro, aunque difícil, de este hecho. Hablando en términos generales, los valores son otro ejemplo más genérico y mucho más relevante, porque las diferencias en este caso se traducen en graves dificultades cuando intentamos comunicarnos con gente que no comparte nuestros mismos valores. Déjeme referirme a dos de las dificultades más importantes en este aspecto.

La primera contiene en sí misma y sobrepasa la diferencia fonética. Podría denominarse dificultad hermenéutica. El típico francés medio reaccionará del siguiente modo cuando se encuentre con el típico inglés: el primero recibirá al segundo con excelentes modales franceses y escuchará e intentará responder desde sus coordenadas personales, es decir, con una mentalidad que, si se pudiese llamar francesa, sería muy diferente de la inglesa. Después de todo, ¿qué más podría hacer nuestro francés? Es inevitable que cuando nos acercamos a la persona y al mundo del Otro, lo hacemos usando instrumentos de nuestra propia persona y mundo. Esta es la razón por la que, cuando un francés aprende inglés, lo pronuncia con acento francés; es decir, moldea la pronunciación inglesa de tal forma que apenas parece inglés. Para evitar esto, para poder respetar la fonética inglesa, el francés tendrá que aprender a producir sonidos que podrían resultarle extraños o sencillamente difíciles. Deberá hacer uso de su boca de forma extraña e inusual, torpe al principio pero quizás satisfactoriamente con el tiempo y la práctica. Todo este proceso tendrá éxito si la boca del francés adquiere una flexibilidad que en principio no posee. Pero esto sólo se consigue gracias al esfuerzo continuado y repetitivo. Además, aparte de no resultar ni fácil ni agradable, los resultados en muchos casos son muy modestos.

Esta aproximación al Otro (y al mundo del Otro) resulta incluso más complicada cuando nos referimos al modo de vida y pensamiento. Los juegos de palabras existen tanto en Inglaterra como en Francia, sin embargo, tienen un papel más importante al sur del Canal que al norte. Del mismo modo, existe un humor francés y un humor inglés, pero no son mutuamente exportables. Pero entonces, si entender el humor de

un extranjero no es exactamente fácil, las dificultades aumentarán espectacularmente en el caso de temas tan complicados como la religión o la opinión política; cuanto mayor sean las diferencias, más compleja resultará la comunicación. El esfuerzo que se necesita para comprender una mentalidad muy diferente a la nuestra puede ser literalmente doloroso, puesto que las ideas, valores y conceptos tienen sus raíces muy arraigadas en las experiencias individuales, las cuales pueden variar enormemente de una persona a otra o de un grupo a otro. Entender al otro, por lo tanto, significa reconstruir su mundo. Pero esto requiere una revisión ardua, y quizás una ampliación, de nuestros propios horizontes. Todo ello conlleva un trabajo muy duro —desagradable, podría decirse— e imprescindible, si realmente queremos captar al Otro y sus ideas. Si aprender a pronunciar las vocales y las consonantes que no existen en nuestras lenguas es algo tedioso, ¿cómo serán entonces las dificultades con las que se encuentra un heterosexual ante un homosexual, o un conservador intransigente ante un liberal furibundo, o un violento ante un pacifista? El entender simplemente el mundo del Otro requiere a menudo un esfuerzo muy grande; valorar su relativa bondad, en comparación con la nuestra, exige un esfuerzo aún mayor porque, para hacer esto, se necesita encontrar un criterio más noble y objetivo. Uno a menudo escucha que la comunicación requiere el crecimiento y desarrollo de los comunicantes. Sin embargo, se tiende a olvidar que esto viene a ser lo mismo que lo que los alemanes denominan con mucho acierto «el sobrepasar nuestra propia sombra».

El hecho de que la comunicación sea tan costosa y difícil hace que el encuentro con el Otro se asemeje a un cruce en el que se pueden tomar diferentes direcciones. El Otro, por el mismo hecho de ser el Otro, se convierte en un misterio fascinante que nos muestra elocuentemente lo que nos estamos perdiendo, convirtiéndose así en una influencia liberadora. Pocas cosas en la vida son tan reconfortantes como conocer a gente que, por ser como son, renuevan y reestructuran nuestra propia personalidad. Consecuentemente, a menudo buscamos gente bienintencionada que sepa comprender nuestra situación, pero desde su perspectiva, no desde la nuestra; sabemos bien que las opiniones del Otro, pueden resultar decisivamente positivas para nosotros. En la misma línea, escaparse de todo —lo que significa meterse en otras cosas— puede ser la mejor forma de relajación. O de educación: del mismo modo que salir al extranjero o al menos a otro sitio, puede ser la mejor forma de disfrutar de unas vacaciones, el estudiar fuera puede aportar mucho a una educación; por esta razón, los profesores, a menudo, aconsejan a sus estudiantes que aprovechen los programas de intercambio que ofrece la Unión Europea. Pero por supuesto, está la otra cara

de la moneda: mucha gente puede disfrutar de unas vacaciones en el extranjero, ¿pero cuánta abandona sus hogares y emigra libremente? No tanta. La razón es clara: tener un determinado acento o mentalidad hace que las cosas extranjeras sean una ardua lucha. ¿Por qué? Porque ellos no son nosotros, y uno no se mueve o actúa de forma natural hacia ellos. En una palabra, requieren un esfuerzo.

Por esta razón, la dificultad hermenéutica conlleva consigo otra dificultad, quizás más decisiva, que yo definiría como «ética», y que provoca que toda relación con el Otro sea básicamente frágil. Si una relación es fluida y no requiere esfuerzo, no tendremos problemas. Pero, ¿qué ocurrirá si entender al Otro requiere un grado de sacrificio por nuestra parte? Puede que entonces dejemos de intentarlo, o que ni siquiera abordemos la tarea. En otras palabras: cuanto más desenfrenado sea el egoísmo, más peligro corren todo tipo de relaciones. Retomando nuestra consideración inicial, esto podría significar dejar de aprender una lengua extranjera, no porque uno hizo todo lo posible y fracasó, sino porque uno descarta automáticamente lo que considera suficiente, el que esa gente tenga un idioma realmente imposible, o un acento ridículo, o una gramática compleja; ¿por qué preocuparse por ellos? Así es como la palabra bárbaro se acuñó en la Grecia clásica; como una denominación degradante y etnocéntrica para todos aquellos vecinos desconocidos del norte que no hablaban con tanta elegancia y precisión como, en su opinión, lo hacían ellos mismos. De nuevo, si consideramos los valores o mentalidades en vez de los acentos, esta peligrosa pendiente puede conducir fácilmente a juicios categóricamente severos, o por llamarlos por su nombre, prejuicios (es decir, juicios emitidos sin considerar las pruebas). Y entonces, los ciudadanos de tal o cual país son considerados intrínsecamente tontos, u holgazanes, o pérfidos, o reciben cualquiera de los otros calificativos instantáneos que los europeos se han dado unos a otros tan generosamente.

El hecho de que entender al Otro signifique hacerle justicia a él y a nosotros mismos, y el hecho de que esto, aparte de resultar difícil, sea contrario a nuestras preferencias o intereses (por no decir privilegios), tendemos a limitar nuestros esfuerzos. Hacemos lo que estamos obligados a hacer, pero nada más, y ni siquiera eso si lo podemos evitar. O por decirlo de otra manera: si somos los más fuertes, si somos la mayoría, simplemente dejamos que nuestro peso se haga sentir. De ahí, por ejemplo, la bien conocida situación de tantas minorías étnicas, obligadas a aprender la lengua dominante y sin derechos institucionales para la suya propia. O el caso similar de numerosas minorías religiosas y su precaria existencia, desdeñosamente permitida.

Presionar a las minorías parece ser algo intrínseco a las mayorías, y esto pone de relieve la dificultad principal de nuestra relación con el

Otro: ésta no reside en nuestra habilidad de entender, sino más bien en nuestra disposición a respetar. Dado que el acceso al Otro es a menudo una tarea laboriosa, resulta tentador reducir las dificultades imponiendo simplemente nuestras opiniones, u obligando a que sean aceptadas. Dicha tentación será más fuerte conforme aumenten las dificultades, conforme la distancia entre nosotros y el Otro resulte por casualidad mayor de lo que parecía. Si, además, esa distancia viene establecida por intereses sólidos pero conflictivos, la comunicación y el entendimiento mutuo serán meras utopías; lo que conseguimos es un tira y afloja, cuando no una guerra a gran escala.

La fragilidad del diálogo y la dificultad de acercarse al Otro, reside entonces en la opacidad ética de los seres humanos. Permítanme ilustrar esto proponiéndoles un pequeño experimento mental. Pensemos en el número de personas que conocemos. Ahora preguntémonos: ¿En cuánta de la gente que conocemos confiamos (a cuánta confiaríamos nuestro hogar o nuestros ahorros)? Por último, procedamos a la tercera pregunta: ¿A cuántas de esas personas queremos? Y ahora, repitamos el experimento en la dirección contraria: ¿Cuánta gente nos conoce? ¿Cuánta confía en nosotros? ¿Cuántas personas nos quieren o, por ser más modestos, a cuántas les agradamos? La diferencia numérica en las respuestas habla por sí sola y explica por qué somos tan cautos entre nosotros (o, si se me permite la expresión, con los Otros). Esta prudencia es necesaria porque desconocemos desde el exterior la buena o perversa voluntad de aquellos con los que tratamos, y porque la vida de todos está llena de desengaños en este sentido. Por la misma razón, los otros son cautelosos con nosotros, y los otros con los que nosotros somos cautos, pueden muy bien ser aquellos más allegados. Incluso se nos podría aconsejar que tuviésemos especial cuidado con ellos.

Hoy en día, uno escucha muchas cosas sobre la comunicación y el diálogo. Desde mi punto de vista, todas las técnicas modernas de presentación, discusión y convicción, a pesar de estar tan de moda (y ser tan reminiscentes de la Retórica clásica), no sirven de nada si no vienen acompañadas de una voluntad sinceramente buena (los Sofistas fueron los primeros expertos en comunicación, pero no consiguieron una polis mejor o más duradera). Sin una buena voluntad, todas estas técnicas se convierten en trucos baratos o en el marketing más efímero. La cuestión es: ¿qué es lo que le da a los seres humanos la buena voluntad que les lleva al esfuerzo desinteresado? ¿De dónde viene? o ¿qué es lo que hace que esta buena voluntad surja? ¿Podemos recuperarla si hemos engañado o los otros nos han engañado a nosotros? Si es así, ¿cómo? Considero que este es el problema principal de la Ética, y por lo tanto de la comunicación con el Otro. Podría incluso ser el problema principal

de la vida humana pero esto es algo que no voy a entrar a discutir puesto que no es el tema de mi artículo. Si actuásemos hacia el Otro conforme a nuestra mejor lealtad, podríamos, como decía Newman, tener diez mil dificultades pero ningún problema. La pesada lentitud de nuestra inteligencia sería de hecho una dificultad, pero el problema real reside en nuestra lealtad a los resultados de esa inteligencia, o mejor aún, en la honestidad de esa inteligencia, en su lealtad a sí misma. Posiblemente, por el hecho de que esa lealtad no sea algo tan usual, nuestra historia —que es también nuestra historia con el Otro— sigue siendo la confusión desconcertante y dolorosa que es.

2. El mosaico europeo

Tomada como un fenómeno cultural, Europa se considera a menudo la síntesis de dos elementos: la racionalidad griega y los valores cristianos. Sin embargo, las guerras violentas (no sólo religiosas) han abundado en nuestro continente, al igual que las explosiones irracionales tan siniestras como el Nazismo, que apareció dos siglos después de la Ilustración; entonces, demasiado por autosatisfacción. A continuación, expongo algunas reflexiones personales sobre el futuro del mosaico europeo.

1. La integración europea me parece algo irreversible. Todavía queda un largo camino por recorrer, pero se ha andado ya tanto, que volver atrás queda descartado. Aunque satisfactoria y buena, no se debería nunca olvidar que la idea europea no tiene sus orígenes en una reflexión noble y con visión de futuro que conquistó las mentes de la gente, sino que surgió como el único camino razonable a seguir tras una serie de catástrofes. Desde el final de la Guerra de los Treinta Años, el sistema político de Europa no era más que un equilibrio inestable entre diferentes potencias. En cuanto una de estas potencias intentaba superar a las otras (Francia bajo el reinado de Luis XIV o de Napoleón y Alemania tras Bismarck), las otras le atacaban; y lo mismo ocurría cuando una potencia daba señales de debilidad (las guerras de sucesión española y austríaca, las divisiones de Polonia, la decadencia del Imperio Otomano). Esto trajo consigo dos guerras mundiales en nuestro siglo. El continente que revolucionó el mundo, que creó la primera cultura universal que merecía tal nombre, que gobernó majestuosamente el planeta, yacía postrado a finales de la Segunda Guerra Mundial, y a merced de dos superpotencias no europeas (los Estados Unidos y la Unión Soviética). La elección estaba cada vez más clara: o algún tipo de asociación o insignificancia política, cuando no servidumbre. Para superar las contradicciones que habían plagado el pasado, se tenía que idear algo nue-

vo, consiguiendo lo que las ciudades estado griegas habían fracasado hacer tras la Guerra del Peloponeso.

Asimismo, los cambios económicos y tecnológicos habían hecho que las tradicionales potencias europeas resultasen obsoletas como base para el progreso. La inversión que se necesitaba para seguir siendo competitivas en el mundo contemporáneo requería un nivel de ventas (y por lo tanto un nivel productivo y financiero) imposible de conseguir en pequeños mercados nacionales; la necesidad de un mercado mayor se hizo entonces evidente poco después de la Segunda Guerra Mundial. La elección era, en este caso también, inequívoca: o se creaba un espacio económico más importante, o los estados europeos se convertirían en meros apéndices de bloques económicos mayores y más fuertes. Si las cosas no cambiaban, aquellos estados orgullosos que durante los siglos XVIII y XIX colonizaron prácticamente todo el planeta se arriesgaban a convertirse en colonias ellos mismos. Esto explica por qué la primera iniciativa realmente fructífera fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Desde entonces, el carbón y el acero han perdido su papel como pilares de la industria, pero el camino entonces emprendido ha sido continuado. Se creó el Mercado Común, se abolieron las aduanas, se armonizaron los sistemas fiscales, se equipararon los presupuestos nacionales, y se creó una divisa común y un Banco Central Europeo ante nuestros ojos. Y al igual que el poder económico y judicial han sido transferidos a las instituciones europeas, el poder político y militar también lo harán, en mi opinión. Las modalidades a adoptarse no están nada claras, y habrá negociaciones interminables y tediosas que impliquen muchos tira y afloja, pero, desde mi punto de vista, más tarde o más temprano, los estados soberanos del pasado se convertirán en algo similar a unidades administrativas, aunque eso sí privadas de unos cuantos de sus atributos anteriores.

Pero no nos engañemos ni por un segundo: este proceso de integración no se debe a ningún espíritu noble europeo, y ni siquiera al sentido común rutinario; ha sido impuesto por las circunstancias a los europeos. Uno sólo tiene que fijarse en el carácter y el modo de dicha integración para comprobar esto. No se trata de un matrimonio por amor, sino de algo racional, en el que cada detalle de la vida ordinaria del futuro se acuerda tras deliberadas y agotadoras negociaciones. Tras la integración europea, uno encuentra una convicción creciente, pocos gestos —¡y una cantidad asombrosa de burocracia!

2. En el futuro, Europa no tendrá ningún estado, nación o grupo dominante, porque ningún país supera tanto a los otros en extensión geográfica o población. Alemania es considerada por algunos como la mejor candidata para desempeñar dicho papel, pero si tenemos en

cuenta los cuatro países principales de Europa Occidental, los 80 millones de alemanes no pueden imponer su voluntad política y económica a los 60 millones de franceses, o a grosso modo, a otros tantos británicos e italianos. El hecho de que no exista un único país dominante, echará al traste la tentación demasiado humana de extender las formas, idioma o aspiraciones de uno al resto del grupo. La Unión Soviética se desintegró hace unos años. Sobre el papel, se trataba de una agrupación fraternal de nacionalidades muy diferentes cuya diversidad estaba constitucionalmente consagrada, y se consideraba enriquecedora para el grupo. Pero... más de la mitad de la población era rusa, tan rusa como los tres cuartos del territorio y los recursos naturales. Y todo estaba dirigido por rusos asentados en la antigua y tradicional capital de Rusia. Dada la fragilidad ética de los seres humanos, el resultado era predecible: el pez grande se comió al pequeño. Los letones y los habitantes de Uzbekistán aprendieron —tuvieron que aprender— el ruso, pero los rusos no se molestaron en hacer lo mismo con las lenguas de las otras nacionalidades; ni siquiera en casos como el de Letonia o Kazajastán, donde la emigración rusa había sido masiva casi hasta llegar al punto de acabar con el equilibrio étnico. Los rusos que vivían en Letonia no pensaban siquiera en aprender el letón, pero esperaban, «de forma bastante natural», que todo letón fuera bilingüe; y era, por supuesto, evidente, que cuando los letones y los rusos tuviesen que realizar algún trato, la lengua que se tuviese que utilizar fuese el ruso. Y así, poco a poco, el letón tuvo que retirarse, perder importancia y hacer sitio a la creciente «rusificación» que se vivía en todas las profesiones y condiciones de la vida. La misma identidad cultural de los letones estaba siendo aplastada y debilitada.

No creo que nada como esto llegue a ocurrir en la Europa del futuro. Será una Europa plural, culturalmente hablando, no debido a un salto enorme en el comportamiento civilizado, sino más bien a la misma fragmentación del continente. Tendremos que tomarnos unos a otros más en serio, porque no habrá otro modo. Y tendremos que organizar nuestra vida en común, lo cual no va a ser en absoluto sencillo ni fácil. Pensemos, por ejemplo, en las lenguas: ¿se considerarán todas las lenguas nacionales lenguas oficiales en la Europa del futuro? Cuando se creó el Mercado Común, sus miembros usaban cuatro lenguas (el francés, el alemán, el holandés y el italiano) y en las reuniones se recurría a traducciones simultáneas. Bruselas aún funciona del mismo modo. Sin embargo, los idiomas oficiales de la Unión Europea han aumentado hasta once. ¿Cuántos habrá cuando los países de la Europa Central y del Este se unan, lo cual ya está empezando a suceder? Hace algún tiempo, se sugirió que el inglés fuese el idioma de trabajo en la Unión,

pero esta propuesta fue rechazada con firmeza por los franceses, quienes entendían muy bien que un idioma que no es oficial pierde importancia práctica y se arriesga a ser totalmente relegado. Armaron tal escándalo que se acordó establecer dos idiomas de trabajo: el inglés y el francés. Pero entonces aparecieron en escena los alemanes, muy enfadados, argumentando que su idioma era, numéricamente hablando, el más importante de la Unión, y que su país era el principal contribuyente al presupuesto comunitario. El resultado de estas idas y venidas ha sido que el presupuesto de Bruselas para la traducción e interpretación ha crecido espectacularmente. Los documentos oficiales, por ejemplo, tienen validez para un país sólo una vez son traducidos al idioma de ese país, pero nunca antes. Algunos pueden considerar esto simplemente una cuestión de irritación nacional, pero, por otra parte, los daneses, los griegos, los portugueses o los finlandeses saben que si renuncian a la condición oficial de su idioma, a la larga, estarán poniendo en peligro su propia identidad cultural. Sin embargo, por razones prácticas imperiosas, se tiene que encontrar una solución, pero ¿cuál? ¿Qué lengua o lenguas deberían ser oficiales y por qué motivos? ¿Cómo debería tratarse a las restantes? ¿Qué debería hacerse en una Europa democrática si, digamos por ejemplo, alguien insiste en usar el catalán en los comunicados oficiales y argumenta que hay más europeos que hablan catalán que danés, o si la misma persona simplemente opina que lo que está en juego es un derecho inalienable?

3. El hecho de que no existirá un grupo dominante en Europa deja, por lo que entiendo, espacio a las minorías, es decir, a esos grupos étnicos y lingüísticos que han sido a menudo víctimas de mayorías dominantes dentro de estados nacionales. Ya hay voces —procedentes generalmente de estas mayorías— que encuentran inexplicable que haya «ataques de mentalidad tribal» en el proceso de integración europea. Esta expresión bastante poco cortés, y otras del estilo, traicionan algo como la falta de visión de futuro, o, aún peor, la ceguera histórica selectiva. Lo que ha ocurrido es que hoy es posible airear lo que en el pasado estaba reprimido; lo que entonces surge es una parte y parcela del patrimonio histórico europeo, tan lleno de injusticias que necesitan ser corregidas. Y lo profundamente que se han sentido estos equívocos, y lo tenazmente que puede exigirse su corrección es algo que, de nuevo, tiene que ver con la naturaleza humana: nosotros, los humanos, cometemos injusticias con bastante facilidad, pero puede resultar infatigable cuando nosotros mismos sufrimos una. De acuerdo con esto, los grupos dominantes no piensan siquiera en todo lo que le han hecho a los pequeños, y luego se sorprenden, cuando no se indignan, cuando los últimos muestran una determinación absoluta en sus actitudes. Gran-

des o pequeños en tamaño, todos nos hemos convertido en habitantes de la misma casa, y los conflictos que surjan en ella nos afectarán cada vez más a cada uno de nosotros. Así, tendremos que aprender a llevarnos bien unos con otros, y esto implica que los grupos mayoritarios tendrán que respetar a los más pequeños, al menos más de lo que hacían. El estado nacional era como un ring de boxeo sin árbitro: el contendiente más fuerte podía abusar del más débil, y no había nadie que entrase en el ring para detenerle. En una Europa de muchos grupos e idiomas, de tamaños muy variados, este abuso es imposible, puesto que ahora estamos todos en el mismo ring. Esta es una buena noticia, pero es aleccionador considerar que tal evolución, si tiene lugar, será básicamente debida a un cambio de «*rapport les forces*», y no a ninguna revaluación de la conducta histórica.

4. Europa es como los dientes de una vieja boca. Estos dientes, que son grandes y tienen profundas raíces entrelazadas, han ido creando su propio espacio a empujones. No es necesario decir, que poner orden entre dichos dientes, o crear una armonía estética y funcional entre ellos, va a ser una tarea difícil, y éste va a ser el caso también de la integración europea. Por una parte, la economía, el acortar distancias y la revolución de las telecomunicaciones nos acercan cada vez más; por otra parte, los europeos no están todavía preparados para perder sus raíces y convertirse, como los Estados Unidos, en un crisol. Queremos seguir siendo como somos, y sin embargo, nuestra cercanía, cada vez mayor, no puede más que influenciarnos mutuamente. ¿Cómo podría esto influenciar el trabajo? Quizás las lenguas vecinas podrían darnos una buena pista.

Dos idiomas rara vez, si acaso alguna vez, se fusionan en una tercera. Las influencias mutuas son más sutiles, menos burdas. Las palabras y las construcciones lingüísticas se importan y exportan porque, como decía Wittgenstein, los modos de vida son aceptados o rechazados. Con el tiempo, aquellos productos que en el pasado eran extranjeros, son absorbidos y no se puede encontrar ningún sustituto para ellos. En la actual Alemania, por ejemplo, y desde los días de Nietzsche, el agudo desagrado, que se ha dado en llamar «*Ressentiment*», no puede ser mejor expresado que con esta palabra originariamente francesa. Todas las lenguas europeas presentan numerosos casos similares que traicionan el alcance de las influencias mutuas. El ruso y el alemán prueban, con su vocabulario, la dominación francesa de otros tiempos. A pesar de la persistente resistencia, respaldada por el gobierno, en el francés se están infiltrando —algunos dirían incluso que lo están debilitando— anglicismos y americanismos. Pero el mismo inglés es una lengua germánica muy influenciada por el francés normando y el latín medieval.

Siempre ha existido una cierta cantidad de mezcla lingüística y cultural, y creo que en el mundo moderno ésta será todavía mayor. Hace un par de meses uno podía leer en un importante semanario europeo que los alemanes se habían hecho más británicos (pragmáticos) en política y más mediterráneos en su cultura. Si se comparan las diferentes generaciones en Austria, Alemania o en la Suiza de habla alemana, uno no puede más que concluir que éste es sin duda el caso. Las típicas tapas españolas pueden encontrarse en algunos bares franceses y belgas, y muchos españoles desayunan el tradicional «muesli» suizo-alemán. Las casas que habitamos, las empresas y organizaciones para las que trabajamos, los salarios que recibimos, los impuestos que pagamos, los coches que conducimos... cada vez somos menos diferentes en muchas cosas. Pero entonces me vienen a la mente mis estudiantes del Tirol meridional.

El Tirol meridional es una pequeña región, que ha formado parte de Italia desde 1918. Anteriormente, pertenecía a Austria y sus habitantes hablaban prácticamente 100 % alemán. Mussolini intentó italianizarla déspotamente, mediante el traslado de población, entre otros medios. Hoy en día, de acuerdo con el último censo, cerca del 70 % de los habitantes del Tirol meridional forman parte del grupo de habla alemana, el resto habla italiano, excepto (como en las zonas más orientales de Suiza) un grupo muy reducido de ladinos que hablan el romanche, una lengua directamente derivada del latín. Después de la Segunda Guerra Mundial, y entre las tensiones que provocaron algunos brotes terroristas, se concedió un gobierno autónomico a esta región. En general, se podría hablar de una situación muy europea. Ahora, mis estudiantes de habla alemana que provienen de esta región para estudiar en Austria no se sienten austríacos, como a menudo lo hacían sus padres y todavía más incondicionalmente sus abuelos. Ellos aprecian mucho ciertos aspectos del estilo de vida italiano, como la ropa, el carácter de los contactos humanos, la forma «humana» —como ellos dicen— flexible de solucionar situaciones complejas o difíciles. Y dicen con bastante claridad lo que piensan. El modo «típicamente austríaco» o «alemán» de hacer las cosas es para ellos legalista, zafio y desagradable. ¿Significa todo esto que se sienten italianos? En absoluto, incluso aunque su italiano sea a menudo muy fluido y natural. Cuando se les pregunta, dicen que se sienten «alemanes», en el sentido cultural pero no político de la palabra.

A diferencia de sus abuelos, a ellos no les interesa lo más mínimo la posible reincorporación a Austria, y aún más, ahora, tras la era de Shengen, cuando el Paso del Brennero, que parte el corazón mismo de lo que en su día fue un único y unido Tirol, está perdiendo su importancia, a todos los efectos prácticos. Si se les pregunta por su idioma,

ellos contestan sin dudarle «alemán» y consideran el italiano nada más que una bella adquisición práctica. Dirán «nosotros en Italia tenemos una ley diferente para esto y aquello», pero hace dos años vino a verme un estudiante porque necesitaba mi permiso para un programa de intercambio estudiantil. Cuando le pregunté adónde iba me dijo que a «Florenca». Le pregunté por qué y su contestación fue: «para aprender italiano». Bastante sorprendido, le comenté que él procedía de una ciudad donde el 50 % de la población es italiana, y cuyo alcalde habla tanto el alemán como el italiano. Su respuesta fue sencilla: «es verdad, pero nosotros no nos mezclamos con los italianos». Y este no ha sido el único caso en el que he oído eso de «nosotros no nos mezclamos».

5. Mis estudiantes me hacen pensar en lo decisivo que es un idioma como factor cultural. También me hacen reflexionar sobre lo fluída que puede ser una identidad cultural y en el modo en que la joven Europa puede afectar a las identidades históricas que engloba. Muchos de los factores que definían una identidad cultural están desapareciendo o perdiendo el control; ser a la vez polaco y budista era, no hace tanto tiempo, tan inconcebible como ser católico y coreano. La geografía y la historia se confabularon para modelar tipos que parecían tan inalterables como las obras de la naturaleza; uno era polaco y católico tan irrefutablemente como la hierba es verde y el cielo azul. Pero la tecnología ha acortado enormemente las distancias geográficas y el acelerado ritmo de cambio en nuestros días, nos hace ver como históricamente condicionadas y culturalmente supeditadas, muchas cosas que, para nuestros antepasados, estaban grabadas en piedra. Nos guste o no, el Otro como espectador cuestiona nuestra propia identidad, y por otra parte, nuestra propia existencia es una referencia inevitable para el Otro. Si el mundo se está convirtiendo en un pueblo, este es a fortiori el caso de la parte europea de dicho pueblo. Nos encontramos tan intrínsecamente unidos unos a otros, tan plenamente entrelazados, que es imposible decir cómo podemos influirnos unos a otros, y este es para mí uno de los enigmas más fascinantes de la joven Europa: ¿cómo evolucionarán las actuales identidades lingüísticas, confesionales e institucionales? Nadie sabe, por supuesto, la respuesta correcta. Sería una buena apuesta pensar que algunas de las lealtades plenas del pasado, algunos de los rasgos diferenciales de antaño, simplemente desaparecerán. Sin embargo, otros puede que adquieran una importancia renovada. En cualquier caso, es seguro que aparecerán nuevas constelaciones, nuevas definiciones basadas en las preferencias manifestadas por los europeos. Como en el caso de mis estudiantes del Tirol meridional, tales preferencias podrían modificar considerablemente los marcos tradicionales, al apreciarse algunos de sus elementos y despreciarse otros. Pero las iden-

tidades supervivientes, al igual que las nuevas, deberán su éxito a un factor que considero primordial, y que sólo puedo describir en términos económicos, aunque no me gustaría que se me interpretase comercialmente: sólo durará lo que vende, y sólo venderá lo que sea atractivo. Como todos sabemos, el mercado es despiadado y si no le interesamos al Otro, este nos descartará. Así es la vida. Afortunadamente, podemos ser de interés por muchos motivos, y las opiniones de un único parámetro sobre las realidades humanas y su futuro son peligrosamente simplistas. Por esta razón, el futuro de Europa y de sus componentes es un futuro básicamente abierto que dependerá del atractivo de las opciones que surjan. Esto podría ser inquietante para algunos y esperanzador para otros. De lo que estoy seguro es que será interesante para todos.

Minorías, políticas y estrategias en Europa: una perspectiva belga (flamenca)

Paul Mahieu

1. Bélgica: un país multicultural

Bélgica tiene una gran tradición de multiculturalidad, dado que ha sido una entidad plurilingüe desde su nacimiento en 1830. Este estado consta de tres regiones: Flandes (de habla holandesa); Valonia (de habla francesa); y una pequeña zona de habla alemana. La capital, Bruselas, es una ciudad bilingüe. Como capital de la Unión Europea y centro de diferentes organizaciones (como la OTAN) y empresas internacionales, la ciudad resulta muy atractiva para los extranjeros. En el pasado, Bélgica siempre tuvo amplias relaciones comerciales internacionales: pensemos en las ciudades portuarias de Amberes y Brujas.

Entre 1930 y 1980 hubo tres olas importantes de inmigración a Bélgica. La primera incluía inmigrantes polacos e italianos que procedían de zonas rurales con perspectivas económicas pobres para trabajar en la industria de la minería belga. La segunda ola de inmigrantes comenzó en 1947 y siguió un modelo similar al de la primera. Se centró de nuevo en la industria minera pero por primera vez el flujo de inmigrantes se organizó en cupos y se apeló a los servicios de trabajadores de diferentes países, como España y Grecia. La tercera ola de inmigrantes tuvo lugar en los 60 con trabajadores procedentes de diferentes países (Turquía, Marruecos) para cubrir vacantes en los nuevos sectores de la actividad económica, tales como la industria del transporte y la construcción. Durante este período, que ha sido descrito como los dorados años 60, el Ministerio de Trabajo y Empleo emitió nada menos que 125.000 permisos de trabajo durante cuatro años. El mismo Ministerio pidió que se distribuyese un folleto titulado «Vivre et travailler en Belgique» en países donde había un alto porcentaje de población que buscaba trabajo en el extranjero: «Nosotros en Bélgica nos sentimos felices

de que vengáis a nuestro país a ofrecernos los servicios de vuestra fuerza e inteligencia... Bélgica es un país en el que el trabajador está bien pagado y la gente tiene un alto nivel de vida, especialmente los que tienen familias» (OCDE, 1991: 271).

Ahora en este momento, nos enfrentamos a las consecuencias negativas de la política de inmigración. Desde 1974 el crecimiento económico ha disminuido, y los trabajadores inmigrantes han sido las primeras víctimas de dicho proceso. En la actualidad alrededor del 20 % de los trabajadores inmigrantes carece de empleo, si bien la tasa media de desempleo en el caso de la población autóctona se sitúa en el 11 %. En algunas regiones (como la ciudad de Malinas) la tasa de desempleo en el caso de los trabajadores inmigrantes es del 42 %, cuatro veces más que la tasa de la población autóctona. El descontento social, los disturbios provocados por algunos grupos de jóvenes inmigrantes, el racismo, y el relativo éxito electoral de los partidos de extrema derecha han sido los resultados directos de esta situación socio-económica.

El actual debate sobre la política de minorías debe entenderse dentro del contexto del relativo éxito del partido de extrema derecha Vlaams Blok en las últimas elecciones y los recientes incidentes provocados por jóvenes inmigrantes, por una parte, y el actual «movimiento blanco»¹, una reacción a los errores cometidos por la policía y la judicatura en la investigación de casos de pedofilia, por otra. Hace tan sólo un año tuvo lugar el funeral de la niña marroquí, Loubna Ben Aissa, que fue asesinada por un pedófilo. Aquel fue el único momento en el que la gente se concienció de la dignidad de la comunidad inmigrante. Algunas personas, como el Rey de Bélgica, la hermana de Ben Aissa, y los padres de otros niños asesinados y desaparecidos pusieron rostro a aquel movimiento. Su influencia en la política de inmigración es incuestionable, pero a la vez invisible. La lección que se aprendió es que la coexistencia de diferentes culturas no es sólo una cuestión de política. Las políticas siempre han seguido las tendencias de la sociedad.

La organización estatal federal y democrática de Bélgica no es el resultado de un proceso racional de elaboración de políticas. Es más bien el resultado de la coyuntura económica, las relaciones de poder, la influencia de grupos de acción y movimientos sociales, las manifestaciones públicas, y las acciones de determinadas élites e individuos. Lo mismo se puede decir en el caso de la política relativa a minorías étnicas, y especialmente de la política educativa.

¹ «blanco» aquí se usa para simbolizar la inocencia, y no en sentido racial.

2. Inmigrantes y educación

El breve relato expuesto anteriormente nos muestra que existen muchos y diferentes grupos de extranjeros en Bélgica. En primer lugar, la denominada población autóctona tiene unos orígenes muy internacionales. Mi nombre, por ejemplo, tiene origen francés (zona sur del país). En segundo lugar, Bélgica es una comunidad muy abierta orientada hacia Europa. Así, Flandes alberga más de 61.000 personas de nacionalidad holandesa (ciudadanos de Los Países Bajos, que usan la misma lengua que los flamencos). El que no sean tratados como «inmigrantes» es un hecho significativo. Por otra parte, los 46.000 marroquíes y 45.000 turcos, incluyendo aquellos que han obtenido la nacionalidad belga, son vistos como inmigrantes. La gente los identifica como tales por sus nombres, actitudes, religión, costumbres y por el hecho de que los inmigrantes de mayor edad en general no hablan holandés, al menos no lo hacen sus hogares.

Por «inmigrantes» entendemos todas aquellas personas de origen extranjero que se han establecido en nuestro país con intención de quedarse. Eso implica que esta gente prefiere algún tipo de integración. Por esta razón, la mayoría de las familias de inmigrantes se reencuentran, y los jóvenes se distancian del país de origen de sus padres o abuelos.

La educación se considera el medio primordial para fomentar la integración: directamente por el proceso de socialización e indirectamente como base para el empleo. Sin embargo, parece que nuestras escuelas no tienen mucho éxito en este desafío. En el primer curso de educación primaria la tercera parte de los inmigrantes parecen ser retrasados y el 8 % son enviados a aulas de educación especial para discapacitados mentales (cf. 5 % en el caso de niños belgas). En secundaria, observamos el 60 % aproximadamente de los alumnos no europeos en escuelas de estudios profesionales y menos del 20 % en la enseñanza secundaria general. En el caso de los alumnos autóctonos, las cifras se encuentran respectivamente en el 22 % y 45 %. Sólo el 1 % de los estudiantes de educación superior es de origen inmigrante.

3. La política educativa para inmigrantes: tres etapas

Como se ha mencionado anteriormente, las políticas del gobierno siempre son el resultado de los paradigmas culturales variables. Las políticas gubernamentales también están relacionadas con paradigmas científicos. En este sentido, me gustaría distinguir tres etapas en la política educativa para inmigrantes, y relacionar dichas etapas con tres teorías relativas a la explicación del estatus de desventaja de la población inmigrante.

El primer período comprende los 70 y comienzos de los 80. En esta etapa no se hacía nada por los inmigrantes. Se consideraban tan sólo una fuente de mano de obra barata y poco cualificada. Su estatus social marginal se explicaba como una consecuencia de su déficit cultural y su falta de fluidez en la lengua de la mayoría. La política educativa se restringía a algunos programas de compensación lingüística.

En los 80 se pasó de los programas de compensación a los de diferenciación. El paradigma de estos años consistía en que no era el inmigrante sino el sistema educativo quien creaba la marginalidad, puesto que dicho sistema se basaba en el estudiante blanco modal y no respondía a las necesidades y preferencias de los inmigrantes. En este sentido, se introdujeron cambios en los diseños curriculares, con cursos tales como «el holandés como segunda lengua», «enseñanza de la lengua madre» y la religión islámica. Los principios generales se centraron en el respeto a las identidades culturales de los grupos, la colaboración en las escuelas entre profesores autóctonos e «invitados», y en preparar a los alumnos para la vida social, y particularmente para la vida profesional, (FASE, 1994: 93-96). Estas condiciones reforzaron el modo de segregación en las escuelas a través de sus políticas de identidad y la tendencia a diferenciar niños pertenecientes a una minoría inmigrante de niños flamencos empleando líneas divisorias de carácter étnico. A consecuencia, los inmigrantes elegían aquellas escuelas que hacían los mayores esfuerzos por satisfacer sus intereses, si bien, a la vez, la población mayoritaria se alejaba de ellas, al considerar que la calidad de la enseñanza en aquellas «escuelas negras» era inferior.

Comienzo este período en 1991. En mayo de este año el gobierno flamenco decidió mejorar las prestaciones educativas de las escuelas con al menos el 10 % de alumnos inmigrantes para reducir de esta forma su desventaja educativa y mejorar la integración. Dentro de esta Política de Enseñanza Prioritaria, las escuelas «negras» pueden solicitar períodos de enseñanza adicionales y el apoyo de un consejero educativo especial. Para recibir dicho apoyo, necesitan describir sus acciones específicas orientadas a la educación intercultural y lingüística, la prevención y solución de dificultades de aprendizaje en colaboración con un centro de orientación educativa, y el trabajo de la comunidad educativa (la obligación de la escuela de colaborar con un centro de bienestar social junto con la organización de inmigrantes local). El resultado fue un enfoque más apropiado y profesional por parte de las escuelas y un cambio de las escuelas «negras» por escuelas con porcentajes más moderados de niños pertenecientes a minorías. No obstante, la situación de las escuelas «negras» siguió siendo la misma, puesto que seguían perdiendo a sus mejores alumnos.

4. La declaración de 1993 sobre la no-discriminación

En 1993, el Ministerio de Educación Flamenco junto con las asociaciones educativas hicieron una declaración sobre la no-discriminación para hacer aún más fácil la integración de niños inmigrantes en la sociedad flamenca. Los dos objetivos de la política eran: una mayor conciencia con respecto a la discriminación en las escuelas, y la puesta en marcha de una política de admisión para establecer una proporción más equilibrada de alumnos inmigrantes en todas las escuelas de una comunidad. La puesta en marcha de la declaración sobre la no-discriminación es un asunto de la comunidad local. A través de las negociaciones entre los representantes de las juntas directivas de las diferentes escuelas se llega a un acuerdo local para poner en práctica la política de admisión. Además, a fin de fomentar esta política, el gobierno ofrece recursos adicionales a aquellas escuelas negras capaces de redefinir su estrategia de acuerdo con la política de la no-discriminación (EVELING, 1996; JANSSENS/SEYNAEVE, 1998).

Esta política es un ejemplo de un enfoque más equilibrado del gobierno. La teoría estructural nos enseña que la educación no puede aislarse de las demás cuestiones sociales. La educación, la vivienda, el empleo, la participación y la exclusión cultural, están estrechamente relacionadas entre sí. La tolerancia mutua entre los diferentes grupos étnicos es crucial en todo este proceso. El primer objetivo de la política es por lo tanto fomentar la tolerancia y evitar el racismo. Un proyecto de investigación que realicé para evaluar la puesta en marcha de la declaración sobre la no-discriminación formulaba tres conclusiones importantes (MAHIEU 1997).

En primer lugar, el objetivo de una mejor distribución de los inmigrantes en las escuelas (abolición de la segregación racial) no se ha llevado a cabo. Por el contrario, la concentración (medida por la desviación estándar como medio de estadística para objetivar la distribución) se ha visto fortalecida, especialmente en las pequeñas escuelas. Esto no significa que las escuelas faciliten activamente ese proceso, sino que las grandes escuelas elitistas blancas, particularmente, no actúan contra él. Y siguiendo una política tan pasiva, refuerzan las opiniones prevalentes sobre la estratificación social.

En segundo lugar, no todas las escuelas tienen la capacidad necesaria para jugar un papel activo en la política local. Puesto que la mayoría de las medidas adoptadas por el gobierno son voluntarias en la actualidad, las escuelas necesitan la capacidad para estudiar sus posiciones de mercado, elaborar un plan de acción en el que especifiquen sus determinadas acciones, y negociar con el gobierno, otras escuelas

y grupos de interés. La ayuda y el apoyo externo parecen primordiales para la exitosa ejecución de dicha política. Está claro que las escuelas que se consideran a sí mismas un elemento más de una red de grupos de interés (Figura 1) tienen más posibilidades de éxito puesto que pueden utilizar su «poder moral» como instrumento para influenciar a los diferentes grupos de interés. Los grupos de interés con menos poder que intentan tener voz en este terreno necesitarían crear su base de poder antes de obtener un estatus legítimo como grupos de interés. Todo depende del modo en que la escuela pueda influir en los valores predominantes y convencer a los grupos de interés del atractivo social de su proyecto multicultural (JANSSENS/SEYNAEVE, 1998: 5-7).

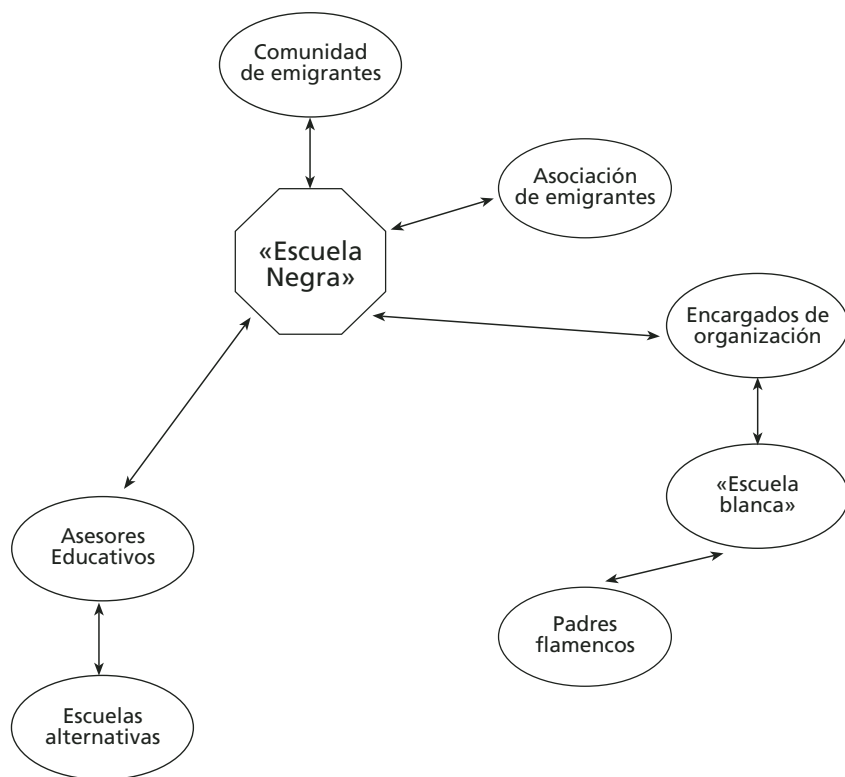


Figura 1

La escuela «negra» dentro de su red de relaciones con los grupos de interés

El cuadro que se muestra en la Figura 2 está inspirado en la denominada matriz de Asesores de Boston. Reúne los valores organizativos y los valores predominantes del medio educativo. Las preguntas que tienen que responderse son: ¿es el sistema de valores de la escuela y el proyecto social lo que hace esa cultura aparentemente compatible con los valores predominantes de la sociedad? y ¿qué fuerza tienen ambos sistemas de valores?

Sistemas de valores internos	Fuertes	Débiles
Sistemas de valores externos		
Fuertes	Organización del éxito	Subcultura misionera
Débiles	Organización de base	«Secta»

Figura 2

Tipos de (sub)culturas organizativas basadas en el predominio de los sistemas de valores internos y externos

En Bélgica, por ejemplo, la posición de mercado de las escuelas elitistas blancas es fuerte porque sus valores son compatibles con la cultura predominante. Juegan el papel de las «organizaciones o escuelas del éxito». Las escuelas con un proyecto multicultural desempeñan el papel de un grupo de acción, una organización de base, porque intentan cambiar las opiniones públicas. Para ellas supone todo un desafío convencer al medio de su responsabilidad social. Los otros tipos de organización —la «secta» y la subcultura misionera— hacen referencia a escuelas en las que los valores internos son débiles en comparación con los valores predominantes: por ejemplo, las escuelas blancas donde algunos profesores intentan convencer a sus colegas sobre ciertos proyectos sociales atractivos (subcultura misionera), o las escuelas donde una minoría extremista (ej. los profesores religiosos fundamentalistas) intentan convencer a su escuela y al mundo entero de su opinión religiosa (secta) (DIETVORST/MAHIEU/PEENE, de próxima aparición).

La tercera conclusión de mis investigaciones se refiere al papel del debate ideológico sobre la multiculturalidad. En aquellas ciudades donde la ejecución de la declaración sobre la no-discriminación ha sido objeto de incidentes y discusión pública, los resultados son más positivos

que en aquellas donde los foros de debate locales han intentado excluir sus problemas de los periódicos. El hecho de que estos foros no están funcionando es algo evidente. Dado que la constitución belga ha declarado la libertad a (oferta y elección de) la educación, la competencia entre los denominados pilares (católico, provincial; comunitario, educación oficial) y entre las escuelas individuales está institucionalizada y la cooperación entre ellos es poco usual. Los representantes de las juntas directivas de las escuelas con diferentes rasgos ideológicos y culturales se vieron obligados a analizar sus responsabilidades mutuas con respecto al problema de los inmigrantes. Allí donde el proceso de segregación fortaleció las «barreras culturales» tradicionales (esto es, donde los alumnos inmigrantes se concentraban en algunas escuelas determinadas, especialmente en las escuelas oficiales) el debate se caracterizó por los argumentos relativos a los derechos humanos básicos (tales como la libertad de elección de escuela y religión). Estos debates eran a veces muy intensos y acalorados. Pero en todos los foros locales el resultado fue que los representantes de las diferentes escuelas se conocieron entre sí, lo cual se tradujo, por lo general, en un reconocimiento mutuo mayor. El efecto más importante fue que los representantes de las escuelas se concienciaron de su responsabilidad social común con respecto al problema de la segregación y la calidad de la enseñanza. En este sentido, la declaración sobre la no-discriminación tuvo un impacto cultural doble: entre las comunidades étnicas y entre las subculturas belgas (basadas en ideologías). En ambos casos, la ejecución de dicha declaración es un paso hacia una sociedad más tolerante.

Bibliografía

- DIETVORST, C.; MAHIEU, P.; PEENE, P. (forthcoming): *De verantwoordelijke school (The responsible school)*, Samsom H.D. Tjeenk Willink, Alphen a/d Rijn.
- EVELING, P. (1996): *Non-discrimination charter in the education system of the Flemish Community (Belgium)*, OCDE, Estrasburgo.
- FASE, W. (1994): *Ethnic division in Western European education*, Waxmann Münster, Nueva York.
- JANSSENS, M.; SEYNAEVE, K. (1998): *Collaborating to segregate a black school: how can a low power stakeholder gain voice?* KUL, Lovaina, 18 marzo.
- MAHIEU, P. (1997): *Elkaar ontmoetende scholen op de weg naar elkaar ontmoetend onderwijs (Schools meeting schools on the way to a multicultural education)*, UFSIA, Amberes.
- OECD (1991): *Education in Belgium: the diverging paths*, Estrasburgo.

Relaciones entre el Estado y las minorías étnicas en Noruega

Ada Engebrigtsen

En esta ponencia haré un resumen general y descriptivo de las relaciones pasadas y actuales entre el estado y sus agentes y las minorías étnicas que viven en Noruega. Noruega ha sido tradicionalmente una sociedad homogénea, étnicamente hablando. Desde que Noruega se estableció por primera vez como estado a finales del siglo XII, sólo se han hablado dos idiomas en el país, el noruego y el saami, aparte de otros dialectos hablados por grupos minoritarios como el kven (noruego-finés) y el romaní (un dialecto gitano noruego). Una distribución de los recursos relativamente igualitaria y una economía y un poder estatal descentralizados han generado una población homogénea desde el punto de vista cultural que hoy en día asciende a 4 millones y medio de personas. No obstante, lo que sigue a continuación no es en general una bonita historia sobre un estado benevolente y sus felices súbditos.

1. Reseña histórica

La población saami (lapones) es la única minoría que hoy en día goza de un estatus oficial como minoría nacional autóctona. Se calcula que la población saami existente en Noruega es de unos 30.000, pero como en la mayoría de los casos de minorías, las cifras dependen por supuesto de la definición, lo cual es un tema bastante complejo. Los saamis viven como grupos minoritarios en Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia y tienen su propia lengua, el saami, que pertenece al grupo de las lenguas urgo-finesas. El término «saami» se refiere por igual a la gente, al idioma y al territorio del que tradicionalmente han hecho uso. Sin embargo, los saamis no son una población homogénea, sino que engloba grupos que se diferencian por su dialecto, cultura y ocupación tradicional. Las

relaciones entre el estado de Noruega y los saamis no han sido estáticas. El primer acuerdo documentado entre el estado y los lapones, que data del siglo XVIII, establece los derechos de los saamis a usar los pastos y recursos naturales a ambos lados de la frontera noruega-sueca. Este acuerdo reconoce a los saamis como una nación con sus propios derechos y modo de vida. Un siglo más tarde, sin embargo, el estado monopolizó todo el territorio en la zona norte y los saamis perdieron sus derechos sobre la tierra. Hasta la segunda guerra mundial, los saamis desempeñaron actividades económicas, en general como los noruegos, pero con la excepción del arreo de renos, que era una actividad exclusiva de los saamis. Se establecieron pocas restricciones en sus actividades de arreo. Sin embargo, desde finales de la primera guerra mundial, cuando Noruega obtuvo su independencia de Suecia, hasta 1970, el estado llevó a cabo una dura política de asimilación dirigida a los saamis que incluía la escolarización obligatoria, la prohibición de la lengua y la religión saami en el colegio y un desprecio oficial hacia todo lo saami. Este forzoso proceso de «norueguización» se producía a la par de la construcción de un modo de vida noruego y el establecimiento del estado de bienestar basado en una ideología noruega de la igualdad.

A la vez, la conciencia étnica saami iba aumentando uniformemente. Esto trajo consigo una lucha étnico-política a finales de los 70 cuando se proyectó construir una planta de energía hidroeléctrica en territorio saami. La construcción de la necesaria presa en el río Alta destruiría los tradicionales pastos para renos. El caso «Alta» fue el punto decisivo de las relaciones entre el estado y los saamis. Una estrategia saami consistió en establecer relaciones con el Consejo Mundial de los Pueblos Indígenas y trabajar por los derechos saamis a nivel mundial. Como resultado del conflicto desencadenado por el caso «Alta» y la cobertura de todos los medios internacionales que atrajo, el estado concedió a los saamis el reconocimiento como minoría étnica indígena con ciertos derechos. Se creó una comisión para establecer un acuerdo entre el estado y los habitantes saamis. Dicha comisión declaró que los saamis deberían ser reconocidos como un pueblo distinto de acuerdo con las convenciones internacionales sobre las minorías. Además, los saamis deberían tener derechos exclusivos como saamis en Noruega. Se concluyó que el estado noruego se había levantado sobre territorio noruego y saami y que los saamis tenían derecho a ayudas económicas para desarrollar su idioma, su cultura y su religión. Este reconocimiento se vio reforzado por la legislación saami en 1987 y el establecimiento del Consejo Saami en 1989. Sin embargo, no se ha otorgado ningún poder formal al Consejo Saami, por lo cual, la lucha por los derechos sobre los recursos naturales en territorio saami todavía está por resolver.

En la actualidad, los saamis son un pueblo moderno que vive en todo el país y que desempeñan todo tipo de trabajos a todos los niveles sociales como cualquier noruego. No obstante, existen también algunos saamis que viven en denominados «territorios principales» en el norte del país y que desempeñan trabajos tradicionales modernizados.

Los restantes grupos minoritarios que existen desde hace tiempo son los kven, los judíos, los tártaros y los romaníes. Los últimos inmigrantes y refugiados no se consideran dentro del presente contexto.

Los kven son descendientes de finlandeses que emigraron al norte de Noruega en el siglo XIX y se calcula que son unos 15.000, aunque con las mismas limitaciones respecto a la definición que se daban con los saamis. No gozan de ningún estatus legal como kven, sino tan sólo como ciudadanos noruegos. No existen comunidades exclusivas de los kven hoy en día. La identidad se establece por el conocimiento del origen y el conocimiento del idioma finés. Algunas comunidades locales del norte de Noruega están, sin embargo, dominadas por descendientes de los kven.

Los judíos son una antigua minoría en Noruega. Tienen derechos como ciudadanos noruegos desde 1851 y la mayoría de los judíos estaban ya social, cultural y económicamente integrados en la sociedad noruega para cuando estalló la segunda guerra mundial. A pesar de esto, muchos fueron enviados a Alemania durante la guerra. En 1940 había 1.800 judíos en Noruega y tan sólo 560 en 1946. En la actualidad, los judíos configuran una comunidad religiosa de 1.200 miembros.

Los tártaros son los equivalentes a los gitanos españoles e ingleses. Son una antigua minoría que vive en Noruega y su origen no está claro. Puede que sean descendientes de anteriores emigrantes gitanos pero también podrían ser descendientes de los pobres rurales y urbanos que se han mezclado y casado con gitanos y han adoptado un modo de vida como artesanos itinerantes. Hasta la segunda guerra mundial los tártaros eran bastante numerosos y recorrían el país con caballos y carretas, haciendo toda clase de trabajos artesanos itinerantes en los pueblos. Hablaban su propio idioma, el romaní, que se considera dialecto del noruego con un léxico derivado del romaní (el idioma de los gitanos romaníes). Desde 1930 aproximadamente fueron cruelmente perseguidos por el estado a través de la organización cristiana «Misión entre los indigentes» («Norsk misjon blant hjeml'se»), a quien se le confió la tarea de «solventar el problema de los tártaros». Se levantaron campamentos de trabajo para las familias tártaras, donde se suponía debían adquirir las capacidades «adecuadas», recibir educación básica, dejar de beber y convertirse en cristianos devotos. Las familias fueron deportadas por la fuerza a estos campos, siendo castigados a perder a sus hijos que serían arrebatados por el estado si se negaban. La mayoría de las familias

se trasladaron a dichos campos y adoptaron un modo de vida noruego. Los agentes estatales, sin embargo, les arrebataron a muchos de sus hijos, los cuales fueron enviados a hogares infantiles, granjas y hogares noruegos para su reformación. Incluso se utilizó la esterilización forzosa y la lobotomía en cierto grado para eliminar a los tártaros como «raza». Esta política empezó en los años 30 y se explicó como una higiene de raza necesaria. En la retórica política de aquellos días, los tártaros eran considerados una «raza primitiva y degenerada». Este hecho se tradujo en una asimilación casi completa de los tártaros, como grupo y como individuos. La identidad tártara fue tan estigmatizada que era socialmente imposible reconocerla entre los noruegos.

No obstante, lo últimos diez años han demostrado que incluso aquel proceso de asimilación forzosa ha tenido un éxito total desde el punto de vista del gobierno de aquellos días. En el presente, la mayor parte de los tártaros viven como noruegos, pero muchos están intentando revivir las tradiciones e identidad tártaras ahora que las ideologías sobre las etnias y la nacionalidad han cambiado y lo hacen posible. En la actualidad, tres o cuatro organizaciones están luchando por los intereses de unos 2.000 o 3.000 tártaros con el gobierno. Dichos intereses se concentran en una compensación económica por la limpieza étnica que han sufrido como grupo y el arrebato ilegal de los hijos, lobotomías y esterilizaciones que los individuos han vivido.

Los romaníes (gitanos de la categoría Vlach Rom) son una minoría relativamente nueva en Noruega. Se asentaron por primera vez en el país alrededor del año 1850, pero siempre han llevado una vida nómada y sólo viven en Noruega en el invierno. Hablan el romaní vlach, una lengua india. Siempre ha sido un grupo reducido, contándose en unos 350 en 1999, y todos pertenecen a un grupo de la misma familia muy unido relacionado por lazos de parentesco con otros grupos existentes en Europa. Los gitanos eludieron las políticas de asimilación noruegas antes de la primera guerra mundial huyendo a Alemania, Francia y Bélgica. Cuando el fascismo y la guerra llegó a Europa, un grupo de 50 gitanos, algunos con certificados de nacimiento noruegos, intentaron regresar a su país por razones de seguridad. Sin embargo, se les negó la entrada y fueron devueltos a Europa Central, donde la mayoría de ellos murió en los campos de concentración. A principio de los 60, los supervivientes y sus hijos regresaron a Noruega y solicitaron la ciudadanía, la cual se les concedió. En los 70, el gobierno puso en marcha un sólido programa para asentar, educar y emplear a los 350 gitanos. Este programa duró unos 20 años, y en su punto álgido el gobierno costeó todos los gastos de adaptación de los gitanos. Sin embargo, el proyecto resultó un fracaso total desde el punto de vista gubernamental. En la

actualidad, los gitanos forman una comunidad étnica bien diferenciada en Oslo que se gana la vida comerciando con alfombras, coches y oro, afilando herramientas y gracias a las prestaciones de la seguridad social. Viajan por Europa durante la primavera, el verano y el otoño. Sus hijos no asisten al colegio, son analfabetos pero bastante acomodados económicamente. No gozan de la condición de minoría pero tienen plenos derechos como ciudadanos noruegos.

2. Minorías étnicas e investigaciones antropológicas

Los saamis han sido objeto de amplias investigaciones por parte de sociólogos, lingüistas, historiadores y antropólogos noruegos. Un chiste solía contar que en los 70 una familia saami consistía de una madre y un padre, tres hijos y un antropólogo. Estas investigaciones han tenido una influencia importante en el desarrollo de la conciencia saami y de la lucha étnica. Igualmente han inspirado el desarrollo de estudios académicos sobre las relaciones étnicas y otros temas relacionados en las universidades noruegas. Entre otros, el trabajo de Fredrik Barth titulado *Ethnic groups and boundaries* es el resultado de esta atención a la identidad étnica y las investigaciones sobre las relaciones saamis, como también lo es la obra *Aspects of the Lappish minority situation* de Harald Eidheim. Las investigaciones sobre los saamis se ha concentrado en la universidad de Tromsø en el norte del país, donde el Departamento de Antropología fue el pionero en establecerse como Departamento para las Investigaciones de los Saamis, y el curriculum se ha centrado en temas indígenas, identidad étnica y gestión de recursos. Hoy todas las universidades noruegas llevan acabo algún tipo de investigación sobre minorías. La población kven ha sido menos estudiada que la de los saamis, pero ya se ha llevado acabo alguna que otra investigación en este campo. Los tártaros y los romaníes han sido estudiados en su mayor parte a un nivel superior y no se ha desarrollado ningún marco teórico o entorno de investigación para tales estudios. Los judíos han emergido recientemente como grupo en Noruega y en la actualidad están a punto de ser considerados minoría étnica.

3. El debate europeo actual: clasificación de las minorías nacionales

Aparte de la política para los saamis, el gobierno noruego no tiene ninguna política oficial de minorías. No obstante, esta situación está cambiando. Actualmente el gobierno está estableciendo escenarios para el

debate con las minorías del país sobre su estatus legal. Noruega ha entrado a formar parte del Marco de la Convención para la Protección de Minorías Nacionales (Consejo de Europa, 1995), y la puesta en marcha de este acuerdo se basa en la habilidad de definir qué grupos deberían ser considerados minorías nacionales. Se ha celebrado una reunión en Oslo entre el Ministerio de Municipios, investigadores y representantes de las minorías mencionadas anteriormente (Kommunal og regionaldepartementet, 1998). Este interesante encuentro sirvió para señalar claramente los problemas existentes para definir y delimitar grupos de minorías debido a razones burocráticas. Los diferentes representantes reaccionaron de formas distintas ante este esfuerzo.

El número de judíos en Noruega es muy reducido y sus representantes ni rechazaban ni respaldaban la idea de convertirse en una «minoría nacional». Su principal preocupación era tener algunas conexiones políticas que respaldasen sus intereses como «pueblo», siendo la confiscación de los bienes judíos uno de los temas prioritarios. A los saamis no les interesaba ser clasificados como minoría nacional puesto que su estatus como pueblo indígena les define de un modo más adecuado. Ningún representante de los romaníes asistió a la reunión. No sienten gran interés por este tema, pero miembros de esta minoría con cierta influencia habían declarado que les gustaría tener un contacto con poder en el departamento para defender sus intereses, entre ellos, un campamento permanente en Oslo y autorización general para practicar el comercio itinerante.

Los representantes de los kven fueron los únicos que se mostraron desde el principio positivos ante la idea. El estatus de minoría nacional permitiría a las comunidades locales de las zonas norte del país (con un gran porcentaje de ciudadanos kven) buscar respaldo económico para museos locales, etc. Para sorpresa de todos, un representante de una categoría presentada como Skogfinner (Fineses de los Bosques) apareció en la reunión. Este grupo engloba muchos grupos diferentes formados por descendientes de finlandeses que practicaban la agricultura de tala y destrucción de árboles en los bosques del sudeste de Noruega hasta el siglo xx. Ya no hablan el finlandés y se consideran integrados en la sociedad, pero su representante consideraba la condición de minoría nacional como un medio para obtener ayudas económicas para la investigación, protección de su patrimonio cultural, y contacto con otras comunidades de la diáspora finlandesa.

La reunión resultó especialmente esclarecedora en cuanto a la reacción que tuvieron los tártaros, los cuales han sido el grupo más perseguido en Noruega. Individuos tártaros habían telefoneado y escrito al Ministerio mucho antes del encuentro. Muchos sentían pánico y creían

que el hecho de ser clasificados como minoría nacional implicaría ser reconocidos como menos noruegos que otros habitantes de Noruega y que la antigua persecución se reanudaría. Otros tenían tener que aprender su antiguo idioma y llevar ciertas marcas de identificación o vivir en determinadas áreas. Las autoridades del Ministerio tuvieron grandes dificultades para convencerles de sus honestos e inocentes motivos: que el estatus de minoría nacional significaba una compensación por las equivocaciones cometidas en el pasado. Uno de los representantes de los tártaros comentó: «La convención para la protección de las minorías nacionales llega con 20 años de retraso. Hoy ya no somos un pueblo y ya no estamos perseguidos por el estado».

Creo que la reacción de los tártaros a los objetivos del estado para definir las minorías debería tomarse en serio. El esfuerzo está a la par del proceso general de europeización del estado nación y, como tal, de una posible continuación del antiguo tema modernista de «ordenación» para asegurar la centralización del poder. ¿Qué beneficio podría haber en ello para las minorías?

Bibliografía

- BARTH, F. (1969): *Ethnic groups and boundaries: The social organisation of cultural difference*, Universitetsforlaget, Oslo.
- EIDHEIM, H. (1977): *Aspects of the Lappish minority situation*, Universitetsforlaget, Oslo.
- KOMMUNAL OG REGIONALDEPARTEMENTET, INNVANDRINGS AVDELINGEN (1998): *Nasjonale minoriteter og statlig politikk: Rapport fra an tverrdepartemental arbeidsgruppe*.

Lecturas adicionales

- BARTH, F. (1955): «The social organisation of a pariah group in Norway», *Norveg* 5.
- BRANTENBERG, T.O. (1991): «Constructing indigenous self-government in a nation-state: Samediggi, the Sami Parliament in Norway». En: *The challenge of northern regions*, ed. P. JULL and S. ROBERTS, Darwin Press.

Minorías, políticas y estrategias en Europa: Alemania

Wolfgang Bosswick

A diferencia de otros países mencionados en este libro, Alemania no tiene una amplia minoría autóctona, aunque el país es menos homogéneo de lo que parece a primera vista. No obstante, a consecuencia del proceso de modernización vivido en tiempos de Wilhelm II después de la violenta unificación de Alemania conseguida por Bismarck en el siglo pasado, Alemania desarrolló una identidad nacional dominante bajo el poder de Prusia. Tras la Primera Guerra Mundial, la mayor parte de la única minoría importante en el imperio alemán, la población polaca del este, entró a formar parte del reconstruido Estado polaco. La tradicional población mixta de polacos o checos y alemanes de Europa Central se disgregó aún más debido a la masiva emigración que tuvo lugar tras la Segunda Guerra Mundial. Actualmente, la reunificada Alemania cuenta tan sólo con unas pocas minorías indígenas, que son bastante reducidas si las comparamos con el total de la población (89 millones aproximadamente): existe una minoría de habla danesa (alrededor de 50.000) en el norte, en Schleswig-Holstein, una población que habla frisón en el noroeste (aproximadamente 10.000), los sorabos, una minoría constituida por unas 70.000 personas del este de Sajonia que hablan una lengua eslava, y los sinti y los romaníes, grupos gitanos de aproximadamente 70.000 personas. La minoría da habla danesa ha tenido un estatus especial y derechos de minoría especiales desde la Segunda Guerra Mundial, entre los que se incluyen la representación política en el parlamento de Schleswig-Holstein. La antigua República Democrática Alemana puso en marcha un programa de apoyo para fomentar la lengua y cultura locales de la minoría soraba dentro de su sistema político autoritario. Las otras minorías mencionadas anteriormente recibieron en 1997 el estatus de minoría oficial, de acuerdo con la convención europea sobre los derechos de las minorías (HECKMANN, 1992).

Como en otros países europeos, la emigración por motivos laborales tras la guerra (de los 80 en adelante) y las olas de refugiados formaron nuevas minorías en Alemania, aunque todavía está por verse si las comunidades de trabajadores emigrantes seguirán siendo estables. La escasez de trabajo en el milagro económico alemán de los 50 trajo consigo la puesta en marcha de un programa para trabajadores «invitados» en el que se instalaron oficinas de empleo con carácter oficial en algunas de las ciudades más importantes. En 1955, se firmó con Italia el primer tratado de contratación de trabajadores extranjeros. España y Grecia siguieron su ejemplo en 1960 y, debido a ciertas intervenciones diplomáticas turcas, también se firmó un tratado similar con Turquía en 1961 (STERN, 1995). Otros acuerdos se alcanzaron con Marruecos en 1963, con Portugal en 1964, con Túnez en 1965 y con Yugoslavia en 1968. La entrada de trabajadores invitados en el país alcanzó su cenit en 1970 con aproximadamente un millón, lo cual se tradujo en una inmigración global de 547.000 personas en ese mismo año. Aunque el programa de trabajadores extranjeros preveía un plan de rotación esperándose así una vuelta al país de origen en un plazo de 2 ó 3 años, la inmigración creó una población bastante estable que permaneció en el país, aunque no siempre de forma intencionada. Tan sólo la antigua República Democrática Alemana cumplió dicho plan en el caso de los empleados extranjeros procedentes de Cuba, Mozambique, Angola y Vietnam. A consecuencia de la crisis del petróleo, el gobierno alemán interrumpió la contratación el 23 de noviembre de 1973. Tras esta normativa, inmigrar a Alemania era sólo posible a través de ciertos reglamentos de reunificación familiar, que se convirtieron en la principal fuente de la inmigración global a Alemania en los 80. El 1 de diciembre de 1983, el gobierno alemán puso en marcha un programa para fomentar y respaldar financieramente la repatriación de antiguos trabajadores invitados. Dicho programa trajo consigo la repatriación de unos 80.000 trabajadores turcos con sus familias. Parece que en muchos casos tuvo lugar una repatriación programada anterior a la prevista primeramente para conseguir apoyo del programa, puesto que las cifras de repatriación cayeron drásticamente al finalizar este. Aparte de este resultado limitado, el programa tuvo en realidad un impacto en la población inmigrante al indicar simbólicamente que se deseaba su salida.

A pesar de esta política, la población de ex-trabajadores invitados en Alemania se hizo muy estable. Como referencia, se puede observar la distribución por sexos. La proporción de trabajadoras alcanzó el 45 % en 1987, manteniéndose en este nivel aproximadamente desde entonces, mientras que las cifras en los años anteriores rondaban el 37 % y el 42 %. Entre 1952 y 1995, unos 28 millones de personas inmigraron a

Alemania y 19 millones y medio emigraron, lo cual se tradujo en un total de inmigración de 8,3 millones. Una proporción importante de esta inmigración global —3,9 millones— tuvo lugar después de la caída del muro en 1989, especialmente debido a la inmigración de alemanes étnicos provenientes de la antigua Unión Soviética, y de extranjeros que solicitaban asilo, que alcanzó su apogeo en 1990 (en el caso de los alemanes étnicos) y en 1922 (en el caso de los solicitantes de asilo) con una cifra de 400.000 al año. Los usos populistas del tema del asilo en varias campañas electorales, las consecuencias inmediatas de este clímax de inmigración en el nivel de población, y la posición del gobierno alemán, que afirmó repetidamente que era incapaz de hacer frente al grave problema del «abuso de asilo» debido al Artículo 16 de la Ley Básica Alemana y la reticencia de la oposición a cambiar este artículo, contribuyeron a aumentar la violencia contra los extranjeros. El «populismo violento» (LEGGEWIE, 1992) decreció tras el compromiso de cambiar el Artículo 16 en julio de 1993, el cual a la vez fijaba una cifra tope de inmigrantes alemanes étnicos (BOSSWICK, 1997). El nivel de violencia xenófoba en Alemania descendió considerablemente tras acordarse dicho compromiso, aunque se mantuvo en un nivel alto si lo comparamos con los años anteriores a 1992. A pesar del drástico descenso en las cifras anuales tanto de solicitantes de asilo como de inmigrantes alemanes étnicos en los últimos años, los delitos xenófobos todavía ascienden a más de 2.000 al año.

En 1996, la población extranjera residente en Alemania era de 7,3 millones, esto es, el 8,9 % de la población total. Casi la mitad de esta población había residido durante más de 10 años (49,4 %) o había nacido de hecho en Alemania (aproximadamente la cuarta parte de los extranjeros). En 1994, el 6,3 % de los nacimientos tuvieron lugar en familias de origen turco, y el 33,7 % en familias con al menos un miembro extranjero. De este modo, la inmigración a Alemania que pretendía ser temporal a los ojos tanto de los emigrantes como de la sociedad receptora, se tradujo en la formación de nuevas minorías: 28 % de la población extranjera en 1996 era de origen turco, el 19 % provenía de Yugoslavia, el 8 % de Italia, el 5 % de Grecia y el 4 % de Polonia, por nombrar las nacionalidades más mayoritarias (LEDERER, 1997).

Las políticas del gobierno alemán diseñadas para las minorías son ambivalentes. En primer lugar, existe una diferencia entre las minorías autóctonas mencionadas anteriormente, que eran oficialmente reconocidas como minorías nacionales con determinados derechos como minoría y las minorías creadas por la inmigración. Esta política se hizo evidente cuando el portavoz de la población turca y el partido de los verdes exigieron el reconocimiento de los turcos como minoría nacional

en 1996, una petición que fue claramente rechazada por la coalición gobernante.

Más importante es la ambivalencia existente en las directrices de la política de trabajadores extranjeros. De acuerdo con varias declaraciones realizadas por representantes del gobierno, la política alemana de trabajadores extranjeros abarca tres principios: *integración* de todos aquellos que probablemente permanezcan, *restricción* a nuevos inmigrantes y *fomento* del regreso al país de origen. Todavía no está claro si esta política intenta perpetuar la condición de minoría, o por el contrario, busca la aculturación e integración, a la vez que exige una cierta apertura de la sociedad receptora incluyendo la concesión de todos los derechos como ciudadanos alemanes (HECKMANN, 1998). Esta ambivalencia también se refleja en el gran contraste existente entre la completa integración en el sistema de bienestar del Soziale Marktwirtschaft sin tener en cuenta la nacionalidad (esta importante decisión se adoptó en los 50, respaldada por todos los sindicatos, asociaciones de empresarios y partidos políticos) y, por otra parte, el dominio del concepto étnico en la legislación de la nacionalidad alemana (*jus sanguinis*), que se traduce en la exclusión de una creciente proporción de la población de la participación total, a pesar de ser residentes durante más de una década o de haber nacido en Alemania. Esta exclusión causa, sin duda alguna, problemas para la integración de estos residentes y pone en entredicho la legitimidad de la representación democrática, dado que un gran número de ciudadanos aún tienen vetado el derecho al voto en las elecciones, incluso a nivel comunitario.

El concepto étnico de nacionalidad, que surgió en el período romántico alemán, ha sido ampliamente discutido en los últimos años. La ley de nacionalidad alemana creada en 1913 ha evolucionado en los últimos años a un concepto político de nacionalidad, definido en el debate alemán como «Patriotismo Constitucional». Una enmienda presentada en 1993 exigía legalmente la nacionalización tras 8 años de residencia y el cumplimiento de algunos otros requisitos. Anteriormente a esta enmienda, las autoridades concedieron a su criterio solicitudes de nacionalización a extranjeros que cumplieran los requisitos previos. Entonces, el número de nacionalizaciones aumentó (70.000 en 1995) pero aún así no igualó el número de habitantes extranjeros nacidos en ese mismo año (100.000). Aunque existe una clara mayoría en el Parlamento Federal para reformar la legislación de nacionalidad y ciudadanía, una ley presentada por la oposición socialdemócrata que reflejaba esta posición mayoritaria fue desestimada por un voto mayoritario de la coalición gobernante debido a tácticas políticas para la campaña electoral de 1998.

Aparte de la falta de integración legal de la población inmigrante, existe una desigualdad considerable en la situación social de los ciudadanos extranjeros que viven en Alemania. En 1996, la tasa media de desempleo de la población alemana era de 10,1 %, si bien el nivel de desempleo en el caso de la población extranjera ascendía al 18,9 %. El estancamiento en el mercado de trabajo (la media supera actualmente el 12 %) está afectando plenamente a los trabajadores extranjeros, puesto que son los que desempeñan puestos de trabajo en los sectores más tradicionales de la economía (VON LOEFFELHOLZ/THRÄNHARDT, 1996), los cuales están reduciéndose considerablemente. La escasez de aprendices en el sistema dual alemán causa especialmente problemas para la integración de los jóvenes de la segunda generación en el mercado de trabajo y en la sociedad alemana, aunque existen numerosos programas financiados por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales para estos jóvenes.

Este riesgo de la formación de una clase marginada dentro de la población de trabajadores extranjeros y sus descendientes aumenta el peligro de un creciente conflicto social, dado que podría desembocar en un conflicto de etnias, especialmente en el caso de la amplia minoría turca. Se necesita una política sólida destinada a la integración de antiguos trabajadores extranjeros y sus hijos en la sociedad alemana. Las experiencias de los «clásicos» países de la inmigración muestran que esta política debería luchar por solucionar la desigualdad social de forma étnica y ofrecer apoyo a la segunda generación, basándose en criterios individuales y no en criterios de identidad étnica. Debería ofrecer oportunidades para la integración en la sociedad receptora, especialmente facilitando la nacionalización e incluyendo elementos de *jus soli*, como por ejemplo, concediendo la ciudadanía alemana automáticamente al nacer y aceptando la doble nacionalidad hasta la madurez. Consecuentemente, debería luchar contra el populismo xenófobo, presente no sólo en los partidos de derecha y debería respaldar la integración de estos residentes alemanes mediante expresiones objetivas y simbólicas de disposición a su integración. Además, debería solicitar que los países de origen de estos residentes permitan volver a estos trabajadores y a sus descendientes, y no contribuir a la segregación por motivos políticos y económicos.

Es poco probable que se produzca en 1998 algún avance en este asunto. Al contrario, tenemos que esperar algún tipo de polarización durante la campaña electoral federal hasta septiembre de 1998. Alemania todavía puede ser considerada «una tierra reticente a la inmigración» (MARTIN, 1993), al negarse a asumir correctamente las consecuencias de la inmigración masiva que ha vivido en las últimas décadas. La incipiente conciencia de que integrar a los trabajadores extranjeros

es importante para un futuro próspero y en paz de la sociedad alemana todavía no ha desembocado en ninguna acción política seria. Sin embargo, a la larga, no hay otra alternativa.

Bibliografía

- BOSSWICK, W. (1997): «Asylum policy in Germany». En: *Exclusion and inclusion of refugees in contemporary Europe*. Ed. P. MUUS. ERCOMER, Utrecht.
- HECKMANN, F. (1992): *Ethnische Minderheiten, Volk und Nation*. Enke, Stuttgart.
- HECKMANN, F. (1998): *Einwanderungsgesellschaft Deutschland: Chancen und Risiken*. Deutscher Bundestag, Enquetekommission Demographischer Wandel, Bonn.
- LEDERER, H. (1997): *Migration und Integration in Zahlen. Ein Handbuch*. Beauftragte der Bundesregierung für Ausländerfragen, Bonn.
- LEGGEWIE, C. (1992): «Der rechte Aufmarsch». En: *Angst vor den Deutschen*. Ed. B. NIRUMAND. Rowohlt, Hamburgo.
- VON LOEFFELHOLZ, H.D./THRÄNHARDT, D. (1996): *Kosten der Nichtintegration ausländischer Zuwanderer*. Ministerium für Arbeit, Gesundheit und Soziales des Landes Nordrhein-Westfalen, Düsseldorf.
- MARTIN, P.L. (1993): «Germany: reluctant land of immigration». Ponencia presentada en la conferencia «Controlling Illegal Immigration: A Global Perspective», Centro de Estudios Americanos-Mejicanos, Universidad de California, San Diego, marzo 18-20, 1993.
- STEINERT, J.-D. (1995): *Migration und Politik. Westdeutschland-Europa-Übersee 1945-1961*. Secolo-Verlag, Ulm.

Del conflicto a la armonía: el caso griego

Maria Dikaiou

Me gustaría comenzar exponiendo dos tópicos de aplicación general: en primer lugar, la incipiente escala de problemas mundiales exige una mayor conciencia de interdependencia y responsabilidad global; en segundo lugar, dado que la comunidad europea se hace cada vez más pequeña en términos de accesibilidad y empresas conjuntas, la posibilidad de conflictos étnicos aumenta proporcionalmente. Al tener lugar estos dos procesos, parece probable que gran parte del conflicto de los 90 en Europa y fuera del continente incluya un cierto grado de diversidad cultural por motivos de género, raza, religión, identidad étnica, estatus socioeconómico, cultura, idioma u otros factores (MITCHELL, 1991).

1. Introducción

Mi objetivo es a) describir los últimos cambios e identificar situaciones conflictivas que surjan de la diversidad intergrupar, uno de los problemas más acuciantes a los que se enfrenta hoy en día la sociedad griega; y b) identificar las zonas de conflicto que requieren con más urgencia medidas en términos de investigación, desarrollo de políticas y recursos.

El conflicto puede originarse en una gran variedad de contextos en base a relaciones personales, interpersonales e intergrupales, conduciendo a su vez a diferentes formas de comportamientos pasivos o agresivos (BROADMAN/HOROWITZ, 1994). Hablando en términos generales, y exceptuando casos de guerra y expulsión forzosa, el conflicto no es siempre algo negativo. Las investigaciones actuales muestran que el conflicto puede tener efectos positivos o negativos, dependiendo del tipo de conflicto que sea, los tipos de grupos que se opongan y los contextos socio-históricos determinados en los que tales fenómenos tengan lugar

(BROADMAN/HOROWITZ, 1994). Desde esta perspectiva, el conflicto puede ser el origen de cambios personales y sociales o el medio con el cual se solucionen los problemas. La cuestión social y científica, por lo tanto, no es cómo eliminar el conflicto sino más bien desarrollar el conocimiento que nos podría permitir ayudar al desarrollo humano. Hoy en día, las cuestiones de gestión constructiva versus destructiva de situaciones conflictivas son debatidas mucho más minuciosamente y existe una tendencia a alejarse de los antiguos conceptos de «solución de conflictos» a favor de «gestión de conflictos». Antes de discutir estos temas en profundidad, es importante definir los conceptos de conflicto y armonía, que aparecen en el título de este artículo.

2. La definición de conflicto y armonía

Cuando lo percibimos en una secuencia, el conflicto parece ser lo opuesto a la armonía. Sin embargo, al analizar más en profundidad los procesos que conlleva, uno se da cuenta que los dos términos están estrechamente relacionados. El conflicto señala proceso macro- y micro-sociales que conducen a «actividades incompatibles» (DEUTSCH, 1973, p. 10), mientras que la armonía se refiere al resultado de dichas actividades. Tomado de la filosofía pitagórica griega, el término «armonía» se usa para describir un sistema de equilibrio, por ejemplo, el «cosmos» donde todas las partes coexisten y contribuyen a su mutua existencia.

Cuando nos referimos a la gente, el término «armonía» se usa para describir el «acuerdo» alcanzado por las personas como resultado de acciones coordinadas por partes diferentes, e incluso opuestas. Desde esta perspectiva, me parece que lo que deberíamos debatir es la gestión del conflicto; es decir, encontrar las formas de manejar el conflicto constructivamente. Asimismo, lo que debería preocuparnos es la prevención y no necesariamente del conflicto en sí mismo, sino de su expresión destructiva.

Aunque quedan aún muchos aspectos del conflicto por analizar, investigadores de psicología social (DEUTSCH, 1949; JOHNSON/JOHNSON, 1989), sociología (AVRUCH/BLACK/SCIMECCA, 1991), economía (SCHELLING, 1960), ciencias políticas (TOUVAL/ZARTMANN, 1985) y antropología (GLUCKMAN, 1967) ya han identificado un cierto número de factores muy variados que influyen en el desarrollo de las formas constructivas versus destructivas del conflicto y de sus resultados. Estos incluyen variables tales como el tipo de conflicto (si el conflicto es por recursos, creencias, valores o la naturaleza de la relación), la magnitud del conflicto, las características del individuo o del grupo y el tipo de diversidad intergru-

pal. Yo me voy a centrar en la diversidad intergrupar que se da en la sociedad griega porque contribuye a aumentar las incompatibilidades sociales entre los grupos, especialmente entre aquellos formados tras los masivos movimientos migratorios hacia o a través de Grecia.

3. Diversidad grupal como resultado de cambios demográficos

Grecia es un país de gran interés en lo que se refiere a temas de diversidad intergrupar. Al encontrarse en medio de procesos de cambio social durante los últimos quince años, Grecia se ha convertido en un tapete multicultural de diversos grupos minoritarios étnicos —especialmente tras los últimos acontecimientos de Europa del Este— que están volviendo a la zona de su identidad «designada». Desde 1989, 60.000 personas de origen griego (familias e incluso comunidades enteras) han emigrado de las Repúblicas Soviéticas de Kazajastán, Uzbekistán y Georgia a Grecia (VOUTIRA, 1992). De éstas, más del 60 % son menores de 25 años. Mientras tanto, otro grupo, albaneses de origen griego, han entrado también en el país. Aunque las estadísticas son siempre cuestionables, existen cálculos que hablan de 150.000 albaneses que cruzaron la frontera legal o ilegalmente en el momento en que se abrieron las fronteras.

No obstante, los grupos mencionados no son los únicos «extranjeros» que residen actualmente en Grecia. Otra categoría es la de los refugiados extranjeros, definidos por el estado griego como aquellos que carecen de lazos de sangre con la nación griega. Hoy, se calcula que unos 13.000 trabajadores extranjeros llegan en la actualidad al país cada año, de los cuales más de 3.500 son refugiados. Al igual que otros estados del sur de Europa, Grecia tiene unas fronteras permeables, a través de las cuales los refugiados y otros emigrantes pueden viajar con relativa facilidad. Puesto que el gobierno griego considera que todos los refugiados extranjeros están básicamente de paso hacia terceros países, aquellos que son incapaces de reasentarse, son obligados a sobrevivir a menudo sin un estatus legal formal ni ayuda gubernamental. La mayoría de los refugiados en Grecia en la actualidad son kurdos procedentes de Irak, Irán y Turquía, tamileses de Sri Lanka, y polacos, libaneses y emigrantes procedentes de muchas partes de África que solicitan asilo. Se encuentran principalmente en Atenas pero también en otras zonas de Grecia. El tamaño de los diversos grupos sigue sin estar del todo documentado y no se ha realizado ningún trabajo académico sobre la situación socioeconómica.

Estos enormes movimientos migratorios han creado serios problemas socioeconómicos tanto a los recién llegados como al país receptor.

Además de problemas financieros, falta de empleo y falta de viviendas adecuadas, tienen que hacer frente a las dificultades de las relaciones intergrupales. Lo que presenciamos hoy en día, es un cambio drástico en las relaciones intergrupales. Los valores e ideales tradicionales concernientes a los extranjeros han sido sustituidos por la sospecha, la duda, el temor y la hostilidad. Consecuentemente, el fenómeno del racismo y el conflicto intergrupales están presentes en nuestra vida cotidiana. Esta situación se agrava aún más con la presencia de gran cantidad de jóvenes que trabajan y/o viven en las calles (PINIOU-KALLI et al, 1993). Los adolescentes en edad escolar se dedican a diversas actividades en las calles: venta de pequeños objetos, limpieza de ventanas, hurto en tiendas, carterismo, prostitución y mendicidad. En la mayoría de los casos, los menores en cuestión muestran rasgos determinados de origen étnico (balcán o gitanos), estatus de minoría, pobreza, carencia de padres, falta de escolarización y falta de protección por parte del sistema de bienestar social (DIKALIOU, 1996). Estas características son similares a las del grupo más amplio conocido mundialmente como «niños de la calle».

Los cambios demográficos descritos anteriormente provocan diversidad e incompatibilidades sociales entre los grupos. Esto de nuevo configura el fondo social de las situaciones de conflicto y fenómenos antisociales. Todo ello no quiere decir que la diversidad (cultural y social) en sí misma cause el conflicto. Se trata más bien del modo en que se percibe y se construye socialmente la diversidad dentro de la dinámica de un sistema socioeconómico determinado (LYNCH/MODGIL/MODGIL, 1992). Es interesante que en este sentido Grecia parece estar imitando a otros países europeos con una gran tradición en cuestiones de inmigración. La hostilidad, la violencia y el racismo observado en ellos, se está dando ahora en Grecia, aunque a un ritmo diferente y con variaciones. ¿Señalan estos rasgos del conflicto una repetición de las tendencias de otros países europeos? Y si es así, ¿en qué medida está la Comunidad Europea preparada para afrontar tales coincidencias? Es cierto que la cada vez mayor integración económica y política en la Unión Europea ha abierto nuevas perspectivas para examinar las desigualdades, diferencias y similitudes sociales entre los grupos. La cuestión es si los miembros de la Comunidad Europea están preparados para manejar los conflictos de forma constructiva y dirigir sus pasos hacia una condición de armonía.

Si esta posibilidad es de algún modo posible, lo que parece poco probable, entonces estamos simplemente empezando a dar los primeros pasos. Dentro del campo de las Ciencias Sociales Aplicadas, los teóricos y profesionales han estudiado muchas de las variables y principios básicos que son importantes para conseguir una solución constructiva a

la gran variedad de problemas sociales. Entre ellos se incluyen los conflictos y la violencia en la escuela (JOHNSON/JOHNSON, 1994), la falta de vivienda (HOROWITZ/BROADMAN/REDLENER, 1994) y los conflictos organizativos (DONELLON/KOLB, 1994). Estas investigaciones, sin embargo, siguen estando orientadas principalmente a la nación. En los últimos cinco años, más o menos, se ha hecho más aparente una apertura; las investigaciones en curso muestran más señales de fomento de perspectivas comparativas e interculturales que lo que ha sido el caso de las investigaciones llevadas a cabo para solucionar los conflictos tradicionales, donde se ha tenido todavía que establecer una comunidad de debate. Como señalan algunos autores, «Una vez que las comunidades de debate empiezan a constituirse, pueden generar energía teórica productiva a través de interrogatorios mutuos de interpretaciones y explicaciones» (CHISHOLM/BUCHNER/KRUGER/DU BOIS-REYMOND, 1995, p. 1).

Finalmente, dentro del campo de la política social, las cosas no parecen tampoco estar mejor. Si bien hoy en día es asumido por todos que las sociedades europeas contemporáneas se encuentran en una fase de cambio acelerado, los procesos que ello implica siguen en parte sin entenderse, bien sea en investigaciones o en las políticas. Estos procesos tienden a ser descritos teóricamente en términos de diferencias y similitudes en las oportunidades y riesgos de la vida entre y dentro de los grupos en Europa. Muy a menudo esto se traduce en una retórica de igualdad de oportunidades e intereses comunes, y falta de entendimiento común y políticas diseñadas por el estado para fomentar la integración.

Las complejas intersecciones entre las circunstancias regionales, étnicas y sociales y las diferencias de género jugarán un papel importante a la hora de modelar estos procesos e influirán inevitablemente las vidas de las personas y sus perspectivas de futuro en Europa. A pesar de ello, nos encontramos bastante lejos de transformar y coordinar todos estos factores en pasos coherentes hacia la armonía.

Bibliografía

- AVRUCH, K.; BLACK, P.W.; SCIMECCA, J.A. (eds.) (1991): *Conflict resolution: cross-cultural perspectives*. Greenwood Press, Nueva York.
- BROADMAN, K.S.; HOROWITZ, V.S. (1994): «Constructive conflict management and social problems: an introduction». En: *Journal of social issues*, 50(1), pp. 1-12.
- CHISHOLM, L.; BUCHNER, P.; KRUGER, H-H.; DU BOIS-REYMOND, M. (eds.) (1995): *Growing up in Europe*. Contemporary Horizons in Childhood and Youth Studies. De Gruyter, Berlín/Nueva York.

- DEUTSCH, M. (1949): «A theory of co-operation and competition». En: *Human relations*, 2, pp. 129-51.
- DEUTSCH, M. (1973): *The resolution of conflict: constructive and destructive processes*. Yale University Press, Nueva York.
- DIKAIYOU, M. (1996) «Street children: a psychosocial approach». VIII Panhellenic Conference on «The Child and the Adolescent in the Society of Mass Communication». Thessaloniki, mayo, 1996 (in griego).
- DONNELLON, A.; KOLB, D.M. (1994): «Constructive for whom? The fate of diversity disputes in organisations». En *Journal of social issues*, 50(1), pp. 139-156.
- GLUCKMAN, M. (1967): *Custom and conflict in Africa*. Barnes and Noble, Nueva York.
- HOROWITZ, S.V.; BOARDMAN, S.K.; REDLENER, I. (1994): «Constructive conflict management and coping in homeless children and adolescents». En *Journal of social issues*, 50(1), pp. 85-98.
- JOHNSON, D.W.; JOHNSON, R. (1989): *Cooperation and competition: theory and research*. Interaction Book Company, Edina MN.
- JOHNSON, D.W.; JOHNSON, R.T. (1994): «Constructive conflict in schools». En: *Journal of social issues*, 50(1), pp. 117-138.
- LYNCH, J.; MODGIL, C.; MODGIL, S. (eds.) (1992): *Cultural diversity in schools. Prejudice, polemic or progress?* The Palmer Press, Londres/Washington, DC.
- MITCHELL, C.R. (1991): «Classifying conflicts: asymmetry and resolution». En: *The annals of the American Academy of Political and Social Science*, 518, pp. 23-28.
- PINIOU-KALLI, M.; NICOLAIDOU, S.; SOTIROPOULOU, M.; PANTAZIS, D. (1993): «Street children in Athens». International Symposium on Children, Sexuality and Abuse, Atenas, junio, 1993.
- SHELLING, T.C. (1960): *Strategy of conflict*. Harvard University Press, Cambridge MA.
- TOUVAL, S.; ZARTMAN, I.W. (1985): *International mediation in theory and practice*. Westview, Boulder, CO.
- VOUTIRA, E. (1992): «Issues of ethnic identity among deported nationalities». Conferencia sobre Nationalism and Identity in the Turkish States. Pembroke College, Universidad de Cambridge.

La resurrección de Padania o cómo inventar una identidad étnica en una tierra con mil campanarios

Enzo Pace

1. La identidad étnica como construcción social

La identidad étnica constituye una construcción social. Como tal, puede basarse en la historia, con su escala a largo plazo, para forjar todo un sistema de referencias simbólicas ampliamente compartidas por grupos de personas o incluso por una comunidad entera. Aún así, también podría inventarse en lo que Braudel denomina «un breve suspiro de la historia» (BRAUDEL, 1949), con el único objetivo de utilizarse con fines políticos o para criticar u oponerse a las instituciones o al sistema de poder establecidos. En el caso que nos ocupa, la identidad aparece incluso en mayor medida como un producto revestido de simbolismo elaborado por movimientos colectivos con el propósito de reivindicarse más eficazmente en el mercadeo político. La invención de una identidad étnica sirve para movilizarse en busca de una acción colectiva; puede incluso producir las formas y repertorios de movilización. Esto no significa negar a la identidad étnica su estatus relativamente independiente; indudablemente, constituye un sistema de identificación para una conciencia colectiva que se perdura en el tiempo y delimita un espacio convirtiéndolo en algo sagrado (TULLIO-ALTAN, 1996).

Sin embargo, en ocasiones nos topamos con casos de pura invención en la fenomenología de los movimientos que reclaman una identidad étnica. Es decir, se invoca un sistema de creencias con el objetivo de crear y consolidar el sentimiento de pertenencia a un movimiento político y social. De otro modo, las personas que se embarcan en dicho proyecto únicamente se unirían para defender sus intereses económicos o por un sentimiento común de agravio contra los poderes que se muestran corruptos, cuando no inertes, o incapaces de hacer frente a los problemas de la sociedad.

Mi propósito es demostrar muy brevemente cómo es posible inventar una identidad étnica, tomando para ello como ejemplo el caso de la *Lega Nord* (la Liga Norte). En los últimos tiempos, la situación política y social italiana se ha visto profundamente afectada por la aparición de la Liga Norte, quien durante un tiempo ha propugnado la secesión del norte de Italia (o Padania, de acuerdo con la expresión utilizada por los militantes de la Liga) del resto del país. Este es un movimiento que surgió a raíz de una ola de protestas contra la corrupción política y la excesiva carga fiscal y, progresivamente, ha ido evolucionando hasta convertirse en un partido político cuyo objetivo es representar los intereses económicos y las exigencias de reforma moral de amplios sectores de la población del norte de Italia (pero no solamente del norte). Es más, reclama cada vez con mayor frecuencia la representación de supuestas diferencias étnicas y culturales entre la gente del norte y la del sur. Como comprobaremos, los líderes de la Liga han construido conscientemente estas diferencias, empleando para ello una estrategia de comunicación basada en varios elementos:

- a) la memoria histórica de la población del Norte de Italia, con raíces en la civilización celta;
- b) la evocación de su sistema de símbolos esotérico-religiosos, incluyendo al Dios del Río Po —en latín, Padanus— fluyendo a través de la gran llanura —el Valle del Po— que se extiende desde el Piemonte hasta el Veneto, desde su nacimiento en el Monte Monviso hasta su delta al sur de Venecia; la estrella verde, que representa la flor del edelweiss y domina las banderas de la Liga; y las camisetas verdes de los vigilantes conocidos como la *Guardia Padana*;
- c) la identificación de una tierra sagrada para la gente de Padania, fronteriza con los Alpes al norte y con el río Po al sur; y
- d) la reafirmación de una identidad lingüística —*lingua Padana*— (la lengua padana), que incluye todas las diferencias lingüísticas que históricamente han separado a los habitantes del Piemonte, de Lombardía, del Veneto y del Friuli (que tiene su propio idioma, el *furlan*).

Estas reclamaciones de identidad étnica se oponen al retrato general histórico y cultural de Italia. Italia es una nación relativamente joven (1861) cuyo camino hacia la identidad nacional ha sido un tanto tortuoso (PACE, 1997, 1998; RUSCONI, 1993, 1997; SCHIAVONE, 1998; SCIOLLA, 1997). De hecho el modelo de estado centralizado, inspirado en el de Francia, nunca ha podido confiar plenamente en la adhesión absoluta y convencida de sus ciudadanos. En muchos aspectos, Italia se ha manteni-

do fiel a un modelo policéntrico; a pesar de todo, a la gente le une fuertes vínculos con su entorno local. El campanario es un símbolo eficaz que muestra el apego que la mayoría de los italianos siente hacia su pequeño pueblo con su iglesia y su inevitable *campanile* (campanario).

El simbolismo del campanario se compone de varios aspectos: nos trae a la memoria no solo el catolicismo y el orgullo local sino también un tipo de desarrollo económico de muchas de las regiones del norte desde la década de 1970 hasta hoy en día. Podría decirse que existe una fábrica para cada campanario; existe una extensa industrialización basada en toda una red de pequeñas y medianas empresas no concentradas en las grandes ciudades sino diseminadas a lo largo y ancho de zonas rurales urbanizadas (STELLA, 1996). Quizás significativamente, un grupo de extremistas que habían abandonado la Liga Norte irrumpieron violentamente en el campanario de la iglesia de San Marcos de Venecia en mayo de 1997. Se convirtió, por tanto, en un símbolo del conflicto étnico cuando, con la ayuda de un rudimentario tanque de fabricación casera, enarbolaron la bandera de la República Serenísima de Venecia en su apuesta por la independencia. Para algunos, por consiguiente, la secesión de Italia no es suficiente; solo se conformarán con la vuelta al esplendor imposible de los Ducados de Venecia.

2. La Liga Norte: de la crítica a un estado centralizado a un movimiento étnico

Aquellos que han puesto de manifiesto el cataclismo que supuso la aparición de la Liga Norte (BIORCIO, 1997; DIAMANTI, 1993; RUMIZ, 1997) han señalado los siguientes aspectos importantes:

- a) El epicentro (1983-87) se sitúa en el Veneto, un área tradicionalmente católica tanto en materia política como religiosa (durante más de 40 años, la amplia mayoría de sus habitantes —con porcentajes de hasta el 60 % en algunos lugares— ha votado por el Partido Demócrata-Cristiano, el partido católico que ha gobernado en Italia durante casi 50 años). Este hecho muestra la erosión de las bases de consenso sociales y culturales de las que han disfrutado los Demócrata-Cristianos. Roma se ha convertido en el símbolo de la poltrona del poder distante cuyos intereses se encuentran muy alejados de los de las regiones. En la década de 1980, se comenzó a pintar dos eslóganes por los muros y los puentes: *Roma ladrona* y *Roma cancro dell'Italia* (Roma, cáncer de Italia).

- b) Las revueltas se propagaron más tarde a Lombardía (1987-90), en donde el movimiento encontró a su carismático líder, Umberto Bossi. Bossi fue el responsable del cambio fundamental del movimiento. La Liga se convirtió en una fuerza política a tener en cuenta y sustentó en tres aspectos básicos su protesta social. En primer lugar, la noción de que los habitantes del norte eran personas trabajadoras y productivas mientras que los del sur eran unos vagos alcanzó categoría política. Los sentimientos contra el sur se hicieron más visibles, llegando a emplearse eslóganes tan violentos como «Despierta Etna», exhortando al activo volcán italiano de Sicilia, que había destruido unos cuantos pueblos cercanos en 1987, a aniquilar el sur entero (sinónimo para los miembros de la Liga del Norte de Mafia y despilfarro de dinero público). El segundo concepto que se manejaba era que el dinero de los impuestos debería ser administrado por las autoridades municipales o regionales en lugar de ir a llenar las arcas de Roma (nada de impuestos sin representación). Y, en tercer lugar, Bossi fue capaz de sacar provecho de la considerable indignación moral por la corrupción política. La justicia empezó a investigar los primeros casos de soborno en torno a 1989-1990. Poco después, todos los grandes partidos del gobierno (desde los Demócrata-Cristianos hasta los Socialistas) se verían devastados por las investigaciones de corrupción.
- c) Una especie de terremoto político superior a las mediciones contempladas en la escala de Richter tuvo lugar en el seno del Liga Norte con motivo de las elecciones generales de 1992 (consiguió hasta un 25-30 % de los votos en muchas zonas del norte, no tanto en las grandes ciudades como en las pequeñas localidades a los pies de los Alpes). Este éxito empujó al movimiento a apostar por el federalismo (sin aclarar, eso sí, en ningún momento qué modelo de federalismo propugnaban) para decantarse más tarde (1996) por la secesión del resto de Italia. En septiembre de 1996 se organizó una manifestación de perfil alto, la tan mencionada *Marcia sul Po* (Marcha sobre el río Po), en la que los militantes de la Liga, con su camisa verde, acompañaron a su líder desde el nacimiento del Po en el Monte Monviso hasta Venecia. Aquí, el Sr. Bossi proclamó la independencia del norte y las aguas del Po recogidas en su nacimiento fueron esparcidas sobre los «fieles» en una especie de bendición secular. Entonces se arrió la bandera italiana sustituyéndola por una nueva enseña compuesta por una extraña flor verde con forma de estrella sobre un fondo blanco que, como algunos maliciosamente señalaron, se asemejaba más a una hoja de marihuana estilizada que a un edelweiss.

Con objeto de ubicar el surgimiento de la Liga Norte dentro de su contexto político y social, deberíamos prestar atención a los acontecimientos nacionales e internacionales que tanto alteraron el orden de las cosas entre 1989 y 1992. La caída del Muro de Berlín provocó consecuencias inesperadas en Italia, que, en muchos sentidos, podría considerarse como un país post-comunista (MICHEL, 1996). Naturalmente, los sucesos de 1989 aceleraron los cambios en el Partido Comunista de Italia (uno de los más importantes de Europa con un porcentaje de voto del 25-30 %), convirtiéndose en un partido democrático y social (PDS). Pero también desapareció del sistema político el polo ideológico que se había opuesto al partido católico moderado, el cual desde el día 18 de abril de 1948 había conseguido mantener la mayoría electoral. La «guerra» ideológica que durante tantos años había dividido a la sociedad italiana en dos subculturas políticas finalizó en 1989. La zona blanca (católica) era más poderosa en el norte (Piamonte, Lombardía, Trentino y el Veneto); la zona roja (comunista) se localizaba principalmente en el centro de Italia (Toscana, Umbría y Emilia-Romagna) (TRIGLIA, 1981). El Partido Cristiano Demócrata había mantenido el poder prácticamente sin oposición durante casi 50 años en su papel de defensor de los valores católicos y moderados. Por lo tanto, desde un punto de vista ideológico, la desaparición del Partido Comunista de la escena política y su transformación en un partido democrático y social deslegitimó eficazmente a los Demócrata-Cristianos. La corrupción política que salió a la luz entre 1990 y 1992 gracias a un grupo de jueces instructores de Milán (conocidos en los medios de comunicación como el equipo de la «Manos Limpias») aceleró el fin de los partidos Socialista y Demócrata-Cristiano, los cuales desaparecieron de la escena política en un plazo de dos años. Este suceso constata por sí mismo el súbito y catastrófico cambio en el tradicional sistema de partidos políticos y la aparición de una nueva fuerza política, la Liga Norte, que asumió la tarea de llenar el vacío que se encontraron los que previamente habían votado al Partido Demócrata-Cristiano o al Partido Socialista.

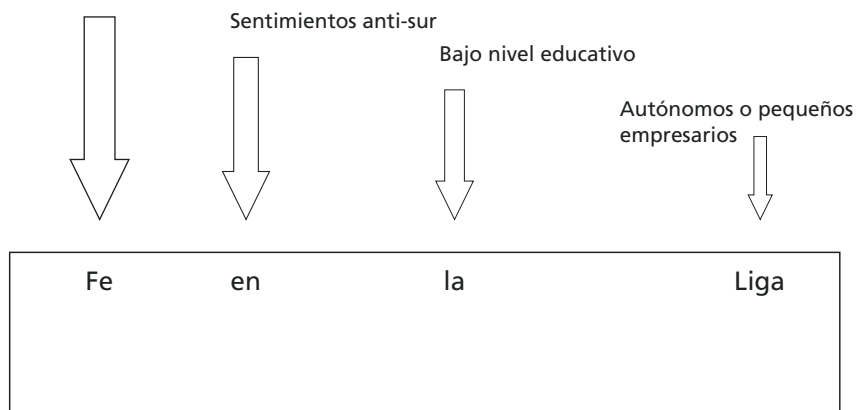
3. La invención de *Padania*

Hoy en día, por lo tanto, existe todo un repertorio de símbolos que evocan una presunta identidad étnica: la población del valle del Po, quienes supuestamente comparten raíces celtas comunes, quienes hablan un idioma que el estado-nación italiano presuntamente reprime y quienes supuestamente han sido oprimidos por «Roma» durante siglos y siglos, pueden, por tanto, reclamar una independencia «natural» de Italia. Este conjunto de símbolos ha permitido indudablemente a la Liga Norte refor-

zar los vínculos de unión dentro de su movimiento, así como incrementar su militancia y seleccionar un núcleo de líderes locales y activistas militantes firmemente convencidos de la causa y que juran una obediencia ciega a su líder. En las últimas elecciones generales (4 de abril de 1994) la Liga obtuvo cuatro millones de votos (el 10 % del electorado), concentrándose sus votantes sobre todo en el norte. Su entramado organizativo se compone de cerca de un millón de activistas militantes que pueden garantizar la movilización de un mayor número de fieles de la Liga ante eventos tales como una parodia de elecciones generales en Padania y concentraciones en torno a su carismático líder, el Sr. Bossi.

Una de las investigaciones sociológicas más recientes sobre los militantes de la Liga (DIAMANTI/JORI, 1998) demuestra el enorme éxito que ha tenido esta operación. En la actualidad, existe todo un estrato de simpatizantes de la Liga que han interiorizado los rasgos ideológicos característicos del movimiento y están plenamente convencidos de la idea de la secesión del resto de Italia. Y esto, a pesar de una serie de detenciones relacionadas con la ilegalidad de dicha propuesta, la cual, en cualquier caso, está siendo discutida por una comisión parlamentaria extraordinaria en un intento de introducir reformas de corte federalista. En estos momentos, el mayor obstáculo contra la idea de la secesión es el ingreso de Italia en la Unión Monetaria Europea (ERM). Los líderes de la Liga daban por descontado que Italia sería incapaz de satisfacer los criterios de Maastricht. En ese caso, habrían podido gritar a los cuatro vientos que el económicamente atrasado sur había impedido al moderno, industrializado y trabajador norte echar a volar como país independiente por Europa.

Fe en el líder carismático



Lo más llamativo acerca del tipo de organización de las bases que la Liga ha sido capaz de promover es la relativa estabilidad de los factores que se esgrimen para demostrar la fe en la propia Liga. El siguiente gráfico muestra estos factores utilizando diferentes tipos de flechas, indicando, de más ancha a menos estrecha, la importancia de los componentes ideológicos y la variabilidad social que entra en juego.

El gráfico está basado en las siguientes respuestas (Tabla 1) a una serie de preguntas realizadas entre una muestra representativa de la población, incluyendo a simpatizantes de la Liga del Veneto (se realizaron entrevistas telefónicas a 1.200 personas durante la segunda semana de marzo de 1998).

Tabla 1

	% de simpatizantes de la Liga	% del total de la muestra (1.200)
Necesitamos un líder más poderoso	78,8	63,2
Debería instaurarse la pena de muerte para crímenes realmente graves	59,4	31,6
Los inmigrantes son una amenaza	45,0	29,6
El sur es una carga para el progreso de Italia	55,4	26,3
La evasión fiscal es necesaria	36,2	21,3
Las empresas deberían tener libertad para contratar o despedir a sus empleados	45,2	31,9

Como podemos observar, el síndrome se corresponde con aquel que Adorno (ADORNO, 1950) no vacilaría un momento en calificar como autoritario (un líder poderoso, rechazo por el sur, xenofobia, liberalismo económico sin restricciones, la legitimidad de la evasión fiscal, etc.). Llamativamente, los porcentajes de los simpatizantes de la Liga son considerablemente superiores a los de la media de la encuesta en todas las cuestiones (excepto en el tema de la edad de jubilación); oscilando estos porcentajes entre un 13-15 % hasta un 28-29 % más altos en asuntos tales como la pena de muerte y el rechazo del sur.

El líder de la Liga Norte ha aplicado una especie de prótesis étnica (por así decirlo) a estos males económicos y sociales. El éxito de sus sermones en zonas tradicionalmente católicas y Demócrata-Cristianas podría sugerir que el estrato social que la Liga representa en la actualidad está atravesando por una doble crisis: por un parte, la relacionada con

los partidos políticos tradicionales y, por otra, en relación con los sistemas de valores que el Catolicismo italiano basado en las parroquias habían ido transmitiendo de generación en generación. En la actualidad, muchas personas parecen laicas en sus actitudes morales y en sus elecciones, así como en sus inclinaciones políticas. No es ninguna casualidad que una de las instituciones que más firmemente se opone a la Liga Norte sea la Iglesia Católica (PACE, 1997). La oposición de la Iglesia no persigue salvaguardar los valores religiosos que encarna, sino defender la unidad nacional (algo que representa un hecho contradictorio, puesto que la Iglesia Católica se negó a reconocer el Estado italiano durante el *Risorgimento* (Renacimiento) por considerarlo enemigo de la Santa Sede). La Iglesia defiende la unidad nacional porque la considera como un símbolo en clave de una conciencia colectiva que comparte los valores enraizados en la cultura católica.

De hecho, el fenómeno de la Liga Norte ha arrojado luz sobre una serie de paradojas y contradicciones. Estas se refieren, en primer lugar, al débil sentimiento de conciencia nacional que los italianos tienen; en segundo lugar, al inmovilismo del anterior sistema político (era impensable una democracia que estuviese paralizada durante años porque un cambio en el poder permitiese el acceso al mismo del Partido Comunista); y, en tercer lugar, una inversión en la tendencia de un país de emigrantes a uno de inmigrantes (sin los cuales el crecimiento económico de muchas zonas del norte no habría tenido lugar). Dejando a un lado estas consideraciones, si tomamos a la Liga Norte como un caso de estudio interpretativo de los conceptos relacionados con la identidad étnica (SMITH, 1998), resulta evidente que dicha identidad puede construirse artificialmente. Este hecho puede llevarse a efecto mediante la invención de símbolos y todo un repertorio de acciones colectivas cuyos orígenes no pueden realmente remontarse a la existencia durante largo tiempo de un grupo (ya sea una raza o minoría étnica) que reclama el reconocimiento de su propia identidad y, consecuentemente, de su propio espacio vital.

Bibliografía

- ADORNO, T. *et al.* (1950): *The authoritarian personality*, Harper and Row, Nueva York.
- BIORCIO, R. (1997): *La Padania promessa*, Il Saggiatore, Milán.
- BRAUDEL, F. (1949): *La Méditerranée et le monde méditerranéen*, Flammarion, París.
- DIAMANTI, I. (1993): *La Lega*, Donzelli, Roma.

- DIAMANTI, I.; JORI, F. (1998): «Osservatorio Nordest», in *Il Gazzettino*, 21 marzo.
- MICHEL, P. (1996): *La fede senza nemico*, Guerini, Milán.
- PACE, E. (1997): «La questione nazionale fra Lega e Chiesa cattolica», en *Il Mulino*, n.º 4.
- PACE, E. (1998): *La nation italienne en crise*, Bayazal, París.
- RUSCONI, G.E. (1993): *Se cessiamo di essere una nazione*, Il Mulino, Bologna.
- RUSCONI, G.E. (1997): *Patria e repubblica*, Il Mulino, Bologna.
- RUMIZ, P. (1997): *La secessione leggera*, Rizzoli, Milán.
- SCHIAVONE, A. (1998): *Italiani senza Italia*, Einaudi, Turín.
- SCIOLLA, L. (1997): *Italiani: stereotipi di casa nostra*, Il Mulino, Bologna.
- SMITH, A. (1998): *Le origini etniche delle nazioni*, Il Mulino, Bologna.
- STELLA, G.I. (1996): *Schei*, Baldini e Castoldi, Milán.
- TRIGILIA, A. (1981): *Le subculture politiche territoriali*, Feltrinelli, Milán.
- TULLIO-ALTAN, C. (1996): *Ethnos e civiltà*, Feltrinelli, Milán.

¿«Balkania» Federal, «Kosova Republika» o fusión balcánica?

Robert C. Hudson

Adem Demaci, activista de derechos humanos y líder del segundo partido político kosovar¹ más fuerte, el Partido Parlamentario, se dirigió recientemente a sus seguidores con la siguiente afirmación retórica: «Hemos completado el círculo, ¿verdad?» Dicha declaración se plantea sobre la creencia aceptada por todos de que las causas más directas de la desintegración de Yugoslavia se pueden ubicar en la agitación que surgió en Kosovo en los 80, y dicho malestar, basado en las tensiones nacionalistas étnicas rivales en Kosovo, vuelve a estar de nuevo en la agenda yugoslava.

Desde la desintegración de Yugoslavia en 1991, ha habido tres guerras en la «antigua» Yugoslavia, que han tenido lugar en Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina; aparte de otros conflictos localizados dentro de cada uno de los anteriores. En el momento de escribir este artículo (marzo 1998), existe una gran posibilidad de que Kosovo se convierta en el escenario de una cuarta «guerra yugoslava», la cual ya fue predecida hace tiempo por muchos académicos, políticos y gente que trabaja en este campo. Si estallase la guerra, los «catastrofistas» piensan que podría ser mucho más sangrienta y generalizada que las anteriores, puesto que podrían verse implicados muchas partes, estados e intereses. En lo que se refiere a las actuales tensiones que se dan en Kosovo, éstas afectan no sólo a las relaciones entre kosovares y serbios, sino también a las relaciones entre un cierto número de otros estados que tienen una población minoritaria albanesa, dado que más de la mitad de los albaneses de la región viven fuera del estado matriz de Albania. Podemos mencionar entre otros: Macedonia (443.000), Mon-

¹ «kosovar» se usa para designar a los habitantes albaneses de Kosovo.

tenegro (50.000), Grecia (50.000), Serbia excluyendo Kosovo (80.000) e Italia (100.000), por no hablar de Albania (3.000.000). De este modo, existe una gran variedad de tensiones y nexos entre estos estados, con la posibilidad de futuras alianzas entre Serbia y Macedonia, o entre Albania y los kosovares, y concomitante con esto, las potenciales tensiones de fondo entre Grecia y Macedonia, Grecia y Turquía, Turquía y Bulgaria, y Bulgaria y Yugoslavia. Debido a todos estos factores, podríamos ser testigos del estallido de una guerra total balcánica, que podría tener un mayor impacto en la seguridad y estabilidad europeas en el sudeste de Europa que el causado por cualquiera de las guerras yugoslavas anteriores.

Para la mayoría de los Serbios, Kosovo es la «cuna» de la civilización y de la identidad étnica serbia, principalmente debido a la amplia mitología que ha surgido en torno a ella sobre la batalla de Kosovo disputada entre los serbios y los turcos otomanos en 1389. Además, la región alberga importantes emplazamientos religiosos serbo-ortodoxos, aunque Pristina era una de las principales ciudades (serbias) durante el reinado del gran emperador medieval serbio, Stefan Dusan. El mito de la batalla de Kosovo se convirtió en el centro de todo el canon de la literatura serbia desde el siglo XVI y ha sido interpretada como sagrada para la causa de la identidad nacional extremista serbia, fortalecida por activistas nacionalistas, como el reformista lingüístico Vud Karadžić. La influencia del mito en el discurso nacionalista étnico serbio no debería ser ignorada; el académico serbio Antonije Isaković escribió en 1992 que:

Nuestros mitos nos dan mayor fuerza y debemos vivir con ellos. Cada vez que hemos encontrado dificultades, hemos regresado a Kosovo, a Karadjarde, y a la poesía popular. Estos mitos y toda nuestra mitología, que afectan a nuestros intelectuales tanto como nuestra Iglesia, nos conduce por un pasillo bastante estrecho (ISAKOVIĆ, 1992).

Además, el etnólogo serbio, Ivan Čolović, ha puesto de relieve en su reciente publicación, *Bordel ratnika* (El burdel del guerrero), que «Naša politika puna je folklorika...» («Nuestra política está llena de folclore») (ČOLOVIĆ, 1994, 23). Asumiendo la responsabilidad del discurso nacionalista en 1987, Slobodan Milošević exclamó: «¡Yugoslavia no existe sin Kosovo! ¡Yugoslavia se desintegraría sin Kosovo! ¡Yugoslavia y Serbia no van a abandonar Kosovo!»

A pesar de esto, los dos millones de habitantes kosovares conforman aproximadamente el 92 % de la población total de Kosovo. Durante el gobierno de Tito, la constitución yugoslava de 1974 otorgó a Kosovo y Voivodina un estatus autonómico mayor, con un considerable poder político y con una igualdad parecida a la de las seis repúblicas que configuraban la República Federal Socialista de Yugoslavia (Socija-

listička Federativna Republika Jugoslavija o SFRJ). Esto generó una dura condena, aunque el discurso nacionalista serbio se desarrolló desde mediados de los 80. (Véase por ejemplo el Memorandum emitido por la Academia Serbia de las Artes y las Ciencias, Belgrado, 1986, el cual defendía la creencia de que Yugoslavia sólo podría ser fuerte si Serbia seguía siendo débil).

El estatus autonómico de Kosovo y Voivodina desapareció con el presidente Slobodan Milošević en 1989, y desde entonces, los albanos-kosovares han sido «... oprimidos, humillados, y privados de cualquier vestigio de control sobre sus propios asuntos... (y)... transformados en personas cuya existencia es oficialmente negada en su propia tierra» (WOOLLA-COTT, 1998). Mientras tanto, se elaboró una exclusiva estructura estatal serbia dentro de la sociedad albanesa, con la práctica de un apartheid étnico que, hasta los hechos acontecidos en los últimos años en Croacia y Bosnia-Herzegovina, habría sido inimaginable en la Europa moderna. Como resultado, se han negado los derechos de los kosovares a sus propias instituciones educativas y servicios médicos en su propia tierra (IGRIĆ, 1997). Al perder Kosovo su estatus autonómico, uno de los primeros actos del gobierno de Milošević fue terminar con toda enseñanza en albanés, sustituyendo este idioma por el serbio e insistiendo en el uso del alfabeto cirílico. El papel de la división de la lengua y la política lingüística es de vital importancia en el discurso político de la exclusión étnica y la identidad nacional, puesto que legitima la cultura de una comunidad y su historia, conduciendo así a la creación de un «grupo interno» y un «grupo externo». Además, las lenguas nacionales ofrecen los símbolos de la soberanía; la difusión de una lengua en detrimento de otra sirve como instrumento de la política de poder hegemónica de un estado nación. En el caso de Kosovo, los kosovares forman el «grupo externo» y los serbios el «grupo interno», a pesar del hecho de que los serbios sólo constituyen entre el 7 y 8 % de la población. Puesto que la lengua es una de las expresiones más profundas de la identidad nacional étnica, no resulta sorprendente que la lucha por los derechos a su propia educación en la lengua albanesa haya sido una de las cuestiones principales de la resistencia pasiva de los kosovares contra los serbios. Una resistencia pasiva que se ha llevado a cabo en la clandestinidad hasta 1996.

Entretanto, en todo el tiempo que duraron los acontecimientos de 1991, los albaneses de Kosovo y Macedonia no intentaron separarse y formar un estado o unidad aparte de Albania, mientras que el gobierno albanés en Tirana también permaneció pasivo (TROEBST, 1997, 24). Podría decirse que los kosovares habían perdido su momento en la historia en el momento en que los eslovenos, croatas, bosnios y macedonios se separaron de Yugoslavia.

La absoluta indiferencia de las autoridades serbias ante los derechos de las minorías étnicas, y la enorme y arbitraria represión y violencia policial contra los kosovares, también nacen de la falta de una sociedad cívica y una cultura democrática en Yugoslavia. A la larga, se necesitan instituciones democráticas que funcionen de forma sana si se quiere resolver las disputas étnicas (SCHMIDT, 1997, 18). Fabian Schmidt ha declarado incluso que el tema del conflicto de Kosovo no se trata tan sólo de la falta de un auto gobierno, sino de la falta del imperio de la ley, por lo cual la actual situación de Kosovo se enmarca en la problemática del debate en curso de un estado malogrado, creado sobre la falta de una sociedad cívica y de un proceso democrático en la región (véase GELLNER, 1994, y también el discurso sobre «Sociedades Fiduciarias Mayores» y «Sociedades Fiduciarias Menores», recientemente desarrollado y puesto de relieve por FUKUYAMA, 1996).

Por lo tanto, Yugoslavia se ha transformado de nuevo en el «estado pario» de Europa, y de nuevo han surgido amenazas de sanciones e incluso de intervención por parte de la comunidad internacional. Sin embargo, el gobierno yugoslavo no es el único responsable de la situación en Kosovo. Anteriormente, la comunidad internacional no hizo absolutamente nada con relación a la situación de los kosovares, aparte de negar a Yugoslavia la entrada en el Fondo Monetario Internacional (FMI) en un momento en que, tras las sanciones, su economía necesitaba urgentemente ser regenerada.

La difícil situación de los kosovares no fue siquiera mencionada por Lord Carrington en la primera conferencia internacional sobre Yugoslavia celebrada en Bruselas en 1990. Se hizo caso omiso de sus sufrimientos, mientras que Ibrahim Rugova, líder de la LDK (Liga Democrática de Kosovo), emprendía una campaña pacífica, estableciendo eficazmente un Parlamento kosovar en la sombra, una Universidad y otras instituciones. Parecía como si los gobiernos occidentales hubieran apreciado y se hubieran beneficiado de la paciencia de los kosovares, porque esto les permitió no incluir el tema de Kosovo en las negociaciones sobre Bosnia-Herzegovina y Croacia, resultando así más fácil para Milošević firmar el acuerdo de Dayton (SCHMIDT, 1997, 17), mientras se daba una mejor oportunidad de finalizar con la lucha en Bosnia-Herzegovina. Como resultado, los representantes de la LDK no estuvieron presentes en Dayton, Ohio, ni tampoco se mencionó el problema de Kosovo en el tratado (TROEBST, 1997, 25). Como Miranda Vickers señaló recientemente:

El mensaje más importante que los kosovares han aprendido de Dayton fue que valoraba la lucha armada de los serbo-bosnios al reconocer, incluso aunque sólo en parte, la República Serbia de Bosnia (VICKERS, 1998).

Las tensiones resurgieron casi inmediatamente después de Dayton. El apoyo al KLA (Ejército de Liberación de Kosovo) ha aumentado desde abril de 1996. Ha sido armado por Albania y trabajadores inmigrantes kosovares y albaneses en Suiza, y ha asesinado a policías serbios, oficiales del ejército y colaboradores albaneses. El incremento del número de armas llegadas clandestinamente a Kosovo desde Albania fue especialmente notable tras el caos que se produjo en Albania durante las elecciones celebradas en el verano de 1997.

En cuanto a los serbios de Kosovo, presenciaron lo que había ocurrido en Krajina en agosto de 1995, cuando Milošević negó a los serbios de Krajina el apoyo yugoslavo en medio de la «Operación Tormenta» de los croatas (Oluja). Del mismo modo, fueron testigos del enfriamiento de las relaciones entre Milošević y Karadžić a lo largo de 1994 y 1995, y más recientemente, en marzo de 1998, los medios de comunicación yugoslavos estaban repletos de reportajes sobre la difícil situación de los refugiados serbios procedentes del este de Eslavonia tras la reincorporación de Vukovar a la República de Croacia, mientras que el órgano gubernamental de prensa en internet Yugoslav Daily News no se pronunció sobre la represión que tenía lugar en Kosovo.

Mientras tanto, en agosto de 1996, el líder chetnik (radical serbio) y acusado de guerra, Zeljko Raznatović, también conocido como Arkan, comenzó a infiltrar a sus paramilitares «Tigre» en la región. Aquí reside un problema para Milošević: ¿puede él controlar a estos paramilitares que tienen líderes diferentes, diferentes cadenas de mando y que no son parte constituyente del Ejército Popular Yugoslavo (Jugoslavenska Narodna Armija o JNA)?

Al mismo tiempo, el siempre pragmático Milošević había estado intentando conseguir el apoyo de los Estados Unidos y de otros gobiernos entablando discusiones con Rugova sobre el tema educativo en septiembre de 1996, lo cual se traduciría en un acuerdo que sacaría a la luz el sistema educativo albanés de la sombra. Este acuerdo era un intento de provocar un levantamiento de la denominada barrera exterior de sanciones, un vestigio del Acuerdo de Paz de Dayton, por el cual la República Federal de Yugoslavia podría entrar a formar parte de organizaciones internacionales como la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) y la ONU (IGRIĆ, 1998, 19), finalizando así su exclusión de la comunidad internacional. En aquel momento en el que la opinión pública serbia seguía oponiéndose con firmeza al separatismo albanés, Milošević ofreció negociar sobre el restablecimiento de la autonomía de Kosovo dentro de Serbia. En un intento por obtener algún prestigio político, los principales oponentes de Milošević, los líderes liberales de Zajedno (Unidos) Bojkot, Vuk Draško-

vić del Movimiento de Restauración Serbia (Srpski Pokret Obnove o SPO) y Zoran Djindjić, del Partido Democrático (Demokratska Stranka o DS) le criticaron por ello, sugiriendo que Milošević estaba dispuesto a vender Kosovo. Fue sólo en una conferencia de prensa celebrada en Viena el 27 de enero de 1997, donde Djindjić insinuó por primera vez que podría apoyar la autonomía de Kosovo dentro de una Serbia democrática (SCHMIDT, 1997, 16). Durante un corto período de tiempo, la atención internacional tuvo la impresión de que la oposición liberal serbia contra Milošević parecía ser incluso más nacionalista que el propio Milošević. Este extraño panorama podría explicar en cierta manera por qué la élite Kosovar permaneció en silencio durante las manifestaciones masivas contra Milošević que comenzaron en noviembre de 1996 en Belgrado y otras ciudades importantes de Serbia (TROEBST, 1997, 23), mientras que durante las tres vueltas de las elecciones presidenciales celebradas el pasado otoño, los kosovares se negaron a votar, demostrando así que no reconocían el estado yugoslavo. De los otros partidos políticos serbios, el Partido Socialista de Serbia en el poder (SPS) había adoptado la postura de que Serbia es un estado indivisible organizado sobre principios cívicos, pero que ahora parecería estar abierto a alguna forma limitada de autonomía. Mientras tanto, los extremistas nacionalistas reunidos en torno al Partido Radical Serbio ultra-nacionalista (Srpska Radikalna Stranka o SRS) de Vojislav ņeņelj continúan oponiéndose a cualquier forma de autonomía. ņeņelj obtuvo una mayoría del 49 % en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales serbias en octubre de 1997, y sólo la condición de que el candidato ganador debe tener una clara mayoría del 51 % le impidió asumir el poder.

Mientras tanto, Aleksander Despic, presidente de la Academia serbia de las Artes y las Ciencias, abogó por la división de Kosovo, basándose en una idea expresada anteriormente por el novelista, académico y ex-presidente de Serbia, Dobrica Ćosić, de que los serbios deberían mantener las minas de carbón y los «emplazamientos sagrados» tan importantes para la identidad étnica serbia y la economía yugoslava, a la vez que otorgaban estatus autonómico a los kosovares para el resto de la región. Si a Kosovo le concediesen algún grado de autonomía, que es lo mínimo que podría detener el conflicto, esto también podría derrocar al hombre que tomó el poder gracias a la fuerza de sus promesas de que nunca abandonaría Kosovo, un lugar que es tan sagrado para la mitología nacionalista de la identidad serbia. Sin embargo, Milošević se enfrenta a un impasse, puesto que el riesgo de otra futura y duradera guerra y sus sanciones económicas concomitantes también podrían destruir su carrera.

Panoramas y posibles soluciones

¿Cuáles son entonces los escenarios y posibles soluciones a la crisis de Kosovo en el futuro inmediato?

- Una solución al problema podría ser que el gobierno yugoslavo concediese la autonomía a los kosovares; no como en la constitución de Tito de 1974. Sin embargo, se podría argumentar que si Milošević hiciese tal oferta, los kosovares la rechazarían. Además, ésta ya fue otorgada una vez en 1974 y luego fue anulada por Milošević en 1989, y los kosovares son muy conscientes de que ahora podría ocurrir lo mismo.
- Otra solución podría ser el establecimiento de una constitución federal yugoslava que otorgaría a Kosovo y probablemente a las otras regiones minoritarias de Sandjak y Voivodina un estatus constitucional similar al de Serbia y Montenegro (MARKOTITCH, 1997, 43), reduciéndose así el dominio serbio de la República Federal de Yugoslavia.
- Adem Demaci ha expresado su idea de crear un nuevo estado bajo el nombre de «Balkania». De nuevo esto implicaría el fin de la hegemonía serbia en la República Federal de Yugoslavia, además de evitarse cualquier referencia a cualquier forma de identidad eslava. Se trataría de un constructo federal por el cual Kosovo, Voivodina y posiblemente Sandjak compartirían el mismo estatus republicano que Montenegro y Serbia. Esto significaría una reestructuración profunda de Yugoslavia, basada más bien en *raison d'état* que en el nacionalismo y la política de exclusión.
- Algunos académicos serbios, liderados por Despic y Cosic han abogado por la división de Kosovo en base a factores étnicos, religiosos, históricos y geo-económicos. No obstante, la transferencia de algunos de los emplazamientos más sagrados de Serbia se vería como una traición y una vergüenza nacional, especialmente para el partido ultra-nacionalista SRS de ũeŕelj.
- Mientras tanto, la LDK ha abogado por una «Kosova Republika» desde 1990, que conduciría a la unificación del oeste de Macedonia con la población albanesa o con el estado matriz de Albania; consiguiéndose así la creación de una Albania irredenta que podría aliviar el «Problema Albanés», el cual sigue sin resolver desde 1912, desde una perspectiva albanesa. Sin embargo, apenas sería popular en Serbia y desencadenaría más tensiones, cuando no una guerra.
- Otra solución podrá ser recurrir a políticas de paz de manos de la comunidad internacional, con la intervención de la SFOR (Fuerza de

Estabilización), dado que existen 20.000 tropas a tan sólo 150 Km de Kosovo y 1.100 tropas más de las Naciones Unidas con base en Macedonia. Sin embargo, esto sería una política a corto plazo y no resultaría fácil introducirla porque significaría juntar a albaneses y serbios. Si dicha política hubiera sido aceptada por las dos partes, no habría habido ningún riesgo de conflicto al principio. Si las tropas de la OTAN se desplegaran en la región podrían cerrar la frontera y salvaguardar la seguridad nacional. Sin embargo, existen riesgos de «lentitud de la misión» y también de falta de compromiso intergubernamental con dicha política. Uno sólo tiene que pensar lo que podría ocurrir en Bosnia-Herzegovina cuando la SFOR finalmente se retire. Además, los yugoslavos actualmente se resisten ante la idea de una intervención internacional en Kosovo (véase *Yugoslav Daily News*, 20 de abril de 1998).

- Una solución más drástica sería que el KLA llevase acabo un alzamiento armado, puesto que existen bastantes armas ligeras llegadas clandestinamente a la región, y los insurgentes podrían ser capaces de sobrevivir ante una ofensiva serbia suficiente tiempo como para impulsar el respaldo externo. No obstante, ésta sería una alternativa muy peligrosa que podría detonar la denominada «bomba de relojería balcánica».
- Es poco probable que Albania, debido a sus pobres recursos militares, declarara la guerra a Yugoslavia; sin embargo, si hubiese un conflicto en Kosovo, los kosovares podrían buscar apoyo militar en el mundo islámico y Turquía.
- No obstante, si hubiese una guerra entre los insurgentes albaneses y las fuerzas de seguridad serbias, ¿cuál sería la reacción de la opinión pública serbia? ¿Podría Serbia, económica y militarmente hablando, soportar aún otra guerra? Si esto trajese consigo sanciones por parte de la comunidad internacional, paralizaría de nuevo una economía muy pobre. Realpolitik podría optar por esta solución a largo plazo porque derrocaría a Milošević del poder, aunque sería mejor a medio plazo, si Milošević concediese la autonomía puesto que esto también podría debilitar su poder.
- Existen las teorías dominó mencionadas anteriormente, que podrían traducirse en el estallido de una guerra balcánica general, que implicaría a Albania, Bulgaria, Macedonia, Grecia, Turquía y finalmente uno o más super potencias.
- Uno podría siempre mantener el status quo, pero los últimos acontecimientos se han alejado de dicha opción.

Tras considerar la variedad de situaciones potenciales y posibles soluciones, a la larga lo más fácil de conseguir podría ser una vuelta al estatus autonómico de 1974. La vuelta de Yugoslavia al federalismo parecería la mejor solución, puesto que el potencial conflicto de Kosovo se calmaría, al igual que las tensiones en Sandjak; y el dominio serbio sobre Yugoslavia se vería compensado.

Bibliografía

- ČOLOVIĆ, I. (1994): *Bordel ratnika*, Biblioteka XX Vek, Belgrado.
- FUKUYAMA, F. (1996): *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*. Penguin, Harmondsworth.
- GELLNER, E. (1994): *Civil society*, Penguin, Harmondsworth.
- IGRIĆ, G. (1997): «Education is the key in Serb-Kosovar negotiations», *Transition*, 7 marzo.
- ISAKOVIĆ, A. (1992): *Srbi u tesnom hodniku*, NIN, Belgrado, 8 mayo 1992, traducción: Robert HUDSON.
- MARKOTITCH, S. (1997): «Backtracking toward dictatorship in Serbia and Montenegro», *Transition*, 7 febrero.
- SCHMIDT, F. (1997): «Protests in Serbia raise hopes of a reconciliation in Kosovo», *Transition*, 7 marzo.
- TROEBST, S. (1997): «Still looking for an answer to the "Albanian question"», *Transition*, 7 marzo.
- VICKERS, M. (1998): *A history of Kosovo*, C. Hurst & Co., Londres.
- WOOLLACOTT, M. (1988): «Balkan trilogy: the sequel», *The Guardian*, 7 marzo.
- YUGOSLAV DAILY NEWS (1998): website: <http://www.yugoslavia.com./News...>

El caso de Irlanda del Norte: conversaciones intercomunitarias y la renegociación de la identidad

Stephen Ryan

En este breve artículo me limitaré a plantear una serie de observaciones inconexas en torno a los intentos por alejarse del violento conflicto intercomunitario en Irlanda del Norte. No voy a ofrecer ninguna visión histórica de los «Problemas», puesto que ésta ya se ha proporcionado adecuadamente en otros estudios. En su lugar, presentaré cuatro aspectos que espero ayuden a esclarecer la naturaleza del «proceso de paz» que tiene lugar en aquellas tierras.

(1) En primer lugar, me gustaría expresar mi desacuerdo con el título que se ha dado al curso para el que se ha elaborado este artículo: «Del Conflicto a la Armonía». En mi opinión, la idea de que se pueda crear una sociedad multiétnica en armonía es equivocada, si por armonía se entiende la ausencia de conflicto. Banks (1987) ha señalado que el intento de definir la paz como armonía constituye una «desviación auto indulgente», puesto que el conflicto es algo inevitable en situaciones en que la gente tiene diferentes valores, creencias e intereses. De hecho, el conflicto podría ser un signo propio de una sociedad saludable, siempre que se enfocase desde un punto de vista constructivo y no destructivo. Es más, el proceso de transformación de un conflicto es continuo, ya que es muy probable que cuando se resuelvan unos conflictos, surjan otros. Hago mención, asimismo, a un comentario realizado por el escritor israelí Amos Oz, quien, en cierta ocasión, afirmó que lo que los líderes palestinos e israelíes querían era «hacer la paz y no el amor» (en ROTHMAN, 1992, 32).

Aún más, deberíamos ser muy precavidos salvo que pensemos que la actividad práctica de la construcción de la paz únicamente implica un acuerdo pragmático y cuestiones técnicas relacionadas con las disposiciones constitucionales y el reparto del poder económico y político. Lo que yo pretendo sacar a colación es la posibilidad de que, en muchas

ocasiones, las conversaciones intercomunitarias sean tan difíciles y tan lentas porque existe un elemento implícito en ellas como es la renegociación de la identidad, que puede ser un requisito indispensable antes de que los acuerdos de paz puedan sustentarse por sí mismos.

(2) Irlanda del Norte se encuentra en punto del ciclo del conflicto que muchos otros conflictos sociales prolongados pueden haber alcanzado. Es ese punto en el que los partidos se han dado cuenta de que la lucha debe detenerse, pero muestran una gran inseguridad acerca de cómo reconstruir la paz y las sociedades democráticas multiculturales. Esto es lo que las Naciones Unidas ha definido como la «fase post-conflicto de construcción de la paz», expresión que a mí no me convence dado que, por supuesto, los conflictos continúan incluso una vez que las armas se han callado. Otros países que se enfrentan con los problemas que esta fase del conflicto plantea son Sudáfrica, Israel/Palestina, Líbano, Angola, Mozambique, Bosnia, El Salvador, Guatemala y Nicaragua.

En todos o en la mayoría de estos países surgen problemas similares: la reconstrucción económica o el desarrollo, la reconstrucción política o la participación, el mantenimiento del orden, la administración de la justicia, el retorno de los refugiados y de los desplazados en el interior del país, al igual que la cuestión de cómo aceptar el pasado y «neutralizar la historia». De acuerdo con mi experiencia, muchos de los actores principales de estos conflictos están dispuestos a aprender unos de otros cómo poder avanzar. Por ejemplo, políticos de Irlanda del Norte han viajado a Sudáfrica para dialogar con sus homólogos. En el caso de Irlanda del Norte, este hecho también implicaba cierto grado de redefinición del conflicto. Aquello que para muchos fue en un tiempo un asunto anacrónico enraizado en las guerras religiosas europeas del siglo XVII, se ha convertido hoy en día en un conflicto de plena relevancia en un mundo contemporáneo en el que las «guerras» más significativas son conflictos de identidad.

(3) Muchas personas en Irlanda del Norte han aceptado la futilidad de la violencia, considerándola como algo contraproducente. Lo que es más, el modelo general del acuerdo político ya existe, el cual supone la creación de una nueva Asamblea de Irlanda del Norte, elegida por medio de un sistema de representación proporcional, la formación de instituciones transfronterizas e incluso, quizás, la modificación de los artículos 2 y 3 de la Constitución de la República de Irlanda, los cuales reclaman la soberanía sobre el territorio de Irlanda del Norte. Este tipo de propuesta contaría muy probablemente con el apoyo de la mayoría de la población de Irlanda del Norte, si bien ha de constatar que las encuestas de opinión no siempre son muy precisas: las personas que vi-

ven en una sociedad sectaria aprenden a menudo a ocultar sus verdaderos sentimientos y dicen a los encuestadores lo que ellos creen que éstos quieren oír más que lo que realmente piensan. Parecen estar de acuerdo con lo que el Premio Nóbel Seamus Heaney, nacido él mismo en Irlanda del Norte, comentó en cierta ocasión. «digas lo que digas, no digas nada». No obstante, la mayoría de la gente parece dispuesta a aceptar un acuerdo basado en los principios anteriormente mencionados.

Aún así, persisten ciertos problemas para avanzar en el «proceso de paz» y me gustaría ofrecer algunas explicaciones acerca de por qué este es el caso. En primer término, el conflicto de Irlanda del Norte es lo que investigadores del mismo han denominado un «conflicto real», más que uno irreal con raíces en malentendidos y en percepciones equivocadas. La raíz de este conflicto es el desacuerdo en torno a la legitimidad de la partición de la isla de Irlanda a comienzos de la década de 1920. De ahí que aún en la actualidad exista ese desacuerdo intrínseco sobre el hecho de si Irlanda del Norte debiese ser parte del territorio soberano del Reino Unido o del territorio soberano de la República de Irlanda. La situación en Irlanda del Norte no tiene nada que ver, por lo tanto, con la de Sudáfrica, donde la mayoría de los sudafricanos aceptan la legitimidad de las fronteras del estado (con la posible excepción de la extrema derecha blanca del Partido de la Libertad Inkatha). El problema con estos conflictos de soberanía territorial que nos encontramos en lugares como Irlanda del Norte (y, por ejemplo, Sri Lanka) es que su resolución es de notoria dificultad puesto que tienden a abordarse en términos de todo o nada.

Esto nos debería servir de aviso para no «sobresubjetivizar» el conflicto (consultar, por ejemplo, RUANNE/TODD, 1991). Sin embargo, esto no quiere decir que no existan factores subjetivos ni que un diálogo intersubjetivo sea inútil. No obstante, gran parte del éxito o fracaso de este diálogo depende del nivel al que se desarrolle. Para cualquier conflicto intercomunitario existen al menos dos niveles de interacción: el nivel «yo-tú» y el nivel «nosotros-ellos». La literatura de la psicología social señala que el eje «nosotros-ellos» es demasiado poderoso con respecto al nivel «yo-tú» y, por lo tanto, pocos avances se pueden realizar en el nivel individual si no se constata un progreso en el diálogo entre grupos (consultar HEWSTONE/BROWN, 1986). Uno de los factores que actúan como inhibidores en este diálogo entre las comunidades en Irlanda del Norte es que una de las maneras en las que la gente afronta el conflicto es evitando la discusión de cuestiones controvertidas como la política y la religión cuando hay personas de diferentes bandos. Por consiguiente, puede resultar una tarea difícil desencadenar un diálogo «nosotros-ellos» amplio y honesto.

Un segundo factor que inhibe el diálogo en el proceso de paz es el legado de 25 años de conflicto violento. Esto ha reforzado o provocado toda una serie de procesos destructivos que inhiben el diálogo entre las comunidades. Entre estos podemos incluir: la militarización y el ambiente bélico; la segregación residencial en tanto que la gente se desplaza a áreas monoculturales en las que se siente más segura; la formación de una imagen del enemigo basada en estereotipos; la deshumanización y la creación de chivos expiatorios; la demonización y la santificación (que surge cuando uno o más partidos enmarca el conflicto en términos religiosos definiéndolo como una batalla entre el bien y el mal); la incitación a la comisión de delitos; el subdesarrollo económico; y la alineación y la sensación de lejanía con respecto al poder (consultar RYAN, 1996).

Un tercer problema para el proceso de paz es la ausencia de consenso interno en los partidos. Esto significa que los miembros más progresivos de cada comunidad pueden verse coaccionados o apartados en el caso de que otros grupos de su propia comunidad menos comprometidos con un acuerdo negociado les acusen de «venderse». Algunos analistas han denominado este problema como «una puja étnica». Un cuarto factor es que ha habido una incapacidad o resistencia a ejercer influencia sobre determinados actores para dar un empujón al proceso de paz. Esto significa que las conversaciones se han visto muchas veces atasgadas y, en otras, han quedado empantanadas por cuestiones de procedimiento. Un quinto factor es el subdesarrollo político. Desde el cierre de Stormont en 1972, Irlanda del Norte ha estado gobernada por una Secretaría de Estado designada por el gobierno de Londres que representa a un partido político (Laboral o Conservador) con muy poco apoyo en la misma provincia. Este «déficit democrático» implica que todos los grandes partidos políticos han sido partidos de oposición y, por lo tanto, ninguno ha asumido responsabilidades políticas de gobierno. Este hecho fomenta una actitud de oposición y de censura en lugar de una actitud de compromiso político y de negociación.

Una última razón que explique el lento ritmo de progreso del proceso de paz de Irlanda del Norte es la reivindicación de que el coste de la violencia en el territorio ha sido demasiado bajo. Este es el argumento del «nivel aceptable de violencia», la idea de que, aunque las conversaciones se encuentren en una situación de punto muerto, ésta no causa el suficiente daño para forzar a los partidos a acelerar el paso hacia la paz y la justicia. Muchos se encuentran más cómodos con este estatus quo que con la situación que pudiera derivarse del compromiso y de la concesión. Por supuesto, este argumento del «nivel aceptable» puede ser exagerado: más de 3.000 personas han sido asesinadas en Irlanda del Norte y esto representa una proporción considerable sobre una po-

blación total de 1,5 millones de habitantes. No obstante, no podemos negar el hecho de que muchas personas llevan una vida relativamente normal en la provincia y apenas se ven afectados por la violencia.

(4) Finalmente, me gustaría mostrar mi acuerdo con otros de los colaboradores de este libro quienes sostienen que muchos de los que han contribuido con sus artículos a este congreso defienden que la identidad puede ser algo fluido y dinámico. Así, es posible que coexistan identidades múltiples (escocés y británico, vasco y español, etc.). Sin embargo, puede ocurrir que, en situaciones de violencia, la gente se vea abocada a esos momentos de la verdad en los que tienen que decidir para quién es su «lealtad terminal». Además, las identidades tienden a convertirse en algo estático en situaciones de conflicto violento en las que las opciones personales tienden a reducirse. Una creciente inseguridad tiende a producir un etnocentrismo cada vez mayor, así como una menor tolerancia al desacuerdo (DEUTSCH, 1991). A uno se le viene a la memoria el comentario que una vez realizó un hombre de Belfast señalando que resultaba más fácil disparar balas al otro bando que plantear preguntas dentro de su propia comunidad. Las presiones para que muestren una actitud conformista son intensas y todos los miembros de una comunidad puede sentir las. Uno de los mejores estudios sobre este hecho lo constituye el libro *Balkan Express (El Expreso de los Balcanes)*, escrito por la poetisa croata Slavenka Drakulic. En él, la autora explora cómo se ve forzada a tomar parte en «el juego cruel y que se autoperpetúa» del nacionalismo incluso en contra de su propio criterio, y muestra su enfado por cómo se ve «inmovilizada contra el muro del nacionalismo croata».

Y aunque uno ha hecho estas observaciones simplificando el proceso que tiene lugar en Irlanda del Norte, podría darse el caso de que esté surgiendo una situación en la que las identidades estén siendo reconstruidas. Esta podría ser la razón por la cual las conversaciones están siendo tan dificultosas, puesto que los partidos podrían estar no solamente intentando resolver cuestiones técnicas en torno a la naturaleza del sistema de representación proporcional y demás, sino que, también y de una manera fundamental, estarían renegociando sus identidades.

Dicho de una manera cruda, lo que parece estar ocurriendo es lo siguiente: la comunidad protestante mayoritaria, que se autodefine como británica, se está encontrando cada vez más alienada de Londres. La Declaración de Downing Street de 1993 y el Documento de Trabajo del año siguiente evidenciaron que el Estado Británico únicamente conservaría su soberanía sobre Irlanda del Norte en tanto ese fuese el sentir mayoritario del pueblo. Existe, por lo tanto, un condicionamiento hacia

su pertenencia a la comunidad de ciudadanos británicos, de tal manera que algunos protestantes deben estar desconcertados. Es más, a medida que se moderniza el Estado de Irlanda, la vieja imagen que los protestantes se han auto fabricado en la que se consideran a sí mismos como el motor modernizador y progresista de la isla en comparación con los atrasados «nativos» resulta más difícil de mantener y muchos empresarios protestantes comienzan a aceptar las ventajas que supone un enfoque de una «economía global para toda la isla».

En lo que respecta a los republicanos de Irlanda del Norte, la imagen que de ellos mismos se ha construido ha desembocado en uno de los discursos más impactantes del siglo xx: el de la colonización, asentamiento, expropiación de tierras y riquezas, la opresión y la resistencia por medio del nacionalismo y las campañas a favor del derecho de autodeterminación. No obstante, hemos de preguntarnos si este discurso posee la misma relevancia en Irlanda a comienzos del siglo xxi. Ya hemos señalado que el poder colonial ha expresado su disposición a abandonar el territorio de acuerdo con determinadas condiciones. El estatus de los católicos ha mejorado enormemente durante los últimos 25 años y sus derechos se encuentran en la actualidad más protegidos. Es más, los razonamientos que sostiene el poder colonial ignora el hecho de que Irlanda del Norte es también una parte integral del Reino Unido, lo cual ha tenido efectos sobre la cultura e identidad locales. Muchos católicos de clase media, por ejemplo, tendrían mucho más que perder si se suprimiesen mañana mismo los vínculos que unen a la isla con el erario público británico. Así que su deseo de una Irlanda unida es similar al deseo por ganarse el cielo: quieren conseguirlo, pero todavía no. La europeización de Irlanda, tanto del Norte como del Sur, por medio de la pertenencia británica e irlandesa a la Unión Europea podría estar contribuyendo asimismo a minar las formaciones del viejo conflicto. ¿Qué supone la «comunidad soñada» en un mundo globalizador? Es igualmente interesante señalar cómo el discurso anticolonial se encuentra en declive en un ámbito mundial y está siendo sustituido por un discurso basado en el concepto del conflicto étnico, que se centra más en los problemas internos que en los externos.

Por lo tanto, las identidades podrían estar cambiando, si bien éste no es un proceso rápido ni sencillo. Mi mayor preocupación, no obstante, radica en que estas identidades están cambiando basándose en el monólogo más que en el diálogo y aún deben hacerse muchas más cosas para reemplazar el silencio entre comunidades por un diálogo intercultural sincero. La destrucción de estas identidades antagonistas y excluyentes podría convertirse en la mejor esperanza para un paz duradera en Irlanda del Norte.

Bibliografía

- BANKS, M. (1987): «Four conceptions of peace». En: *Conflict management and problem solving*, ed. D. SANDOLE and I. SANDOLE-STAROSTE, Pinter, Londres.
- DEUTSCH, M. (1991): «Subjective features of conflict resolution». En: *New directions in conflict theory*, ed. R. VAYRYNEN, Sage, Londres.
- DRAHULIC, S. (1993): *Balkan Express*, Hutchinson, Londres.
- HEWSTONE, M.; BROWN, R. (eds.) (1986): *Contact and conflict in intergroup encounters*, Blackwell, Oxford.
- ROTHMAN, J. (1992): *From confrontation to cooperation*, Sage, Londres.
- RUANNE, J.; TODD, J. (1991): «“Why can't you get along with each other?” Culture, structure and the Northern Ireland conflict». En: *Culture and politics in Northern Ireland*, ed. E. HUGHES, Open University Press, Buckingham.
- RYAN, S. (1996): «“The voice of sanity getting hoarse”? Destructive processes in violent intercommunal conflict». En: *The politics of difference*, ed. E.N. WILMSEN and P. McALLISTER, University of Chicago Press, Chicago.

La negociación de identidades en el contexto de la diáspora: la población pakistaní de Bradford

Charles Husband

1. Antecedentes

Europa se ha convertido en un espacio multicultural cada vez más amplio y existe una considerable bibliografía que explora la variedad de respuestas hacia la creciente diversidad étnica de los estados nacionales (WRENCH/SOLOMOS, 1993; HECKMAN/BOSSWICK, 1995). Y la agitación teórica provocada por los razonamientos posmodernistas ha quedado reflejada en un cada vez más complejo análisis de las identidades étnicas; incluso con conceptos tales como relaciones de hibridez o de diáspora disfrutando casi de un estatus en boga (RADHAKRISHNAN, 1996; WERBNER/MODOOD, 1997; YOUNG, 1995). Al mismo tiempo, el papel de los sistemas y los medios de comunicación de masas a la hora de crear identidades y de construir valores ha quedado enmarcado dentro de un debate teórico relacionado con el papel de la globalización (ROBERTSON, 1992; HANNERZ, 1996; FEATHERSTONE, 1995), con un cada vez mayor reconocimiento de la compleja geografía cultural y filosófica de la Diáspora (BRAH, 1996; LAVIE/SWEDENBURG, 1996). Todos estos fenómenos, junto con los debates teóricos relacionados con los mismos, constituyen el amplio esquema de trabajo del presente artículo.

En Gran Bretaña, el desarrollo de las comunidades étnicas minoritarias ha quedado perfectamente registrado, más recientemente por parte de MODOOD *et al.* (1997), y existe una extensa bibliografía sobre el tema. Sin embargo, el papel de los medios de comunicación con respecto a la formación de relaciones étnicas y como parte integrante de un proceso de movilización política y cultural de las minorías ha conformado un pequeño subconjunto dentro de este campo. Desde el estudio inicial de fondo de Hartman y Husband (HARTMAN/HUSBAND, 1974), ha tenido lugar un proceso activo de análisis académico en torno al

contenido de los medios de comunicación dominantes y su papel a la hora de representar a las comunidades étnicas minoritarias (VAN DIJK, 1991; ROSS, 1996; SREBERNY-MOHAMMADI/ROSS, 1995; DOWNING/HUSBAND, de próxima aparición). Existe una incipiente bibliografía en relación con la producción y consumo de medios de comunicación por parte de las comunidades étnicas minoritarias (HUSBAND, 1994; GILLESPIE, 1995; COTTLE, 1997).

A la hora de formular la investigación objeto del presente estudio¹, hemos sido claramente conscientes del creciente sentimiento anti-islámico que se evidencia tanto en el seno de la Unión Europea como en Gran Bretaña. Las comunidades musulmanas en Gran Bretaña se han visto sometidas a una crítica cobertura por parte de los medios de comunicación en respuesta al «caso Rushdie» y a la Guerra del Golfo, al igual que el papel de la religión como indicador de las identidades minoritarias se ha convertido en un tema de debate cada vez más importante en la Gran Bretaña contemporánea (LEWIS, 1994). Incluso la propia localización de las comunidades musulmanas en la Isla podría ser analizada en relación con un más amplio debate en torno a la posición del Islam en el mundo a finales del siglo xx (AHMED, 1992; TURNER, 1994). Por consiguiente, en esta investigación nos hemos centrado en dos «comunidades» musulmanas, la pakistaní de Bradford y la iraní de Londres, las cuales han seguido caminos muy diferentes para su asentamiento en Gran Bretaña y poseen raíces culturales y nacionales muy diversas, de acuerdo con los términos empleados por GILROY (1993). El presente artículo se centrará principalmente en la experiencia de la población pakistaní de Bradford.

El objetivo fundamental de esta investigación ha sido reflejar el entorno de los medios de comunicación de las comunidades musulmanas en Gran Bretaña para, de este modo, poder ubicarlo dentro de un entendimiento dinámico de la demografía local y del grado de implicación de las comunidades en los movimientos económicos, políticos y culturales, tanto en un ámbito local y nacional como mundial. Hemos sido muy conscientes a la hora de desarrollar este estudio de la problemática naturaleza del concepto de comunidad al analizar una Gran Bretaña multiétnica y urbana (HUSBAND, 1996).

¹ Los fondos para esta investigación han sido aportados por un proyecto englobado en el Programa de Investigación en torno a la Economía y la Cultura de los Medios de Comunicación. El equipo del proyecto estaba compuesto por el profesor Charles Husband y el Dr. Yunas Samad (Unidad de Investigación de Política Social e Identidad Étnica, Universidad de Bradford), así como por la profesora Annabelle Sreberny y D. Adom Sabondchian (Centro para la Investigación de los Medios de Comunicación de Masas, Universidad de Leicester).

El primer objetivo táctico era generar un modelo descriptivo de la demografía actual de ambas comunidades. Para ello, era importante ser capaces de establecer la existencia de poblaciones iraníes y pakistaníes en Londres y Bradford respectivamente como comunidades subjetivas e igualmente como patrones demográficos. Estas tareas supusieron un grado desigual de dificultad en ambas comunidades. Mientras que en el caso de la población iraní apenas existía documentación, por el contrario, existe una extensa documentación acerca de la población pakistaní de Bradford por parte de las autoridades locales, al haber sido objeto de innumerables investigaciones. Hemos sido capaces, a través de una diversidad de enfoques, de desarrollar un retrato descriptivo de la demografía de la muy dispersa población iraní de Londres, al mismo tiempo que hemos conseguido identificar las interconexiones subjetivas de identidad que sirven de nexo de unión a esta comunidad disgregada en el espacio, en tanto que, en Bradford, a tenor de la documentación disponible, era posible dibujar una imagen muy precisa de la distribución demográfica de la población pakistaní así como identificar los modelos de organización social perfectamente desarrollados que operan en el seno de esta comunidad demográfica.

No obstante, un perfil demográfico en sí mismo ofrece únicamente un modelo relativamente estéril y estático de cada población; por lo tanto, estábamos obligados a realizar un estudio complementario para poder generar un enriquecedor entendimiento social y cultural de la historia de la migración y del establecimiento de cada población, al igual que de sus perfiles políticos y socio-culturales en el seno de sus respectivos asentamientos urbanos. Para avanzar en nuestro proyecto necesitábamos trazar un retrato descriptivo del entorno de los medios de comunicación de cada población. Para definir este objetivo en esta etapa, conseguimos dibujar el perfil de la infraestructura de los medios de comunicación actuales en lugar de adoptar cualquier medida de utilización de los mismos. Al abordar este objetivo, el equipo fue más allá de la identificación de los medios de comunicación escritos y de radiodifusión, consiguiendo asimismo identificar otros emplazamientos de reproducción cultural e interacción social. Una vez más, este proceso fue muy diferente para las dos comunidades objeto de estudio, puesto que la población pakistaní de Bradford disfruta de una más amplia y diversa gama de medios de comunicación que la población iraní de Londres.

Uno de los objetivos centrales del presente proyecto era dibujar un retrato dinámico del comportamiento de cada individuo en el seno del contexto social y del entorno de los medios de comunicación dado que sustentan su identidad y se ubican dentro del espacio subjetivo de una diáspora. Mientras que las etapas anteriores permitieron a los investigadores anticipar la variedad de destacadas identidades y la potencial relevancia del en-

torno globalizado de los medios de comunicación, esta fase pretendía generar un ámbito de información cualitativa que permitiese esclarecer la candente relevancia de los medios de comunicación en relación con la reproducción de identidades subjetivas en los individuos. Para ello se emplearon dos métodos: por una parte, un cuestionario para perfilar una línea básica de información común a lo largo de la muestra de investigación y, por otra, grupos de estudio para generar un conjunto de información más fundamentado que revelara la articulación de identidades y la utilización de los medios de comunicación relacionados con las mismas. Aun cuando la información del cuestionario era factible de manipulación numérica, no obstante, constituía igualmente una información esencialmente cualitativa a pesar de que los procedimientos de selección de los encuestados y el tamaño de la muestra no permitiesen considerar de ninguna manera los mencionados cuestionarios como muestras representativas adecuadas.

El equipo de investigación utilizó grupos de estudio para generar una información cualitativa que permitiese esclarecer nuestro entendimiento de la construcción de identidades, incluyendo la relevancia del Islam en dicho proceso, la utilización de los medios de comunicación y la interacción de ambos. Los dos equipos consensuaron un esquema de actuación común con objeto de guiar la gestión de los grupos de actuación. Los grupos de estudio fueron seleccionados tomando como referencia un muestreo que había considerado el sexo y la edad como variables fundamentales. Sin embargo, la logística de la construcción de dichos grupos dentro de las dos comunidades no ha hecho posible cumplir estrictamente con este marco de trabajo. Ambos equipos buscaban utilizar grupos existentes que ofreciesen un perfil distintivo en términos de asociación y que garantizaran, al mismo tiempo, un reflejo de la diversidad de opinión en el seno de cada una de las comunidades.

Aun cuando muchos miembros de la comunidad iraní recibieron con reservas la idea de esta investigación, resultó una ardua tarea encontrar las fechas y los lugares apropiados para que los participantes se sintieran preparados para tomar parte en las discusiones de los grupos de estudio. En las escuelas de idiomas los padres disponían de muy poco tiempo libre, mientras que los participantes en las asambleas de la comunidad pensaban que éstas eran tan escasas que no podían permitirse el lujo de renunciar ni siquiera a parte de una sesión para participar en la investigación. La gente se mostraba suspicaz con respecto al propósito de la investigación y a quien la subvencionaba, mostrándose asimismo preocupados acerca de los controles y sanciones por parte de las autoridades tanto del Reino Unido como de la República Islámica. Por lo tanto, empleamos gran cantidad de tiempo en tranquilizar a la gente asegurándole que la participación era completamente anónima y

que los fines de la investigación eran de naturaleza académica. Todos estos factores implicaban que la diversidad y claridad de los límites elaborados con motivo de estos muestreos intencionales no podían ser plenamente operativos en la práctica. Aquello que metodológicamente había sido concebido como algo clínico e intencional se convirtió en la realidad en algo bastante más oportunista y pragmático.

En el caso de la comunidad de Bradford, su mayor período de existencia, en conjunción con las más densas áreas de residencia localizadas, proporcionaron los fundamentos para una abundante diversidad de emplazamientos potenciales para reclutar grupos de estudio. Al igual que con la comunidad iraní, la logística de utilizar escuelas, centros de la comunidad, asociaciones de trabajo y organizaciones de la comunidad requería de los equipos de investigación una gran flexibilidad a la vista de los horarios de trabajo determinados por el escenario. Los encuestados pertenecientes a la clase media resultaron ser los más difíciles de identificar y reclutar. Este hecho fue, en parte, debido al perfil de la clase de la población y, en parte, una consecuencia de la disponibilidad limitada de los grupos por motivo de sus obligaciones laborales y sus agendas sociales. En contraste con la población iraní, una dificultad añadida surgió en relación con la comunidad pakistaní ante el hecho de la percepción que tenían de la sobresaturación de investigaciones. Esto significaba que nos encontrábamos con cierta resistencia por parte de los conserjes de algunos lugares para facilitarnos el acceso. Así, se llevaron a cabo considerables esfuerzos a la hora de convocar a los grupos de estudio, no solamente por parte de los miembros del equipo sino también por aquellos que contribuían a la formación de los grupos; aún así, algunos grupos no se constituyeron en las fechas pactadas y otros tardaron mucho tiempo en confirmarse.

Sin embargo, una vez que se superaron las dificultades iniciales, fue una experiencia muy positiva tratar con los grupos de estudio. La respuesta general de los participantes fue positiva y la mayoría dejó atrás sus reticencias con bastante rapidez, llegándose a mostrar bastante locuaces. Generalmente, las mujeres de todas las edades y procedencias sociales fueron las más receptivas. Después de dirigir las primeras sesiones, el equipo de Bradford reclutó a una mujer joven pakistaní con objeto de que se encargara de los grupos de estudio compuestos por mujeres. Pero no en todos los grupos las cosas fueron tan fluidas. En algunas ocasiones, las discusiones de los participantes eran tan acaloradas que la dirección del grupo resultaba una tarea bastante ardua.

Con el fin de generar un conjunto de informaciones complementarias, se desarrolló un cuestionario encaminado a determinar la utilización de los medios de comunicación por parte de los individuos, así como a establecer la creación de sus identidades personales. A través de un proceso dirigido,

la naturaleza tan diferente de las dos comunidades, puesta en evidencia desde las primeras etapas de la investigación, se convirtió en algo crítico a la hora de formular una estrategia divergente en cuanto a la utilización del cuestionario en cada comunidad. Dado el alto nivel educativo y la alfabetización en el seno de la comunidad iraní, era algo eminentemente factible utilizar un cuestionario que ellos mismos se encargasen de rellenar. Por el contrario, los muy diferentes perfiles de alfabetización, de educación y de clases que caracterizan a la comunidad pakistaní desaconsejaron emplear la misma estrategia en Bradford. Se decidió que, teniendo en cuenta el probable éxito de reclutar grupos de estudio en Bradford, la información del cuestionario debiera derivarse de los mismos participantes en los grupos de estudio. Esto suponía dos ventajas: por un lado y en relación con la cuestión antes mencionada del grado de alfabetización, se les facilitaba a los grupos de estudio un contexto en el que, en caso necesario, se les podía ayudar a rellenar el cuestionario. Adicionalmente, esta estrategia permitía remitir la información del grupo de estudio a la información del cuestionario y viceversa, puesto que ambos procedían de la misma población.

Los datos obtenidos en esta etapa de la investigación revelaron la existencia de una compleja interrelación entre la identidad étnica y la relevancia y trascendencia de la afiliación religiosa, así como claras evidencias de la importancia del sexo y de la generación a la que pertenecían los miembros como variables fundamentales que operan en cada una de las dos comunidades. El análisis de la información ha puesto de relieve la diferente historia y demografía de ambas comunidades y coincide con las inquietudes teóricas actuales de disgregar la experiencia de la «inmigración» en un conceptualismo matizado más generoso y sensible de las comunidades de la diáspora que conviven dentro del contexto global contemporáneo (HESSE, 1993; EADE, 1997).

A la vista de la amplia diversidad de experiencias e identidades en el seno de las poblaciones objeto de estudio, tendríamos que reconocer las limitaciones de lo que este proyecto ha sido capaz de conseguir en relación con su objetivo. Con los recursos disponibles, la metodología de la investigación ha evidenciado suficientemente la complejidad de la creación de la identidad y la relevancia de los medios de comunicación en el seno de dos comunidades étnicas minoritarias del Reino Unido muy diferentes. La amplia naturaleza de estas diferencias ha fomentado una gran confianza en la idoneidad del marco de trabajo teórico que apun-tala este proyecto con objeto de que proporcione un sólido repertorio conceptual común. Pero, al mismo tiempo, la riqueza del análisis teórico y descriptivo que se deriva de esta información no debiera oscurecer el hecho de que el presente estudio ha mostrado esencialmente un cuadro pintado a grandes brochazos. Esto constituye en sí mismo un hecho im-

portante a la hora de poner en tela de juicio debates simplistas en torno a la relevancia del Islam en el seno de las comunidades étnicas minoritarias y retratos simples complementarios acerca de la posición de las «comunidades de inmigrantes» en Gran Bretaña. Esta investigación ha constatado la diversidad existente *en el seno de* las comunidades étnicas minoritarias y la dinámica global-local que opera en el seno y que cruza de lado a lado la mencionada diversidad. La explicación de la creación de la identidad de la comunidad y del individuo ofrecida por este estudio ha demostrado la compleja interrelación entre la realidad de los medios de comunicación (APPADURAI, 1990) y la realidad social (ALBROW, 1997) en una topografía con múltiples estratos.

A fin de complementar el análisis socio-cultural y político inherente a los objetivos anteriores, este proyecto de investigación perseguía igualmente reconocer el substrato político-económico del entorno de los medios de comunicación de las comunidades objeto de estudio. Un enfoque político-económico de los medios de comunicación constituye un nivel de análisis importante y sólidamente fundamentado dentro de una investigación de la comunicación (GARNHAM, 1990; HERMAN/McCHESNEY, 1997). En el contexto del presente proyecto, este hecho nos ayuda a exponer los determinantes económicos de la dimensión infraestructural de la identidad étnica (WALLMAN, 1986). Dentro de los recursos de este proyecto, ésta siempre podría ser únicamente una exposición ilustrativa que emplea modelos heurísticos, más que un estudio exhaustivo y global de todos los medios de comunicación significativos. Consecuentemente, se seleccionaron modelos de estudio para cada caso de la totalidad del entorno de los medios de comunicación que operan en cada área investigada.

No obstante, una vez más, las diferentes circunstancias de las dos comunidades investigadas tuvieron un gran impacto en las maneras de abordar las posibles vías de acercamiento para conseguir nuestro objetivo. El fértil entorno de los medios de comunicación de la comunidad pakistaní nos permitía elegir deliberadamente dentro de una amplia gama de posibles objetos de estudio. En lo que hace referencia a la comunidad iraní, el entorno de los medios de comunicación era mucho más limitado y volátil.

2. Un mapa de la identidad étnica: el tiempo y el lugar de la comunidad

En ambos lugares de estudio, la elaboración del mapa de ambas comunidades en relación con sus respectivas demografías e historias constituía una labor básica para el proyecto. No se asumió que este re-

trato pudiese ser idéntico al mapa de las identidades subjetivas actuales de la «comunidad» (HUSBAND, 1996), el cual podría existir, no obstante, en el seno de dichas comunidades. Este fue el objetivo de la subsiguiente fase de la investigación.

En Bradford disponíamos de exhaustiva información demográfica sobre la población pakistaní. La ciudad de Bradford y el Consejo Metropolitano del Distrito cuentan con un departamento de urbanismo e investigación muy activo, existiendo, por lo tanto, un conjunto de información estadística que permite rastrear detalladamente el desarrollo histórico de la población pakistaní, estadísticas que han servido asimismo para desarrollar sofisticadas proyecciones acerca de su futura demografía. Tras acceder a dicha información, nos ha sido posible dibujar un retrato descriptivo detallado de la demografía de la población pakistaní en Bradford. Además, existe una larga historia de investigación académica sobre esta comunidad (SAIFULLAH-KHAN, 1976; SAMAD, 1992). Por consiguiente, la revisión detallada de dicha literatura nos proporcionó un retrato descriptivo de la historia y la organización social de la mencionada población.

El Distrito Metropolitano de Bradford es una de las principales conurbaciones del norte de Inglaterra y, al contrario de lo que sucede con otras de las grandes ciudades, su población sigue creciendo. Tras la primera migración y asentamiento en la década de 1960, Bradford ha contado durante las tres últimas décadas con una población pakistaní significativa. En 1981 la población pakistaní ascendía a 34.116 personas, siendo en el año 1991 ya de 38.059 y se estima que en el año 2011 será de unas 104.000 personas o, lo que es lo mismo, aproximadamente un cuarto o más del total de la población de la ciudad. En la actualidad, la comunidad pakistaní supone más del 10 % de la población de Bradford; y el 50 % de la comunidad pakistaní está formada por menores de 18 años. En términos de espacio, la comunidad pakistaní se concentra principalmente en las zonas urbanas más deprimidas, de las cuales dos distritos cuentan con una población de ascendencia pakistaní superior al 50 %, mientras que en otro distrito supera el 70 %. Esta concentración en el espacio permite la presencia localizada de una importante infraestructura de recursos de la comunidad tales como tiendas, organizaciones sociales y mezquitas. Significativamente, el parentesco y las interconexiones religiosas representan importantes principios organizativos en el seno de la comunidad pakistaní, proporcionando una base tanto para la movilización institucional como para los grupos de amistad. La comunidad pakistaní está compuesta predominantemente por miembros de la clase trabajadora con una alta tasa de desempleo, especialmente entre los hombres jóvenes, y muchos de ellos viven en zo-

nas catalogadas por las autoridades locales como zonas de gran conflictividad social. Debido a incidentes tales como el «caso Honeyford», el «caso Rushdie» o la Guerra del Golfo, esta comunidad tiene una sensación de estar sujeta a un riguroso examen externo y a estereotipos hostiles por parte de organismos y portavoces de la comunidad blanca mayoritaria; si no constituyen una comunidad acuciada por los problemas, al menos sí una colectividad con conciencia de su propia identidad.

La mayoría de los inmigrantes de Pakistán en Bradford procedía de Mirpur y eran personas profundamente conservadoras provenientes de una de las zonas más subdesarrolladas del Pakistán rural. Las mezquitas construidas en la primera fase del proceso de migración y los asentamientos eran frecuentadas sin establecer distinciones de sectarismo, casta o lugar de procedencia. Pero con la reunificación familiar tuvo lugar un proceso de fisión, dando lugar a una segmentación motivada por razones sectarias, de casta y lugar de procedencia. Esto tuvo como consecuencia la proliferación de mezquitas, escuelas islámicas y organizaciones político-religiosas. La religión constituye un aspecto esencial de la organización social en el seno de la comunidad pakistaní. Las múltiples divisiones dentro del Islam pueden observarse también en Bradford, siendo los *Shiahs*, una especie de grupos *Sunni* que incluye las órdenes de los *Barelvi*, *Deoband*, *Jmat-i-Islami* y *Tabligh-i-Jamat* y los *Sufi*, uno de los más activos en la ciudad. Estas divisiones religiosas internas se ven a menudo revestidas de identidades lingüísticas y regionales, así, por ejemplo, una mezquita *Barelvi* puede tener su órgano de dirección e Imán de una región concreta y hablar un determinado idioma o dialecto (SAMAD, 1998). A fin de contrarrestar esta fragmentación y con el activo apoyo del Consejo del Distrito Metropolitano de Bradford, se constituyó el Consejo de Mezquitas de Bradford como una especie de presencia institucional coordinadora en la ciudad (SAMAD, 1992; REX/SAMAD, 1996). Sin embargo, sería incorrecto asumir que el Consejo de Mezquitas de Bradford representaba a todas las corrientes de opinión dentro del mundo musulmán en Bradford. Existen otra serie de organizaciones de militantes, como el *Hizb-ut-Tahrir*, que también han mostrado una gran actividad en la ciudad.

Es importante constatar que, como población étnica minoritaria establecida y concentrada demográficamente en Bradford, los miembros de la comunidad pakistaní poseen todos la nacionalidad británica. Por consiguiente, tanto en términos jurídicos como en relación con la percepción de esta comunidad de su derecho a la igualdad de tratamiento, debe observarse que disfrutaban del estatus de ciudadanos de pleno derecho, así como de limitados derechos poli étnicos (KYMLICKA, 1995)

dimanados de la legislación británica sobre las «relaciones entre razas» (consultar MACEWEN, 1994). Este es a todas luces un entorno político diferente al que disfrutaban otras minorías étnicas en otros estados multiétnicos (WRENCH/SOLOMOS, 1993; HECKMAN/BOSSWICK, 1995). Sin embargo es la separación existente entre su experiencia de los derechos sustantivos y formales como ciudadanos (BRUBAKER, 1989) la que les hace ser conscientes de su situación en la sociedad británica. Desventajas económicas, discriminación racial y un fuerte sentimiento de estar permanentemente sujetos a la observación del país y el abuso como indicador por antonomasia de la presencia musulmana en Gran Bretaña han influido enormemente sobre las oportunidades en la vida y la experiencia de los miembros de esta comunidad y podrían considerarse como el origen de los disturbios que acontecieron en las zonas urbanas deprimidas de la ciudad en 1995 (BRADFORD COMMISSION REPORT, 1996).

3. Religiosidad e identidad

Con estos antecedentes, no resulta sorprendente comprobar que, a diferencia de la comunidad iraní de Londres, la mayoría de los pakistaníes que respondieron al cuestionario expresasen una afiliación religiosa distintiva. Esta identificación religiosa, no obstante, tiene fuertes variaciones relacionadas con el sexo y la pertenencia a una determinada generación. Por ejemplo, entre los hombres que se consideraban a sí mismos como profundamente religiosos únicamente el 33 % era menor de 25 años, mientras que entre aquellos que se consideraban como poco religiosos el 59 % era menor de 25 años. Y si las comparamos con las cifras de las mujeres, solamente el 16 % de las mujeres menores de 25 años se declaraba como muy religiosas, mientras que la cifra de mujeres menores de 25 años que se consideraban como poco religiosas ascendía al 70 %. Sin embargo esta información ha de interpretarse con una cierta dosis de cautela puesto que, como el análisis descriptivo establece, esta es una comunidad religiosa muy activa; y, por tanto, incluso aquellos que se declaran poco religiosos y que no conservan las formas exigibles a una práctica devota han de ser considerados como mucho más religiosos que lo que establece la norma en la población étnica mayoritaria. A pesar de estos comentarios, puede mantenerse la tesis de que la información sugiere un mayor o menor nivel de religiosidad dependiendo de la edad, siendo los miembros mayores de la comunidad mucho más religiosos que sus homólogos más jóvenes. Para los miembros de más edad de la comunidad, el entendimiento del Islam se sitúa en el con-

texto de una tradición oral íntimamente relacionada con los rituales de los ciclos de la vida. Este modo de islamismo se empapa de las tradiciones rurales y se ve inevitablemente influido por las prácticas no islámicas, que tiene un significado y se enmarcan en el contexto del Pakistán que estas personas dejaron atrás más que con el Pakistán contemporáneo. Las tendencias autoritarias y patriarcales dentro de esta perspectiva pueden tener una poderosa sinergia con las convenciones culturales del norte de Inglaterra. Los valores autoritarios y patriarcales presentes en el seno del Islam conservador reproducido en Bradford tienen mucho en común con el machismo norteamericano típico de las clases trabajadoras de las zonas urbanas deprimidas de Yorkshire (ALI, 1992). Un programa común respecto al rol y al control de las mujeres podría facilitar específicamente una reproducción de la versión cultural tradicional del Islam entre los hombres más jóvenes, algo que podría no disfrutar de una síntesis simbólica similar para las mujeres más jóvenes que crecen en el contexto de un poderoso programa feminista dentro de la cultura de la juventud británica.

Las generaciones más jóvenes están siendo, por un lado, educadas en el contexto de esta tradición oral, mientras que, al mismo tiempo, por otro lado su entendimiento del Islam es textual y se deriva de fuentes escritas en inglés. Por lo tanto, los encuestados más jóvenes gravitan hacia un Islam más ecuménico que minimiza las diferencias que han sido tan acusadas entre las generaciones mayores. Además, la información de los grupos de estudio revela que, entre las mujeres jóvenes nacidas o criadas en Gran Bretaña, el entendimiento del Islam difiere tanto del de las generaciones anteriores como del de sus coetáneos masculinos. Mientras que los jóvenes tienden a reproducir el espíritu islámico patriarcal, con una poderosa fusión de machismo masculino típico del norte, las mujeres jóvenes están desafiando este espíritu de diversas maneras. Más que cuestionar el Islam, lo que estas mujeres hacen es poner en tela de juicio la interpretación del Islam de su comunidad como algo no islámico. Las conclusiones cualitativas muestran la existencia de diferencias significativas en torno al entendimiento del Islam dependiendo del sexo y la generación a la que se pertenece.

El papel de la religiosidad en las vidas de la comunidad pakistaní adquiere un nuevo significado cuando se examina la información que revela las identificaciones que se han auto impuesto los encuestados. Cuando se les preguntaba con qué calificativo más se identificarían personalmente, el término pakistaní ha quedado más asociado con las generaciones de los más mayores. Sin embargo, el término musulmán como signo de identificación era mucho más frecuente entre las jóvenes generaciones, tanto masculinas como femeninas. Así, por ejemplo,

el 29 % de los hombres que se definían a sí mismo como «pakistaníes» eran menores de 25 años, mientras que el porcentaje subía hasta el 89 % entre aquellos menores de 25 años que se consideraban a sí mismos como «musulmanes». Si comparamos estos datos con los de las mujeres, el 11 % de las mujeres menores de 25 años se definía como «pakistaní» mientras que aquellas que se consideraban «musulmanas» constituían el 53 % de las mujeres menores de 25.

Estas conclusiones parecen contradecir evidencias anteriores en las que la religiosidad estaba positivamente correlacionada con la edad. La información en torno al grupo de estudio indica que el hecho de que se califiquen como musulmanes no implica necesariamente religiosidad, sino que se relaciona con una transformación de la identidad étnica dentro del contexto de la sociedad británica. Para los miembros de las generaciones más mayores, las lealtades al clan y la tribu permanecen como algo muy real y el Islam constituye un marco inherente que se ve subsumido en una identidad pakistaní que queda reforzada en sí misma a través de identidades lingüísticas y del clan. Las jóvenes generaciones carecen de la inmediatez de estas viejas afiliaciones y, quizás viendo que es su identidad religiosa más que su identidad nacional-étnica la que más preocupa a la mayoría de la población, ven el término «musulmán» como algo que tiene credibilidad política y social. Como hemos visto, el Islam es también un vehículo a través del cual estas generaciones están negociando sus identidades de sexo y generación *dentro de* la comunidad pakistaní. La información cualitativa señala que para los jóvenes de esta comunidad, que se ven superados por sus hermanas en el sistema educativo y marginados en el mercado laboral, la aseveración de la identidad musulmana podría permitirles la reafirmación de la ascendencia masculina reproducida dentro de la expresión conservadora del Islam de la comunidad, así como la identificación con poderosas imágenes de militantes del Islam en cualquier parte del mundo. Para muchas jóvenes, por el contrario, el auto identificarse como musulmanas les permite invocar una identidad islámica devota que pone al descubierto los aditamentos culturales pakistaníes ilegítimamente usados para limitar sus libertades. Más que desafiar al Islam, lo que estas mujeres están haciendo es afirmar el conocimiento textual del Islam y, por consiguiente, criticar la interpretación que hace su comunidad del Islam como algo no islámico. Desde esta perspectiva, también están poniendo en duda la doble moral y la hipocresía de sus compañeros. Por lo tanto, la información cualitativa pone de manifiesto las significativas diferencias en el entendimiento del Islam y su incorporación a una identidad «musulmana» según el sexo y la línea generacional a la que se pertenezca. Los hombres y mujeres jóvenes se en-

cuentran enfrascados en una hermenéutica creativa en su utilización del Islam con objeto de negociar su espacio sexual y generacional.

4. Medios de comunicación e identidad

El abundante entorno de los medios de comunicación que rodea a la comunidad pakistaní permite que se produzca una considerable fragmentación de la audiencia. Las comunidades étnicas minoritarias en Gran Bretaña están bien atendidas por la prensa y la comunidad pakistaní no representa excepción alguna. Además de diarios como el *Jang* y el *Asian Age*, existe una amplia variedad de periódicos semanales que incluyen el *Asian Times*, el *East and Eastern Eye*. Y, a escala local, la línea central del *Telegraph and Argus* y del *Yorkshire Post* se ve complementada por el *Ravi*, *Awaz* y el *Pegham*. En lo que hace referencia a la radio, además de las emisoras locales de la BBC y de emisoras comerciales que realizan moderados gestos hacia las audiencias étnicas minoritarias, existe una cadena llamada *Sunrise Radio* que se dirige específicamente a las audiencias del sur de Asia, además de la emisora pirata *Asian Air* que trabaja sin las inhibiciones legales de las emisoras de radio legalmente establecidas. Las películas en Bollywood hindi y los dramas en urdu pueden alquilarse fácilmente en cualquiera de la plétora de pequeñas tiendas de alquiler de películas de vídeo diseminadas a lo largo de las pobladas áreas de residencia de la comunidad pakistaní. Además, el operador local de televisión por cable ofrece *Asia Net* y *Zee TV*. Por lo tanto, el entorno de la comunidad pakistaní disfruta de una abundante infraestructura de medios de comunicación que ofrecen información y entretenimiento dirigidas a diferentes sensibilidades establecidas por la generación, sexo, afiliación política y dominio lingüístico en el seno de la comunidad pakistaní.

Las barreras lingüísticas que encierran a algunos de los miembros de las generaciones mayores en los medios de comunicación en idiomas asiáticos como el vídeo, la televisión o la prensa en idiomas minoritarios, son igualmente aplicables a las generaciones más jóvenes, que podrían desconocer el idioma de la comunidad y se sienten más cómodos hablando en inglés. Este filtro lingüístico supone un factor determinante fundamental del modelo que se revela de la utilización del medio de comunicación. Dentro de la prensa minoritaria, los lectores del *Jang*, predominantemente en el idioma urdu, pertenecen principalmente a las generaciones más mayores, mientras que el lector del *Eastern Eye*, en inglés, es mucho más joven. Por supuesto, concurren otras circunstancias además de las variables lingüísticas, puesto que el *Jang* apela más a aquellos que están más preocupados con los sucesos actuales en el subcontinente

te indio, mientras que el *Eastern Eye* atrae a aquellos cuyos horizontes quedan más determinados por Gran Bretaña y Europa. De hecho, diversas entrevistas con los equipos editoriales de la prensa del sur de Asia mostraban este hecho como una clara base de la política editorial, así el *Jang* se centra deliberadamente en Pakistán mientras que el *Eastern Eye* es deliberada y globalmente «asiático» y, sin embargo, se centra mucho más en las noticias británicas y europeas. El tamaño y la concentración en la ubicación territorial de las comunidades del sur de Asia en Gran Bretaña han convertido a estas poblaciones en mercados comerciales viables para los medios de comunicación dirigidos a audiencias formadas por minorías étnicas específicas; esta es una certeza absoluta en el caso de la comunidad pakistaní de Bradford. En gran medida, la comunidad británica del sur de Asia constituye un emplazamiento extraterritorial en el que la política indígena del subcontinente asiático florece entre las comunidades de la diáspora establecidas desde hace tiempo. Por tanto, en lo que se refiere a la prensa, este hecho define tanto las audiencias como potenciales nuevas fuentes. Por ejemplo, en el *Jang* la mayor parte de las noticias proceden directamente de edición matriz en Karachi. La tecnología moderna y la capacidad de los conglomerados de los medios de comunicación para subvencionar las diferentes actividades conforman elementos críticos para la diversidad de los medios de comunicación a los que puede acceder la comunidad pakistaní de Bradford.

La edad y el sexo constituían aspectos relevantes a la hora de determinar los hábitos en la utilización de los medios de comunicación y las conclusiones indicaban que el consumo de los medios de comunicación dominantes estaba ampliamente generalizado a través de la muestra. Como puede inferirse de todo lo dicho anteriormente, los jóvenes hacen más uso de los medios de comunicación dominantes, tanto audiovisuales como impresos, que las generaciones anteriores. Para estas últimas las sensibilidades religiosas constituían un factor potencial determinante a la hora de consumir un medio de comunicación. Los estudios de los casos revelaron las potentes economías productivas que sostenían las operaciones de los medios de comunicación escritos, pudiendo encontrar algunos ejemplos de conexiones técnicas y financieras internacionales fundamentales para la viabilidad de sus negocios.

5. Conclusión

El análisis comparativo de la información demuestra la compleja interacción del sexo y la pertenencia a una generación a la hora de desarrollar la expresión de la conciencia étnica. El contexto socio-económi-

co en el que los jóvenes pakistaníes que han participado en la encuesta están negociando sus identidades queda reflejado en la articulación de su edad y sexo con el Islam y las convenciones de la comunidad. Estos datos dibujan una situación muy dinámica en la cual los medios de comunicación proporcionan opciones personalmente relevantes dentro del mundo de los medios que reflejan diferentes perspectivas políticas, geográficas y culturales. El período de asentamiento y el perfil demográfico de la comunidad pakistaní hacen posible una gran diversidad de medios de comunicación, los cuales son parte de una infraestructura comercial transnacional en la que los diferentes conglomerados pueden subvencionar a los medios de comunicación y crear importantes economías a escala por medio de la explotación múltiple de las noticias y del entretenimiento. La actividad de estos medios de comunicación minoritarios está provocando la creación de un entorno de los medios de comunicación cada vez más sofisticado y cambiante. La demografía de la comunidad pakistaní ha construido en su propio seno una lógica de cambio necesaria en tanto que el dominio lingüístico del lenguaje de la comunidad cambia con el tiempo a la vez que una nueva cohorte de gente joven negocia su propia afiliación a las tendencias culturales y políticas de Pakistán, Cachemira o Gran Bretaña. La política de identidad actual de la construcción de los límites de una comunidad étnica minoritaria, así como la concentración territorial, parecen garantizar, con toda probabilidad, unos medios de comunicación étnicos minoritarios esenciales dentro de un futuro predecible.

Bibliografía

- AHMED, A.S. (1992): *Postmodernism and Islam*, Routledge, Londres.
- ALBROW, M. (1997): «Travelling beyond local cultures: socioscapas in a global city». En: *Living the Global City*, ed. J. EADE, Routledge, Londres, pp. 37-55.
- ALI, Y. (1992): «Muslim women and the politics of ethnicity and culture in Northern England». En: *Refusing holy orders: women and fundamentalism in Britain*, ed. G. SAHGAL and N. YUVAL-DAVIS, Virago, Londres.
- ANSARI, A. (1988): *Iranian immigrants in the United States*, Associated Faculty Press.
- APPADURAI, A. (1990): «Disuncture and difference in the global cultural economy». En: *Theory, culture and society*, vol. 7, pp. 295-310.
- APPADURAI, A. (1996): *Modernity at large: cultural dimensions of globalisation*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- BRADFORD COMMISSION REPORT (1996): *Report of an inquiry into the wider implications of public disorders in Bradford*, The Stationery Office, Londres.
- BRAH, A. (1996): *Cartographies of displacement*, Routledge, Londres.

- BRUBAKER, W.R. (1989): *Immigration and the politics of citizenship in Europe and North America*, University Press of America, Nueva York.
- COHEN, R. (1997): *Global diasporas*, UCL Press, Londres.
- COTTE, S. (1997): *Television and ethnic minorities: producers' perspectives*, Avebury, Aldershot.
- DOWNING, J.; HUSBAND, C. (forthcoming): «Media, ethnicity and the construction of difference: monitoring the impact of the media in a multi-ethnic world». En: *International media monitoring*, ed. K. NORDENSTRENG and M. GRIFFIN, Hampton Press, Crosskill NJ.
- EADE, J. (1997): *Living the global city*, Routledge, Londres.
- FEATHERSTONE, M. (1995): *Undoing culture*, Sage, Londres.
- GARNHAM, N. (1990): *Capitalism and communication*, Sage, Londres.
- GILLESPIE, M. (1995): *Television, ethnicity and cultural change*, Routledge, Londres.
- GILROY, P. (1993): *The black Atlantic*, Verso, Londres.
- HANNERZ, U. (1996): *Transnational connections*, Routledge, Londres.
- HARTMANN, P./HUSBAND, C. (1974): *Racism and the Mass Media*, Davis-Poynter, Londres.
- HECKMANN, F.; BOSSWICK, W. (1995): *Migration policies: a comparative perspective*, Enke, Stuttgart.
- HERMAN, E.S.; MCCHESENEY, R.W. (1997): *The global media*, Cassell, Londres.
- HESSE, V. (1993): «Black to front and black again: racialisation through contested times and spaces». En: *Place and the politics of identity*, ed. M. KEITH and S. PILE, Routledge, Londres.
- HUSBAND, C. (1994): *A richer vision: the development of ethnic minority media in western democracies*, UNESCO/John Libby, Londres.
- HUSBAND, C. (1996): «Defining and containing diversity: community, ethnicity and citizenship». En: «Race» and *community care*, ed. W.I.U. AHMAD and K. ATKIN, Open University Press, Buckingham.
- JACKSON, P.; PENROSE, J. (1993): *Constructions of race, place and nation*, UCL Press, Londres.
- KEITH, M.; PILE, S. (1993): *Place and the politics of identity*, Routledge, Londres.
- KYMLICKA, W. (1995): *Multicultural citizenship*, Clarendon, Oxford.
- LAVIE, S.; SWEDENBURG, T. (1996): *Displacement, diaspora and geographies of identity*, Duke University Press, Carolina del Norte.
- LEWIS, P. (1994): *Islamic Britain*, I.B. Tauris, Londres.
- MACEWEN, M. (1994): «Anti-discrimination law in Great Britain». En: *New Community*, vol. 2 n.º 3 pp. 353-370.
- MODOOD, T.; BERTHOUD, R. et al. (1997): *Ethnic minorities in Britain*, Policy Studies Institute, Londres.
- RADHAKRISHNAN, R. (1996): *Diasporic mediations*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- REX, J.; MASON, D. (1986): *Theories of race and ethnic relations*, Cambridge University Press, Cambridge.
- REX, J.; SAMAD, Y. (1996): «Multiculturalism and political integration in Birmingham and Bradford». En: *Innovation*, vol. 9. n.º 1.

- ROBERTSON, R. (1992): *Globalisation*, Sage, Londres.
- ROSS, K. (1996): *Black and white media*, Polity Press, Oxford.
- SAIFULLAH-KHAN, V. (1976): «Pakistanis in Britain: perceptions of a population». En: *New community*, 5, (3), pp. 222-9.
- SAMAD, Y. (1992): «Book burning and race relations: political mobilisation of Bradford Muslims». En: *New community*, 18 (4), pp. 507-519.
- SAMAD, Y. (1998): «Multiculturalism, Muslims and the media: Pakistanis in Bradford». *Working Paper*, ESPR Bradford University.
- SREBERNY-MOHAMMADI, A.; ROSS, K. (1995): «Black minority viewers and television: neglected audiences speak up and out», CMCR.
- TURNER, B.S. (1994): *Orientalism, postmodernism and globalism*, Routledge, Londres.
- VAN DIJK, T.A. (1991): *Racism and the press*, Routledge, Londres.
- WALLMAN, S. (1986): «Ethnicity and the boundary process in context». En: *Theories of race and ethnic relations*, ed. J. REX and D. MASON, CUP, Cambridge.
- WERBNER, P.; MODOOD, T. (1997): *Debating cultural hybridity*, Zed, Londres.
- WRENCH, J.; SOLOMOS, J. (1993): *Racism and migration in Western Europe*, Berg, Oxford.
- YOUNG, R.J.C. (1995): *Colonial desire: hybridity in theory, culture and race*, Routledge, Londres.



HumanitarianNet

Thematic Network on Humanitarian
Development Studies



Thematic Network on Humanitarian Development Studies
European Commission DG XXII

Red Temática en Estudios de Desarrollo Humanitario
Comisión Europea DG XXII



Universidad de
Deusto

